CHRISTOPHE GUILLUY

NO SOCIETY

EL FIN DE LA CLASE MEDIA OCCIDENTAL

taurus

Christophe Guilluy

No Society
El fin de la clase media occidental

Traducción de Ignacio Vidal-Folch

taurus



A L.

INTRODUCCIÓN

«*There is no society*»: la sociedad no existe. Estas palabras las pronuncia Margaret Thatcher[1] en octubre de 1987.[2] La primera ministra británica no sabe entonces hasta qué punto, treinta años más tarde, esta declaración describirá el *impasse* en el que ahora está atrapado el conjunto de los países occidentales. Embarcada desde 1979 en una política de privatización y de reducción del gasto público, la Dama de Hierro estigmatizaba con esas palabras a los que «esperan demasiado de la sociedad y anteponen sus derechos sociales en detrimento de sus deberes». Su mensaje no solo llegó al campo conservador, sino también al conjunto de las clases dominantes occidentales. En efecto, esta visión profética anunciaba la gran secesión, la del mundo de arriba, que, abandonando el interés común, iba a hundir a los países occidentales en el caos de la sociedad relativa.

Esta ruptura histórica entre el mundo de arriba y el de abajo se concreta en el abandono de la categoría que abanderaba los valores del *American* y del *European way of life*: la clase media occidental. Bienvenidos a la época de la asociedad. Así que el proyecto liberal de la señora Thatcher ha llegado más lejos de lo que ella misma se imaginaba. El coste de las reformas económicas no era solo el sacrificio de la clase obrera en el altar de la globalización, sino el de la sociedad misma.

Ya en 1994 el historiador Christopher Lasch mencionaba la secesión de las élites.[3] Ese proceso ha resultado ser aún más radical, puesto que hoy concierne a un conjunto mucho más vasto, el de las clases dominantes y superiores, de los ganadores (*winners*) y de los protegidos. Esta ruptura de la relación, aunque fuese conflictiva, entre el mundo de arriba y el de abajo, y que llevaba latente el abandono del bien común, nos hunde en la asociedad. A partir de ahora, *no more society.* La crisis de la representación política, la atomización de los movimientos sociales, las burguesías que se encierran en sus fortalezas, las clases populares que se asilvestran y el comunitarismo («segregacionismo étnico») son otros tantos signos del agotamiento de un modelo que ya no forma sociedad.

Confrontadas a la deserción de las burguesías, al hundimiento del estado del bienestar, pero también a las tensiones y paranoias identitarias, las clases populares resisten intentando preservar lo esencial: su capital social y cultural. Sin poder económico ni representación política, las categorías populares ejercen una presión sobre un mundo de arriba que, a la defensiva, ha comenzado su repliegue geográfico e intelectual. La ola populista que recorre el mundo occidental solo es la parte visible de un *soft power* de las clases populares que forzará al mundo de arriba a unirse al movimiento real de la

sociedad o a desaparecer.

PRIMERA PARTE

Sobre las ruinas de la clase media, ha emergido el mundo de las periferias

En sintonía con las élites, los políticos siguen insistiendo en el mito de una clase media integrada y en fase de ascensión social. La vaguedad del concepto de clase media permite una confusión de clase entre los perdedores y los beneficiados del modelo económico, los proletas y los *bobos* (contracción de *burgués* y *bohemio*, clase dominante que vive en barrios gentrificados de las grandes ciudades), que, en su mayoría, aún creen formar parte de esta clase. ¿De qué nos están hablando los políticos cuando mencionan la «paliza fiscal a las clases medias»? Según las estadísticas, las clases medias representan entre el 50 y el 70 % de la población.[4] ¿Todas esas categorías comparten el mismo destino? Llamar la atención sobre ese grupo mayoritario e integrado también permite destacar los grupos de los márgenes, o sea, los pobres y los ricos, sin cuestionar lo esencial: la implosión de un modelo que ya no integra a las clases populares, es decir, a las categorías que antes constituían la base de la clase media occidental y compartían sus valores.

En general, mencionar ciertos efectos negativos de la globalización no plantea ningún problema, siempre y cuando solo se mencione a los grupos marginales. La desaparición de la clase obrera, víctima de la industrialización, o la relegación de las minorías son, por ejemplo, temas consensuados. También uno se puede lamentar sin mayores consecuencias del elevado número de pobres y, al contrario, indignarse por el enriquecimiento del 1 % (o del 0,1 %) de los más ricos de entre nosotros. Aunque apuntan a ciertas derivas del modelo, estos datos no ponen en cuestión lo esencial: la permanencia de una clase media mayoritaria. Así que, implícitamente, validan el modelo económico existente. La clase media solo sería de esta manera una clase en mutación, en vías de adaptarse a las nuevas normas económicas y sociales de una sociedad mundializada. Además, los políticos y los expertos prefieren usar siempre los términos «mutación» o «transición», mejor que otros demasiado punzantes como «ruptura» o «fractura». Esta neolengua[5] «de transición» o «mutacional» permite ocultar oportunamente bajo la alfombra la misma idea de intereses de clase divergentes.

El mundo, las sociedades occidentales, están en mutación, en evolución, y casi se podría decir que están progresando, ya que, como dice una manida frase, «al progreso no hay quien lo pare». «Esta metafísica del progreso y del movimiento»[6] es la de la clase dominante, de la nueva burguesía. Ha permitido justificar todas las reformas económicas y sociales desde hace un siglo en nombre del bien común. Aunque ciertas categorías minoritarias parecen temporalmente excluidas de ese movimiento positivo, solo son excepciones y así validan un modelo económico y social globalmente «inclusivo». ¡Vaya! De manera que, aunque la clase obrera se ha quedado descolgada, la clase media, en el sentido de una clase social mayoritaria e integrada económica y culturalmente, se ha adaptado y se beneficia de las ventajas que ya están en marcha hacia el progreso. Así, mientras que los investigadores hablan desde hace décadas de la implosión o de la

pulverización de la clase media, extrañamente parece que la mayoría de la población occidental siga bien acoplada a una sociedad en mutación.

Con excepciones, este es el análisis que hacen las clases política, mediática y académica. Análisis que transmite una representación social tranquilizadora y políticamente correcta: la de una mayoría de incluidos y una minoría de excluidos que, gracias a políticas benignas de inclusión (¡la caridad!), mañana disfrutarán de un modelo necesariamente integrador.

Como la geografía sirve para hacer la guerra,[7] la aparición continua en los medios de los guetos de las grandes ciudades y de la crisis de las *banlieues* —los barrios marginales— ha servido de decorado para esta construcción social, poniendo en primer plano los territorios disfuncionales en los márgenes y haciendo invisibles las demás zonas. Durante mucho tiempo se ha acunado a la opinión pública con este cuento para niños, tranquilizador para unas sociedades occidentales cada vez más infantilizadas. Mejor aún, incluso les ofrecía a unas categorías populares objetivamente debilitadas una seguridad: la de seguir formando parte de la historia.

La realidad ha venido a desmentir esta fábula sobre la paulatina mutación de las sociedades occidentales y de la clase media: ahora la ha sustituido la masacre de los que ayer constituían la base de esa categoría antes mayoritaria. Después de los obreros, los empleados y los campesinos, hoy son las profesiones intermedias y los jubilados los que sufren los efectos negativos de la globalización. Los territorios conflictivos ya no son solo los arrabales de los guetos o de la desindustrialización, sino también ciudades de tamaño medio, ciudades pequeñas, las «zonas suburbanas castigadas»,[8] zonas rurales. Esta geografía social, muy diversa, tanto urbana como rural, situada en zonas de empleos ruralo-industriales, pero también residenciales y poco dinámicas, representa un nuevo mundo: el de las periferias. Situado al margen de los territorios que concentran lo esencial del empleo y de las riquezas (las metrópolis y las zonas turísticas privilegiadas gracias a la burguesía metropolitana), hoy en día el mundo de las periferias acoge a la mayoría de los grupos que antes constituían la base de la clase media.

Es a partir de esas zonas y de esa base social que la marea populista que desde hace veinte años recorre Occidente se refuerza sin cesar. Desde Francia a Estados Unidos, de Gran Bretaña a Italia, de Alemania a Escandinavia, la dinámica populista responde a la misma geografía, las periferias urbanas y rurales, y a la misma sociología, las categorías modestas que antes representaban la mayoría de la clase media. Así, este poderoso movimiento cultural revela el gran secreto de la globalización: la desaparición de la clase media occidental.

Fiel a su estrategia de evasivas o de negación, la clase con más poder ha procurado minimizar esta contestación del orden dominante presentándola como la reacción irracional, marginal, de una minoría de deplorables,[9] de obreros o analfabetos funcionales. En definitiva, un análisis poco convincente respecto a un proceso de desvinculación política y cultural masiva de la mayoría de las clases populares. El choque del voto a favor del Brexit, la elección de Donald Trump, la marea populista europea, la perseverancia de los votantes al Frente Nacional desde hace más de treinta

años nos hablan de algo que no es solo el resentimiento de una vieja clase obrera condenada por la desindustrialización. Quienes se expresan así ya no son los márgenes de las sociedades occidentales, sino la sociedad entera a través de quienes ayer vivían el *American* o el *European way of life*.

Sobre las ruinas de la clase media occidental, conducido por categorías que ayer estaban social o culturalmente enfrentadas, pero que hoy comparten la misma percepción de la globalización, ha emergido el mundo de las periferias. Apartados de las grandes metrópolis, sin conciencia de clase, esos obreros, empleados, campesinos, trabajadores independientes representan en el conjunto de los países desarrollados un potencial mayoritario.

No hay nada tan poderoso como la revelación al mundo de un secreto disimulado desde hace décadas, pero conocido intuitivamente por la mayoría de la opinión pública. El terremoto populista no para de producir réplicas que no son fruto de un brote de fiebre irracional de la opinión pública, sino la consecuencia de un movimiento tectónico iniciado hace más de medio siglo por el advenimiento de un modelo económico y social que está acabando con la clase media occidental.

1
HA EMERGIDO EL MUNDO DE LAS PERIFERIAS

Los trabajos que desde finales de la década de 1980[10] he dedicado a las categorías populares, en su diversidad social (categorías pobres, modestas o medias) y cultural (de origen francés o inmigrado), trataban de señalar las consecuencias, para los sectores populares, de la gentrificación y de la bunkerización de las capas más elevadas de la sociedad francesa. Esta tarea, que, de hecho, excluía la idea de un determinismo territorial, me llevó a trazar rápidamente los perfiles de una nueva geografía social[11] a partir de la distribución de las clases populares en el espacio.

DE LA FRANCIA PERIFÉRICA AL MUNDO DE LAS PERIFERIAS

Esta cartografía permitió revelar la importancia y la diversidad de las clases populares. Estas no se limitaban a los barrios de viviendas sociales de las grandes ciudades, donde se concentraban categorías populares pobres e inmigrantes, sino que describían un conjunto mucho más vasto constituido por los territorios de la desindustrialización, de las zonas rurales, de las ciudades pequeñas y de las ciudades de tamaño medio. Esta Francia no era ni específicamente urbana ni específicamente rural ni específicamente suburbana, sino periférica. La tipología tradicional que distinguía lo urbano de lo rural no se aplicaba a una recomposición social que, en lugar de oponer a los de la ciudad contra los del campo, oponía a las grandes áreas urbanas globalizadas en proceso de gentrificación contra los demás territorios. La bunkerización de los de arriba y su corolario, la formación de la Francia periférica y popular, había comenzado.

Esta ruptura violenta entre el mundo de arriba y el de abajo, aunque estuviera enmascarada por la mediatización de la crisis de las *banlieues,* de los suburbios, se podía ver en un mapa: el de la distribución de las categorías populares, de los obreros, de los empleados, de los pequeños asalariados, de los jubilados modestos. Pero este mapa no era, y sigue sin serlo, el de la clase política, mediática o universitaria. La realidad de la clase dominante es, en efecto, el negativo exacto de la distribución de las categorías modestas: es la de las grandes ciudades, del progreso y de la globalización feliz… en resumen, del mercado.

Es en ese momento, a mediados de la década de 1980, cuando en Francia despega el Frente Nacional. Algunos años más tarde, al principio de la siguiente década, el filósofo e historiador Marcel Gauchet arroja luz sobre esta ruptura histórica con el concepto de

«fractura social». La expresión, conflictiva y, para algunos, angustiosa, viene a desmentir la idea de la adaptación paulatina de la sociedad francesa al modelo económico globalizado, poniendo de relieve la marginación de una parte de la población. En los territorios más alejados de las grandes ciudades globalizadas, los de las ciudades pequeñas y las ciudades medianas, los de las «zonas suburbanas castigadas»,[12] los de los ámbitos rurales, cada vez son más visibles los efectos perjudiciales del modelo económico. Esos territorios dibujan un continuo sociocultural en el que están representadas las categorías populares. Este conjunto es la Francia periférica, un concepto acuñado a principios del siglo XXI[13] y desde entonces muy utilizado.

Es en esta Francia periférica, popular y debilitada económica y socialmente, donde el Frente Nacional va calando, zonas del «suburbio castigado», bastiones obreros de la desindustrialización, hasta las zonas rurales y las ciudades pequeñas. Categorías que ayer eran opuestas, obreros, campesinos, empleados, autónomos, se reúnen poco a poco en una misma oposición, unidas por el mismo sentimiento de relegación cultural y geográfica.

En 2004, el geógrafo Christophe Noyé y yo mismo realizamos unos gráficos sobre la distribución del voto del Frente Nacional en función de la distancia a las grandes metrópolis.[14] Cuanto más nos alejábamos del centro de las grandes ciudades globalizadas y gentrificadas, más fuerte era el voto populista. A principios del año 2000, el Frente Nacional comienza a implantarse en los territorios de la desindustrialización y en los suburbios donde numerosos hogares modestos se instalaron para escapar de los barrios de viviendas sociales donde se concentraba la inmigración (por ejemplo, en la región parisiense, el departamento de Seine-et-Marne, que a lo largo de los años ochenta acogió a muchos hogares procedentes del departamento de Seine-Saint-Denis). Una dinámica que después se extendería a las zonas rurales y las pequeñas ciudades castigadas por la drástica reducción del empleo. El quid de esta dinámica populista es la combinación de una doble inseguridad: social (ligada a los efectos del modelo económico) y cultural[15] (ligada a la aparición de la sociedad multicultural). No hay voto populista sin la combinación de estas dos inseguridades (en 2017, la inseguridad cultural sin inseguridad en el ámbito social, o sea, el voto de la burguesía de derechas, dio como resultado el apoyo a Fillon, no a Le Pen).

Producto de un modelo económico y social globalizado, el concepto de la Francia periférica permite entender con más claridad la dinámica populista, tanto en Francia como en los demás países occidentales.

EL MUNDO DE LAS PERIFERIAS

En el conjunto de los países desarrollados, la estructuración de los votos obedece a las mismas lógicas económicas y culturales según las cuales se oponen los territorios integrados en la economía-mundo, especialmente (pero no exclusivamente) las grandes ciudades globalizadas y las periferias, por un lado, a las ciudades pequeñas, ciudades

medianas desindustrializadas y zonas rurales, por otro lado. En relación directa con la distribución espacial de las categorías populares, se puede observar por todas partes la misma presencia del voto populista: de la misma manera que el voto al Frente Nacional despega en los márgenes de la región parisiense, el voto a Trump lo hace en el estado de Nueva York, el del *leave* en la región del gran Londres,[16] el FPÖ[17] en la región de Viena o el PVV[18] en los alrededores de Rotterdam.

Este voto, que traduce geográficamente los efectos de la fractura social del siglo XXI entre los de arriba integrados y los de abajo relegados, altera por completo las representaciones políticas tradicionales. Las disensiones de antes han muerto. Ahora las nuevas fracturas son visibles y ya no oponen, como en el mundo de ayer, a la izquierda con la derecha, la clase obrera con la patronal, los habitantes de las zonas rurales con los de las ciudades, sino a los ganadores o protegidos de la globalización contra los perdedores o debilitados, los nómadas a los sedentarios, las nuevas clases altas a las nuevas clases populares, la gente de «un determinado lugar frente a los que no son de ningún sitio».[19] Pero desde el Rust Belt estadounidense al Yorkshire británico, desde las cuencas industriales de Alemania del Este a las zonas rurales francesas, esta geografía revela el surgimiento de un mundo de las periferias sobre las ruinas de la antigua clase media. Por primera vez en la historia económica occidental, las categorías modestas ya no viven allí donde se crea el empleo y la riqueza, y, sobre todo, nunca más podrán vivir allí. Teniendo en cuenta las lógicas económicas y territoriales, parece imposible volver atrás. A partir de ahora la gente de pocos recursos residirá mayoritariamente cada vez más apartada de las grandes ciudades, que, en sentido inverso, cada vez atraerán más a las nuevas clases altas.

Por supuesto, aún existen territorios de la Francia periférica o de los Estados Unidos periféricos que crean puestos de trabajo; y, evidentemente, también existen territorios muy precarizados en los grandes centros urbanos, pero, habida cuenta de las dinámicas económicas y territoriales, en general estamos asistiendo a la cristalización de una geografía social cada vez menos igualitaria, donde las metrópolis se enriquecen mientras las periferias registran una reducción del empleo.

Las cifras hablan por sí solas. En Francia, el movimiento de concentración del empleo en las grandes ciudades se acelera. Iniciado a principios del siglo XXI, era inevitable que ese proceso continuara. En el periodo entre 2006 y 2013, la creación de puestos de trabajo se concentró en las áreas urbanas de más de 500.000 habitantes. Una docena de metrópolis francesas acaparan más del 46 % de los empleos, de los cuales, el 22 % solo en el área urbana de París y el 24 % en las provincias. «Globalmente, las ciudades medianas, las ciudades pequeñas y las comunidades aisladas —a las que no llega la influencia de los polos urbanos— sufren pérdidas en el mismo periodo», precisa la nota de France Stratégie: el 0,8 % en las poblaciones pequeñas y medianas, y los municipios aislados; el 0,6 % en las zonas de menos de 100.000 habitantes. Se trata de un movimiento inédito, ya que, hasta 1999, el crecimiento del empleo beneficiaba al conjunto de los territorios.[20] Esta recomposición económica, perceptible en Estados Unidos y en el Reino Unido, es un modelo que se repite a escala global. Por término

medio, en la mayoría de los países, la creación de empleo en las ciudades pequeñas y las ciudades medianas es menos significativo que en las grandes ciudades (véase el cuadernillo central).

A propósito de esto, la evolución del mercado inmobiliario es esclarecedor. En las grandes ciudades los precios no paran de subir y, por el contrario, en los territorios alejados de aquellas se registra un estancamiento o una bajada de precios. En Francia, desde hace diez años no deja de profundizarse la grieta entre los precios en las grandes ciudades y en los demás territorios. «Un inversor que hubiera comprado un bien por valor de 100.000 euros en el año 2007, hoy vería que en las diez mayores ciudades francesas este se ha revalorizado y ahora cuesta alrededor de 122.000 euros de media. En cambio, en las ciudades más pequeñas (las que se sitúan por debajo de la 50.ª posición) el propietario ha perdido dinero: los 100.000 euros del principio ya no valen más que 87.000 euros».[21] Como el proceso de concentración del empleo en las grandes ciudades continúa y, a la par, la pérdida del empleo de la Francia periférica, es de temer que el día de mañana estas desigualdades aumenten e impidan a la mayoría de las categorías modestas, por primera vez en la historia, el acceso a las zonas donde hay empleos más dinámicos.

Sin embargo, repitámoslo, aunque la geografía revela, no determina. No se vota por el Brexit en el Reino Unido o por el Frente Nacional en Francia porque se viva en una zona rural o en una ciudad pequeña. Y, a la inversa, no se apoya a Emmanuel Macron o a Hillary Clinton porque el votante sea parisiense o neoyorquino.

Además, en buena parte de los territorios de la Francia o de los Estados Unidos periféricos[22] existen (felizmente) territorios dinámicos, de la misma manera que hay grandes ciudades que padecen verdaderas dificultades (Marsella o Nápoles). Pero estas excepciones no desmienten la dinámica de fondo: la concentración de las riquezas y los empleos en las grandes ciudades y, por el contrario, el debilitamiento económico de los territorios que están alejados de aquellas.

La dinámica populista se fortalece en todas las periferias populares (véase el cuadernillo central): en los territorios donde el empleo se reduce enormemente (norte de Inglaterra, Rust Belt en Estados Unidos, este de Alemania, Mezzogiorno en Italia, cuenca parisiense, norte y este de Francia) y en las regiones en que la presión migratoria es fuerte (Texas, sur de Francia, Baviera, norte de Italia). Pero, por todas partes, lo que fabrican Francia, Estados Unidos, el Reino Unido o la Italia periférica es, primero, el perfil social de sus habitantes, no los territorios (los territorios dinámicos o privilegiados de las periferias se integran en el modelo dominante; en Francia, por ejemplo, los pueblos o ciudades pequeñas ricas o las zonas vitivinícolas ricas apoyaron a Macron, no a Le Pen).

UNA NUEVA GEOGRAFÍA SOCIAL Y POLÍTICA

Los expertos nos lo habían jurado desde el principio de los años ochenta: la marea

populista sería solo coyuntural, se limitaría a los territorios de la desindustrialización, a esa vieja clase obrera representante de un mundo viejo condenado a desaparecer. Casi cuarenta años más tarde, la marea populista se ha generalizado en Europa (en Francia, en el Reino Unido, en Italia, en Alemania) y, por supuesto, en Estados Unidos. Más aún, la reacción populista ha desbordado sus bastiones industriales y su base obrera, ha alcanzado el mundo rural y luego las ciudades pequeñas y las ciudades de tamaño medio. Ahora se está extendiendo por las zonas (industriales, rurales o residenciales) de empleos muy diversos en que el número de puestos de trabajo se reduce o la creación de empleo privado y público es más débil; un descenso del empleo que tiene como consecuencia el debilitamiento de la actividad comercial en un buen número de ciudades medianas. Desde las zonas industriales del norte y del este a las zonas ruralo-terciarias del sur, pasando por las zonas rurales de la Bretaña interior, la Francia periférica ahora abarca una parte importante de los territorios y de la población. Al margen de las metrópolis globalizadas, las elecciones estadounidenses y británicas han puesto de manifiesto la existencia de unos Estados Unidos periféricos y de un Reino Unido periférico, en ambos casos mayoritarios. En Alemania, el voto populista está dibujando el perfil de una Alemania periférica, sobre todo en la antigua Alemania del Este o en ciertas zonas rurales y ciudades pequeñas, incluso en la rica Baviera. Del Mezzogiorno a las zonas rurales y ciudades pequeñas del norte, la Italia periférica ha emergido con ocasión de las elecciones legislativas de 2018. Los populistas del norte (Liga del Norte) y los del sur (Movimiento 5 estrellas) ahora son mayoritarios en Italia. El hundimiento de la clase media italiana durante la década de 1990 y el desarrollo de una fuerte inseguridad cultural en los primeros años del siglo XXI, con la intensificación de los flujos migratorios, producen los mismos efectos y han creado las condiciones para una alianza improbable entre populistas del norte y del sur.

Esta marea populista europea desmiente la idea de una dinámica que solo involucra a las categorías obreras y a los territorios de la desindustrialización europea. Por todas partes, campesinos, empleados, pequeños funcionarios, autónomos, ahora unen sus votos a los de la clase obrera.

Los expertos nos anunciaban un ligero deslizamiento de tierras, un periodo de adaptación; pero en realidad estamos ante un movimiento de las placas tectónicas. Ahora bien, se trata de un fenómeno que tomará su tiempo. Aunque invisibles, las placas tectónicas no cesan de moverse bajo el efecto del calor almacenado en el interior de la tierra y así desencadenan inexorablemente terremotos, erupciones violentas y, a veces, la irrupción de nuevas tierras. Estamos asistiendo nada menos que a la aparición de nuevos continentes, continentes populares y periféricos, los de la antigua clase media occidental. Esta réplica populista es la respuesta del mundo de los de abajo al mayor reajuste social de la historia, el de la antigua clase media occidental, un reajuste social provocado por la desaparición de las sociedades mismas. En efecto, la nueva visibilidad de la Francia periférica, de los Estados Unidos, del Reino Unido o de la Italia periféricos revela la potencia de un vuelco cultural y social provocado por el sacrificio de las categorías mayoritarias.

Así que con el surgimiento del mundo de las periferias ya no estamos hablando de los márgenes, solo de los obreros o los agricultores, sino también de los empleados, de los que desempeñan trabajos manuales o de oficina, de los jóvenes, de los jubilados, de los del campo, de los de la ciudad. La suma de estos márgenes acaba por formar un todo: la sociedad.

EL GRAN SECRETO REVELADO

Asustados por la visibilidad de ese mundo de las periferias populares, los medios de comunicación y el mundo académico han procurado durante mucho tiempo minimizarlo insistiendo en la marginalidad de un fenómeno descrito como coyuntural o que amalgama fracciones minoritarias o en vías de desaparición del mundo antiguo. Así que estos seísmos populistas no serían más que los efectos de un ajuste social y político provocado por la adaptación de los países desarrollados a una nueva economía. La respuesta populista sería solo una consecuencia de la crisis de algunas ciudades desindustrializadas, de la cólera de algunas zonas rurales envejecidas, del canto del cisne de una clase obrera en vías de desaparición, de la estupidez de algunos deplorables estadounidenses, de la nostalgia que sienten los paletos del campo francés por el mundo de antes, de algunos desdichados cerveceros, del racismo atávico de la clase trabajadora alcoholizada británica, de los adoradores del III Reich en Alemania o de los admiradores de Mussolini en Italia. Estas imágenes tópicas de la marea populista occidental son tranquilizadoras porque lo que describen son los márgenes y una revuelta anacrónica.

Permiten ocultar un diagnóstico racional sobre unas categorías populares que, recordémoslo, al contrario de lo que afirma la esfera mediática y académica, han aceptado el juego de la globalización, apoyado la construcción europea, acompañado a las evoluciones sociales y, salvo excepciones, recibido sin violencia las diferentes oleadas migratorias.

La desaparición de la clase media occidental no podía hacerse patente por, al menos, dos motivos. El primero, esencial, es que la desaparición de una clase que se supone que representa a la mayoría revela la debilidad de un modelo económico que no es capaz de darle forma a una sociedad. La reacción histérica de un puñado de universitarios al concepto de la Francia periférica o de los Estados Unidos periféricos es un buen indicador de la estrategia de invisibilización del fenómeno y del rechazo a tomar en consideración los efectos de la globalización. El segundo está relacionado con el progresivo infantilismo de las sociedades occidentales, ya incapaces de asumir e incluso de pensar en las nuevas conflictividades sociales y culturales. Todo análisis social, cultural, territorial debe inscribirse en el movimiento natural de la transformación del mundo. En este contexto, describir un mundo social y cultural en permanente conflicto no es una opción aceptable.

La realidad social y cultural de las sociedades occidentales se concibe como un mecano infinitamente transformable y adaptable. La creencia inocente de que todo tiene

fácil desenlace siempre remata los análisis y los diagnósticos: el experto y el universitario siempre proponen soluciones positivas, optimistas, no conflictivas. Se puede describir una realidad complicada allí en los márgenes, identificar a unos que son muy malos, pero el final feliz es obligatorio. El pensamiento positivo, el «pensar primavera»[23] exige soluciones. Así, el informe del experto forma parte del espectáculo político mediático, trufado de soluciones mágicas, pero sin cuestionar nunca un modelo que va en contra de la sociedad; permite llevar a cabo reformas sin consultar nunca a los ciudadanos o a sus representantes locales.

Pero es demasiado tarde. Este pensamiento mágico ya no funciona. Ante los ojos obstinadamente cerrados de los expertos, el mundo de las periferias populares ha emergido, su motor no es la cólera de algunos deplorables, sino la desaparición de la clase media occidental. Resulta que la dinámica populista no era coyuntural, sino que estaba echando raíces a largo plazo.

Las raíces del voto a Trump están en la financiarización de la economía estadounidense bajo el mandato de Clinton. De la misma manera, el Brexit es consecuencia de un proceso de desindustrialización de la economía británica emprendida en tiempos de Thatcher. En Francia, el voto de los obreros al Frente Nacional procede de tiempo atrás, de la desindustrialización que comenzó a finales de los años setenta. Es cierto que el populismo italiano responde a la reciente oleada migratoria, pero también al debilitamiento de la clase media italiana que comenzó hace ya más de quince años.

El Brexit o la elección de Trump no son accidentes de la historia política británica o de Estados Unidos, sino las claras consecuencias de una precarización (muy precoz en los países en que los entramados sociales son escasos y débiles) de la base de las clases medias británica y estadounidense. Explicar estos resultados por la injerencia de Rusia o la multiplicación de las *fake news* solo puede atribuirse a una falta de honestidad o, peor aún, a la estupidez. La ola populista británica o norteamericana no es el resultado de una manipulación, sino de reformas económicas iniciadas en la década de 1980.

La desaparición de la clase media occidental es un proceso lento, poliédrico, que toma formas diferentes según los contextos económicos nacionales, pero que, en el fondo, en todas partes debilita las categorías que ayer representaban la base de una clase media integrada culturalmente y en una dinámica de ascensión social. Desempleo en Francia, precarización en Alemania o en Estados Unidos: la mayor parte de las clases populares occidentales sufre los mismos efectos de la división internacional del trabajo. Si el siglo XXI ha dado nacimiento a un nuevo mundo, el de los GAFAM y los BATX,[24] de los medios de comunicación de masas, de las grandes ciudades globalizadas, del hipermercado, de la hipermovilidad, del hiperliberalismo, de los hiperricos, también ha provocado, a la inversa, el surgimiento del mundo, mayoritario, de las periferias populares.

Mientras que la clase mediática y académica prosigue su tarea de ocultar o minimizar el fenómeno, el pequeño mundo de los de arriba, de las élites, de las clases altas, de las grandes ciudades, ya sabe que está rodeado de un mundo periférico mayoritario hostil y cuyo peso va aumentando al ritmo en que se van expulsando de la clase media aquellas

categorías que formaban parte de ella.

En enero de 2018, la flor y nata de la élite mundial se reunió en Davos. Desde que se creó, este foro procura reafirmar la fe del mundo de los de arriba en las virtudes del mercado, del libre cambio, de la desregulación, de la revolución tecnológica y, en definitiva, del progreso. Así pues, el optimismo siempre ha estado en el centro de lo que se plantea en Davos y la globalización feliz es un dogma. Aunque sin poner en cuestión esos criterios fundamentales, el título de la edición de 2018 revela una toma de conciencia inédita de la realidad por parte de la hiperélite: «World Economic Forum 2018 to Call for Strengthening Cooperation in a Fractured World». «Fractura»: la palabra ha salido a colación. Ya no se habla de mutación, de adaptación, de ajuste o de divergencia, sino de un sistema que no solamente fractura las sociedades, sino que también amenaza al mismo edificio. Emmanuel Macron, nuevo representante del mundo de arriba, incluso mencionará la necesidad de «concebir de nuevo unas reglas del bien común y una regulación mundial en materia de ecología, de salud, de educación y de formación. De lo contrario, dentro de cinco o de diez años los nacionalismos triunfarán por todas partes». La «regulación» o, si no, «el nacionalismo». La inquietud es palpable. Hay que decir que la crisis de 2008, el Brexit, la elección de Trump y la victoria de los populistas italianos han debilitado círculos que ahora saben que esta reacción a los efectos de la globalización es duradera y, peor aún, revela la debilidad intrínseca del modelo liberal.

Ahora la hiperélite sabe que la descomposición de la clase media occidental ha hecho emerger un mundo de periferias que no va a desaparecer, más bien al contrario. Aunque la clase mediática y académica exageró su optimismo al presentar la victoria de Macron como prueba de un retroceso de la marea populista, en el fondo las élites saben que solo estamos en el principio de la recomposición de las relaciones de las fuerzas sociales y políticas. La realidad es que en cada elección (así ha pasado también en Francia) el voto populista crece, inexorablemente. Cuando encuentran a un líder, las clases populares pueden darle la vuelta al marcador. Aunque la Francia periférica aún no haya encontrado a su representante, las condiciones del vuelco ya están presentes. La continuación del proceso histórico de expulsión de la clase media debilita cada día a un mundo de arriba cada vez más inquieto.

Los vencedores de las elecciones presidenciales estadounidenses y francesas han reconocido a su manera (uno para felicitarse de ello, el otro para lamentarse) la aparición de unos Estados Unidos periféricos y de una Francia periférica.

Las estrategias electorales de estos dos vencedores muestran que una fracción de la élite sabe perfectamente que la época de los Treinta Gloriosos —años en que las clases medias se beneficiaban del sistema y prosperaban— ya ha pasado y que ahora nos precipitamos hacia la época de la desaparición de la clase media. Donald Trump y Emmanuel Macron habían incorporado a su diagnóstico los Estados Unidos y la Francia periféricos. Uno para hacer que lo eligiera, el otro para alejarse de ella. Presentados como atípicos, Trump y Macron son, ambos, productos de la hiperélite mundial. Trump no procede de una familia del Hillbilly del Midwest;[25] en cuanto a Macron, tiene todos

los atributos del elitismo francés. Si el americano es más bien un producto del capitalismo industrial, el francés sería la criatura de la tecnoestructura y del capitalismo financiero.

A priori, los dos están muy distanciados de las preocupaciones de la antigua clase media occidental relegada a territorios que apenas frecuentan. Pero, a diferencia de la antigua clase dirigente, los dos candidatos han comprendido que es ahí donde se decide la suerte de las democracias occidentales. Incluso Macron no ha dudado en referirse, durante la campaña y en su programa,[26] a los olvidados de la Francia periférica. Si Macron cree en la solidez de un modelo económico que conviene estimular a partir de los sectores y de los territorios más dinámicos, Trump, al contrario, muestra los límites de un modelo que conviene regular (cuestionamiento de los tratados de libre cambio, voluntad de regular la inmigración, política de grandes obras públicas). Pero los dos han asumido lo esencial: el proceso de la desaparición progresiva de la clase media occidental y de los viejos partidos de izquierda y derecha que la representaban.

Y no es casual que el ascenso de los dos candidatos se haya producido sobre un cambio sustancial de la doxa de su propio terreno. La victoria de Trump es, en primer lugar, una victoria contra los republicanos, la de Macron, una victoria contra el Partido Socialista y la izquierda de la izquierda. Así, los dos han institucionalizado el «ni izquierda ni derecha de los de arriba». Es este posicionamiento lo que explicará más tarde las propuestas consideradas contradictorias con su electorado: Trump respecto a la doxa librecambista; Macron, por ejemplo, sobre la inmigración.[27]

De hecho, Trump y Macron son las dos caras de un mismo modelo, han asimilado perfectamente el choque que provoca el fin de la clase media occidental. Según las circunstancias, el péndulo favorece al candidato llamado «populista» o al candidato llamado «globalista».

En noviembre de 2016, Trump, el candidato populista, el de la sociedad cerrada, barrió todos los pronósticos y se impuso frente a la candidata razonable, la de la globalización, de la sociedad abierta. Las clases político-mediáticas estadounidense y europea se quedaron estupefactas, aterrorizadas por la elección de un candidato que parece cuestionar la integración de las sociedades occidentales en las normas del modelo globalizado. Esta victoria desencadena entonces una oleada de manifestaciones en las grandes ciudades estadounidenses y una reacción histérica de las clases dominantes occidentales, que no vacilarán, no ya en cuestionar la legitimidad de la elección, sino también en insultar a los electores de Trump considerándolos, en el mejor de los casos, unos ignorantes, y en el peor, racistas. Hay que decir que esta victoria sucede solo unos meses después del voto favorable al Brexit en el Reino Unido (junio de 2016) y que podría anunciar potencialmente que las democracias occidentales se decantaran por el campo del mal, es decir, el de la oposición activa al modelo económico y social dominante. Momento en que las miradas se vuelven hacia las elecciones francesas de 2017. ¿La marea populista se llevará por delante a Francia, con un efecto dominó sobre los otros países europeos?

Mayo de 2017: Emmanuel Macron resulta elegido. El lado del bien gana claramente

las elecciones frente a la candidata populista con el 66 % de los votos. Menos mal. Las clases dirigentes expresan su alivio y su satisfacción. El 9 de noviembre, el *Time Magazine* llega incluso a ofrecer su portada al presidente elegido designándolo como próximo líder de Europa. Así que supuestamente todo ha vuelto al orden; el Brexit y la elección de Trump solo eran accidentales. Los medios ya no dudan en explicar que si aquellas elecciones volvieran a celebrarse, el Reino Unido permanecería en el seno de la UE y Hillary Clinton resultaría elegida. Se dice con pedantería que los partidarios del Brexit, esos idiotas, hoy lamentan amargamente su decisión. Da igual que las encuestas muestren todo lo contrario, que los británicos no lamenten el Brexit.[28]

Así pues, la opinión pública occidental habría vuelto al buen camino y la marea populista habría comenzado a retroceder. Este análisis tranquilizador, más próximo al pensamiento mágico que a la realidad, oculta sutilmente el clarísimo progreso del Frente Nacional francés pese a las debilidades de su candidata (en la primera vuelta, 7,6 millones de votos contra 6,4 millones en 2012; en la segunda vuelta, 10,6 millones, todo un récord). Sobre todo, las elecciones que se van sucediendo demuestran que, lejos de frenarse, la dinámica populista se refuerza por toda Europa Occidental (Alemania, Austria, Suecia).

En realidad, la llegada de Macron y de Trump al poder se inscribe en la misma reordenación política. La elección de Macron no borra la de Trump, sino que la hace más pertinente. En efecto, no nos hallamos ante una oposición entre un mundo antiguo y un mundo nuevo, sino en la expresión política de las nuevas fracturas sociales, culturales y territoriales del siglo XXI. Trump, «el representante de la sociedad cerrada», como Macron, el de «la sociedad abierta», son las dos caras de la misma moneda. Reducir la oposición ideológica y cultural entre Macron y Trump a un simple enfrentamiento entre el campo del bien y el campo del mal no permite comprender una fractura que escenifica el nuevo conflicto de clases sobre un fondo de tensiones identitarias.

Con la misma desinhibición, el mismo desapego respecto a la vieja oposición entre la izquierda y la derecha, la misma distancia respecto a su propio campo ideológico, los dos presidentes se sienten libres para transgredir. Criaturas de una pospolítica tradicional, se sienten aún más transgresores por el hecho de que los dos saben que se mueven en un mundo en el que el margen de maniobra del político se ha reducido singularmente. Ni Trump ni Macron alterarán el *statu quo*. Como máximo, asistiremos a pequeñas revoluciones culturales, pero desde luego, a ninguna apoteosis revolucionaria, a la gran noche.

2
EL TIEMPO DE LA SALIDA DE LA CLASE MEDIA

Hace una eternidad, en la década de 1960, la cuenca de la región de la Lorena entra en crisis, la siderurgia francesa emprende su descenso a los infiernos. Al cabo de medio siglo, tras décadas de huelgas y de reconversiones, la mayoría de las fábricas han cerrado. Pese a las promesas de reconversión, el desempleo alcanza un nivel nunca visto en la Lorena y en la cuenca minera del Nord Pas-de-Calais, se sacrifica a la clase obrera francesa en el altar de la globalización. La desindustrialización de las economías occidentales provoca en las décadas de 1970 y 1980 poderosos movimientos sociales que no serán más que el canto del cisne de la clase obrera. La mayor huelga de la historia del Reino Unido, la de los mineros de Yorkshire (1983-1984), acaba con la victoria del Gobierno de Margaret Thatcher. Esta anuncia no solo el abandono progresivo de la industria británica, sino también de la clase obrera. En la mayoría de los países desarrollados, las reconversiones se suceden y castigan a la mayoría de los núcleos industriales. Para la clase dominante, esta masacre de la clase obrera es el precio que hay que pagar por la adaptación de las economías occidentales a la globalización, que se compensaría con la terciarización de la economía, la mejora de gama de la producción y, por consiguiente, la multiplicación de empleos más cualificados y mejor remunerados. Pero, después de la liquidación de la industria, lo que se perfila es la liquidación de la agricultura. Después de los obreros, los campesinos son las nuevas víctimas del mercado globalizado. Pero como los obreros y los campesinos son representantes del viejo orden, de un modelo económico superado, su desaparición no afecta a la pertinencia del modelo dominante. En los años entre 1990 y 2000, la polarización del empleo y el desarrollo de los empleos precarios en el sector de servicios vienen a debilitar a una fracción importante de los asalariados del sector terciario.

En Francia, basta con observar la evolución del empleo por territorios para constatar que el proceso de regresión social ha superado ampliamente los antiguos bastiones obreros, para difundirse aún más ampliamente por los territorios de la Francia periférica. Entre 2009 y 2014, 60 de los 98 departamentos (que representan el 51 % de la población)[29] han perdido empleos. Del nordeste a los Pirineos, pasando por el Macizo Central, de Normandía a los departamentos bretones de Finisterre y de las Côtes-d’Armor o al de los Alpes Marítimos, en el sur, territorios muy diversos sufren los efectos del proceso: áreas rurales o urbanas, zonas de empleos industriales o presenciales.[30] Aunque los departamentos industriales del norte y de la región del Gran Este son los más afectados, los de la cuenca parisiense y del centro también lo

están siendo. Pero a proporción, los que han sufrido pérdidas más cuantiosas son los departamentos rurales. Además, parece que la actividad presencial también sufre pérdidas importantes en los departamentos castigados por la desindustrialización, «ya que el desarrollo de los empleos presenciales está inducido básicamente por el de la esfera industrial».[31] En los territorios de la Francia periférica se ha puesto en marcha una espiral depresiva. El colapso industrial, que a menudo arrastra consigo una caída de los empleos presenciales, provoca *in fine* la crisis de las actividades comerciales en las ciudades pequeñas y las de tamaño medio de esos territorios, castigando a categorías sociales muy diversas. Después de los obreros y de los campesinos, ahora los precarizados son los empleados y los pequeños independientes. Las reconversiones ya no conciernen solo a la industria, sino también a los servicios, al comercio e incluso… a los bancos. En Francia, se estima que el 12 % de las agencias bancarias habrán cerrado antes del año 2020.[32]

Desde los años ochenta, la crisis de la industria y el olvido sufrido por ciertos territorios y ciertas categorías sociales se presentan hábilmente como crisis marginales. Relegados, los obreros y los agricultores, esos representantes del viejo mundo industrial y campesino. Relegados, los empleados, los pequeños trabajadores de oficinas que no han sabido adaptarse a las exigencias de la revolución digital. Relegados, los jóvenes de las categorías populares que no han adquirido competencias para acceder a los empleos altamente cualificados de la nueva economía. Relegados, los viejos, los jubilados, que no son lo bastante productivos y resultan demasiado costosos. Relegados, los territorios situados a distancia de las metrópolis globalizadas. Relegados, los sedentarios. Relegada, la Francia periférica. Relegados, los Estados Unidos periféricos. Relegados, los países del sur de Europa. Relegada, Grecia. El problema es que la suma de todos estos relegados sociales y territoriales forma un conjunto: la vieja clase media occidental.

En efecto, aunque este modelo produce clase media en China, en India (y en general en los BRICS),[33] en Occidente la hace desaparecer. El modelo globalizado, que siembra por todas partes las desigualdades sociales y territoriales, descansa en dinámicas sociales inversas. La emergencia de una China periférica es una prueba del éxito chino, mientras que la de los Estados Unidos o la Francia periféricos ilustra los efectos negativos del modelo.

En pocas décadas, la especialización de las economías, la adaptación a las normas de un mercado globalizado, la acentuación de la división internacional del trabajo y la nivelación de los sistemas de protección social han provocado la implosión de la estructura social. Una implosión que muchos economistas asocian a un modelo que condena a las categorías populares occidentales, las que constituyen la base de la clase media. Branko Milanović, economista serboestadounidense que trabaja en el Banco Mundial, demuestra que la clase media occidental es la única que no obtiene beneficios del crecimiento.[34] Por su lado, Thomas Piketty[35] completa el análisis revelando el proceso mundial de concentración del capital y de las riquezas. En 2017, la fortuna de las 500 personas más ricas del mundo alcanzaba los 5.400.000 millones de dólares, o sea, 5,4 billones, casi dos veces el PIB de Francia. En un informe sobre el crecimiento de

las desigualdades en el mundo, Thomas Piketty predice que, si se prolongan las tendencias actuales, la clase media mundial verá cómo se reduce su parte de patrimonio: «Si la tendencia se mantiene, la parte del patrimonio del 0,1 % más rico del planeta alcanzará al de la clase media en 2050».[36] El economista Olivier Godechot ha estudiado la evolución de los sueldos de los asalariados de la empresa privada. Así ha podido establecer que «entre 1980 y 2007 el salario francés medio no ha progresado más que en un 0,82 % al año; en cambio, el del 0,01 % de los mejor pagados se ha disparado hasta la estratosfera: ha aumentado un 340 %».[37] Por su parte, el McKinsey Global Institute estima que «entre el 65 y el 70 % de los hogares, lo que corresponde a entre 540 y 580 millones de personas, mantienen —a fecha de 2014— las mismas rentas sobre el mercado real (remuneraciones y rentas de los capitales) o las han visto reducidas con respecto a los niveles de 2005».[38]

Como no puede asumir la realidad de las cifras, la clase dirigente manipula (cada vez menos) discretamente las cifras del desempleo, pero también las del crecimiento. En Francia, si se tiene en cuenta el paro «amplio», es decir, que incluye a los trabajadores a tiempo parcial, así como a las personas inactivas que no reúnen las condiciones para ser consideradas parados, los índices de paro se acercan al 18 %,[39] un porcentaje singularmente alejado del índice de desempleo oficial, que el Insee (Instituto Nacional de Estadística y de Estudios Económicos, según sus siglas en francés) sitúa en el 9 %. Esta minimización de las cifras del desempleo no es una particularidad francesa. En Estados Unidos, el índice de desempleo no pasa del 5 %, lo que describe una sociedad de pleno empleo. En realidad, si se tiene en cuenta el subempleo y a los parados desanimados (que ya no buscan empleo y que viven como pueden), así como a las personas que nunca han buscado empleo, o sea, cerca de 90 millones de personas de edades entre los quince y los sesenta y cuatro años,[40] ese índice de desempleo estadounidense rozaría, o superaría, el 20 %,[41] una tasa comparable a la de Francia y a la de los países del sur de Europa.

Si el índice de pobreza solo describe una dimensión de la precarización, la evolución del número de pobres, sobre todo en los países en que la redistribución es fuerte, como en Francia, es un indicador de regresión social. Así, según los parámetros adoptados, Francia contaría con entre 5 y 8,9 millones de pobres.[42] De 2005 a 2015 su número ha aumentado en 600.000 (quienes perciben menos del 50 % de los ingresos medios) y de cerca de un millón (menos del 60 %).[43] Mientras tanto, en Estados Unidos cerca de 50 millones de personas sobreviven gracias a los cupones alimentarios.[44]

Esta angustiosa realidad social está oculta por una comunicación positiva, la de las cifras de crecimiento, un crecimiento continuo que, como el progreso, no debe detenerse nunca. Cuando el crecimiento no se presenta, hay que ir a buscarlo «con uñas y dientes»,[45] aunque sea endeudándose, es decir, cargando el impuesto sobre las generaciones futuras, porque lo importante es preservar la idea de un crecimiento continuo.

¡Exhibir un crecimiento positivo es tan importante que ahora se incorporan los «sectores» de la prostitución y de las drogas! Desde 2013, a partir de la consideración de que son «transacciones comerciales libremente consentidas»,[46] el instituto estadístico

europeo[47] pide oficialmente a los Estados de la Unión que integren el tráfico de drogas y la prostitución en sus estadísticas nacionales. Bajo el pretexto de que en algunos países, como los Países Bajos, estas actividades se consideran legales, Europa exige una armonización y, por consiguiente, la integración de estas actividades en el cálculo del PIB. Mientras que Italia, España y el Reino Unido responden rápidamente a la demanda, Francia se muestra reticente. Esta postura no ha aguantado mucho tiempo… en enero de 2018, incorporó el tráfico de drogas a su cálculo del PIB. Pero el honor está a salvo, ya que, considerando que «probablemente el consentimiento de las prostitutas no se había demostrado», el Insee, de momento, rehúsa contabilizar la prostitución en el cálculo (una decisión temporal, ya que solo es consecuencia de un problema «técnico», el de reorganizar la información). Estimado en cerca de 2.700 millones de euros,[48] o sea, cerca del 0,1 % del PIB, el tráfico de estupefacientes debería aumentar automática y considerablemente el crecimiento. Así se alcanza el objetivo, que no es medir una actividad económica decreciente, sino informar sobre el crecimiento positivo. Y qué importa el hecho de que a menudo, desde hace varias décadas, el crecimiento no se acompañe de mejoras laborales, lo que refuerza las desigualdades, ya que el empleo se concentra en los territorios (generalmente las grandes ciudades) que ya se benefician del modelo globalizado.

DE OHIO AL CAMPO FRANCÉS

«Procedo de una familia pobre del Rust Belt, una vieja región industrial de Ohio maltratada por una dramática hemorragia de puestos de trabajo», cuenta J. D. Vance.[49] El autor de *Hillbilly Élégie* describe en un testimonio impactante el declive de un territorio castigado por las deslocalizaciones industriales, donde la antigua clase media blanca, que encarnaba el sueño americano, se ha hundido en la miseria. Esa historia personal es un ejemplo de un destino mucho más universal, el de una parte de la clase obrera estadounidense y, en muchos sentidos, de la clase obrera europea.

En Estados Unidos, la regresión social alcanza dimensiones alarmantes. Un estudio publicado en 2015 por la National Academy of Sciences[50] muestra que la tasa de mortalidad de la población blanca de Estados Unidos con menor nivel de estudios, de edades entre los cuarenta y cinco y los cincuenta y cuatro años, ha aumentado desde 2005. Esta tendencia es aún más llamativa por el hecho de que, al mismo tiempo, ese índice sigue bajando en el seno de las minorías negra e hispánica. J. D. Vance y el resto de los autores de este estudio consideran que el aumento de los suicidios y de las patologías asociadas a la droga y al alcohol en el seno de la población blanca están en el origen de este aumento. Pero esa regresión no concierne solo a ese segmento de la población. En diciembre de 2017, el servicio estratégico de los CDC[51] puso de manifiesto un fenómeno inédito desde hace más de cincuenta años: el de la reducción de la esperanza de vida de los estadounidenses, que baja por segundo año consecutivo. «Esta es la primera vez desde los años sesenta que observamos un declive de dos años

seguidos; habría que remontarse a los años veinte para volver a ver algo así», indica Robert Anderson, jefe de las estadísticas ligadas a la mortalidad. Una vez más, el aumento del índice de mortalidad se atribuye a las muertes causadas por el abuso de drogas y la sobredosis de fármacos opiáceos.[52] La asociación de lucha contra la toxicomanía, la Addiction Policy Forum, confirma que «estas cifras lúgubres publicadas por los CDC establecen que estamos perdiendo una generación de estadounidenses a causa de la dependencia, una enfermedad que se puede prevenir y curar». Esta situación recuerda la de la clase trabajadora británica en la Inglaterra periférica, esos territorios invisibles y alejados del gran Londres y de su City, que en 2016 votaron a favor del Brexit, y el empobrecimiento y desafecto social de la clase obrera francesa en la cuenca minera del norte. La esperanza de vida en esos departamentos populares y obreros del norte y del Pas-de-Calais es inferior a la media nacional. Además, el IRDES[53] observa que estas desigualdades en los niveles de mortalidad aumentan sin cesar desde principios de los años noventa, en particular en el caso de los hombres.

Estos indicadores de salud pública son la consecuencia implacable del proceso de regresión social comenzado en la década de 1970 en los entornos populares, que hoy desemboca en la muerte por desesperación de las categorías que, ayer, formaban parte de una clase media integrada.

Mientras tanto, en Francia, los agricultores se suicidan. Igual que los obreros, los campesinos han sufrido el mismo proceso de relegación social y cultural. Pese a las subvenciones de los poderes públicos, esta categoría no ha dejado de ver disminuir sus ingresos bajo la doble presión de la reducción de los precios impuesta por los distribuidores y de los precios de las materias primas, cada vez más dependientes de la especulación de los mercados financieros. En un contexto de baja del número de explotaciones agrícolas (de 2 millones a finales de los años cincuenta a las 450.000 de la actualidad),[54] asistimos al hundimiento del nivel de vida de los campesinos, que, por mucho que se esfuercen, ya no viven gracias a sus ingresos, sino a los de su compañero o compañera aún asalariado. Esta situación social dramática no ha frenado un proceso de desregularización reflejado en la firma de numerosos tratados de librecambio internacional. El balance social es grave, muy grave. A la dureza del oficio y a la remuneración escasa, se suma la culpabilidad de no poder vivir del propio trabajo y de depender de subvenciones. La precarización del mundo campesino se acelera. Según la MSA,[55] en 2014, el 18 % de los agricultores adscritos al régimen general tenían ingresos equivalentes a 354 euros mensuales; en 2015, ya eran el 30 %. Hoy en día, el suicidio es la segunda causa de muerte de este grupo, después del cáncer: cada dos días se suicida un agricultor en Francia, una tasa del 20 al 30 % más alta que la del resto de la población.[56]

De las regiones industriales a las zonas rurales, de las ciudades pequeñas a las ciudades medianas, la crisis ahora afecta a múltiples categorías sociales y sectores. En estos territorios, invisibles para la clase dominante, los de los Estados Unidos periféricos, del Reino Unido periférico, de la Alemania, Francia, España o Italia periféricas, el obrero estadounidense, el empleado alemán, el parado español, el

funcionario griego, el artesano italiano o el campesino francés sufren la misma regresión social. Un proceso que se acelera al ritmo de la pérdida del empleo, pero también al de un descompromiso programado del Estado. Porque si estas categorías reciben sueldos demasiado altos en comparación con los salarios mundiales, también son demasiado costosas para el Estado. Durante mucho tiempo los poderes públicos compensaban la reducción de la actividad del sector privado mediante la redistribución y la creación de empleos públicos, pero ahora ha llegado la hora del repliegue.

La crisis de los servicios públicos de los territorios periféricos es un indicador más de esta regresión. Particularmente visible en Estados Unidos, en el Reino Unido o en los países de la Europa del sur, ahora también afecta a Francia. El deterioro de los servicios públicos en la Francia periférica aún no alcanza al de la Inglaterra periférica,[57] donde las políticas liberales no paran de recortar los presupuestos sociales y debilitan los servicios públicos, pero se multiplican los signos de una retirada del Estado. Dicho de otra manera, aunque Hénin-Beaumont no está (aún) en la situación de Telford,[58] la mecánica del repliegue ya se ha puesto en marcha. Es lo que señala Vanik Berberian, presidente de la Asociación de Alcaldes Rurales de Francia, cuando denuncia el hecho de que la gente de los pueblos hoy se ve cada día más excluida del ámbito general de la república: «Mientras que los servicios públicos tienden a reducirse de manera alarmante,[59] se toma a más de 23 millones de habitantes por burros»,[60] campesinos, obreros, empleados, autónomos.

EL PROCESO DE DESAPARICIÓN DE LA ANTIGUA CLASE MEDIA HA COMENZADO

Este proceso de implosión de las antiguas clases medias hoy es perceptible en el conjunto de los países desarrollados, sea cual sea el contexto económico.

En Alemania, donde la tasa de paro es la más baja, el crecimiento está al alza y el excedente comercial, en lo más alto (250.000 millones en 2017), se asiste a una precarización masiva de una parte sustancial de las categorías modestas, una dinámica antigualitaria que también se percibe en Francia, donde los indicadores económicos son completamente opuestos (crecimiento a la baja, tasa de paro elevada y déficit comercial abismal). Ni el éxito económico de Alemania ni el estado del bienestar francés protegen a las categorías modestas de un proceso de precarización que comenzó en los años ochenta. En otros países, donde la economía y el estado del bienestar también son deficientes, es el conjunto de la clase media la que está condenada.

Así fue cómo la clase media griega desapareció en unos pocos años. En septiembre de 2008, a consecuencia de la quiebra del banco norteamericano Lehman Brothers y luego de los bancos griegos, la economía griega se hundió. La recesión provocó la caída de los ingresos de los hogares (reducción del salario mínimo y de las jubilaciones.) Siete años más tarde, en 2015, y pese a la victoria de un partido de izquierda radical (elegido con un programa antiausteridad sobre todo por las categorías que ayer constituían las clases medias griegas), Alexis Tsipras se vio obligado a aceptar nuevos recortes en el gasto

público, subidas de impuestos y una reforma de la seguridad social. Imponiendo su política de austeridad, el Eurogrupo prohibía a Grecia cualquier margen de maniobra, sobre todo en beneficio de los más modestos. Acababa de dictarse el acta de defunción de la vieja clase media griega.

Muy rápidamente, todos los indicadores sociales y de salud pública dieron la voz de alarma. La quiebra de los servicios públicos y de los dispositivos de protección social provocados por el desentendimiento del Estado disparó el número de pobres. En 2017, se estima que un tercio de los griegos vivía bajo el umbral de la pobreza y que una cuarta parte estaba en el paro. La precarización castiga a los asalariados, pero también a los jubilados, cuyas pensiones se desploman. Las restricciones en el sector de la salud provocan el cierre de hospitales (sobre todo psiquiátricos) y el despido del personal. El acceso a los tratamientos y su calidad se reducen y cada vez son más los hogares empobrecidos que renuncian a ellos. Entre 2008 y 2011, los suicidios habrían aumentado en un 27 %.[61] Si el triste ejemplo de Grecia ilustra la rapidez con que puede desaparecer la clase media, también permite medir los riesgos de un endeudamiento descontrolado y, por consiguiente, de la influencia de los bancos sobre los Estados.

El nivel de endeudamiento de los Estados nunca había sido tan elevado. Este endeudamiento no es virtual, afecta directamente a su margen de maniobra, pero también, en última instancia, a la clase media,[62] que indirectamente ha participado en el salvamento de los bancos en 2008.

Sobre esto, el endeudamiento de la clase media estadounidense es muy esclarecedor. Según un estudio de la FED,[63] uno de cada tres norteamericanos está agobiado por las deudas impagadas. Sus impagos y demoras se confían a empresas especializadas en el cobro de deudas. Es una situación peligrosa para los hogares, porque las deudas impagadas pueden bajar la nota de solvencia, lo que conlleva más dificultades a la hora de financiar una casa o un coche, mientras el coste de los créditos aumenta. La deuda de los hogares norteamericanos es un indicador de pobreza que no se ve. Es la letra pequeña del formulario. La explosión de la deuda privada, la multiplicación de los créditos (crédito al consumo, compra de automóvil,[64] crédito de estudiante), que a veces se transmite de generación en generación, ensombrece el futuro de las clases populares. Desde 2010, el endeudamiento y la reducción del poder adquisitivo de los hogares arrastran una baja en las tasas de acceso a la propiedad, una tendencia que castiga a muchos países desarrollados, donde el número de propietarios tiende, como en el Reino Unido o en España, a disminuir.[65]

En Europa y en Estados Unidos, el endeudamiento de los Estados, pero también el de los ciudadanos, es revelador de un modelo que ya no puede satisfacer las necesidades de una clase media mayoritaria a la que se ha relegado económicamente. El Estado no puede garantizar su protección social más que al precio de un endeudamiento sin límite que conduce automáticamente a una pérdida de soberanía, a la imposición de políticas de austeridad.

En numerosos países occidentales, el mantenimiento del nivel de vida de los jubilados y de los funcionarios ha permitido limitar durante mucho tiempo la regresión social. Herederas de la antigua clase media, estas categorías, que se benefician (aún) del antiguo modelo, son las que sostienen el edificio. En Francia, su peso demográfico (el 20 % de los asalariados pertenecen al servicio público y el 24 % de la población está jubilada) garantiza así una redistribución importante y permite mantener el consumo asegurando la supervivencia del sistema político. De hecho, en el año 2017, son estas categorías las que han frenado la marea populista en Francia, votando masivamente en la segunda vuelta de las elecciones presidenciales al candidato Macron. Ironía de la historia, son estas mismas categorías las que ahora están en el objetivo de las reformas del Gobierno macronista electo. En Francia, como en todos los países desarrollados, la reducción de los servicios públicos y la transformación del estatuto del funcionario, así como la reducción de las pensiones de jubilación, forman parte de la hoja de ruta.

En un contexto de envejecimiento de la población,[66] la categoría de los jubilados, poco reivindicativa y poco peligrosa, es, naturalmente, una presa apetitosa para los Estados demasiado endeudados. En Francia, su peso demográfico (17 millones de personas) no cesa de crecer (cerca de 150.000 personas al año). El Insee estima que la proporción de los mayores de sesenta y cinco años ha progresado en 3,7 puntos en veinte años. El alza es de 2,8 puntos para los habitantes de más de setenta y cinco años; estos últimos ya representan uno de cada diez habitantes. Así, los jubilados encarnan una bendición financiera considerable (las pensiones de jubilación, 300.000 millones de euros, constituyen la primera partida de gastos de la seguridad social)[67] que no puede dejar indiferentes a unos Gobiernos faltos de liquidez.

Pero el desfalco de la clase media occidental tiene que ser justificado, aceptado, sobre todo por el resto de la población. En este contexto, era fundamental presentar a esta categoría como privilegiada. La clase mediática y académica se ha encargado de ese trabajo presentando a los mayores como una categoría que se beneficia de ingresos vergonzosamente elevados. Si estadísticamente es verdad que el patrimonio de los de más de sesenta años es importante, hay que recordar que el nivel medio de las pensiones de jubilación es de alrededor de 1.280 euros netos.[68] Con tal nivel de ingresos, que por lo demás no permite ver la heterogeneidad de las situaciones (cerca de 5.600.000 personas viven en Francia con la renta mínima solidaridad para ancianos sin recursos), parece difícil considerar a ese grupo como privilegiado, cuyos recursos serían escandalosamente elevados. Se exhibe sin cesar la situación de los jubilados acomodados de la Costa Azul y del litoral atlántico, pero no se habla tanto de los jubilados invisibles, los de la Francia periférica, esencialmente procedentes de las categorías populares. En la mayoría de los países desarrollados, esta categoría, que los medios de comunicación describen como privilegiada, empieza a sufrir los efectos de la precarización. En Alemania, la precarización de los jubilados ya es una realidad. Revela la paradoja del milagro económico alemán. El éxito de su industria, sus excedentes comerciales, la

precarización de una parte importante de la antigua clase media alemana iniciada bajo Gerhard Schröder, siguen provocando la expulsión de la clase media de una buena parte de los trabajadores en activo, pero también de los jubilados. En 2017, se estimaba que el número de jubilados alemanes obligados a trabajar para completar su escasa pensión era de 900.000.[69] No estamos (aún) en la situación de Japón, donde el Gobierno acaba de retrasar la edad legal de jubilación de los funcionarios hasta los ochenta años, pero el contexto demográfico y la fragilidad de un modelo económico demasiado especializado conducirán inexorablemente a un desvalimiento social de los mayores de sesenta años. En algunos países, especialmente en Grecia, el proceso ya se ha completado, los jubilados han caído en la trampa de la pobreza.

La precarización de los jubilados es la última etapa del proceso de desaparición de la clase media occidental, su canto del cisne. Herederos de los Treinta Gloriosos, casi todos los jubilados aún siguen ligados a un modelo que aseguró su ascenso protegiéndolos de los efectos nocivos de la globalización. Así perpetúan el mito de una clase media integrada. Desde las más modestas a las más acomodadas, estas categorías representan la memoria de la antigua clase media y, en numerosos países, el salvavidas del sistema político. ¿Durante cuánto tiempo más? La degradación de los niveles de vida, pero también de la responsabilidad con los más dependientes, así como la relegación cultural de la que estos son víctimas, anuncian una próxima desconexión. En este sentido, el apoyo masivo de los jubilados británicos al Brexit es un precursor. Lo que se está dibujando en el seno de este grupo, que hacia 2060 representará un tercio de la población europea, es, en los entornos populares, la igualación de las condiciones de vida y de los comportamientos electorales de los jubilados con los de los jóvenes y la población activa. La caída programada de su nivel de vida (sobre todo por la mayor presión fiscal y el menor reembolso de los gastos de salud) anuncia su salida de la clase media. Una salida que puede afectar duramente a las relaciones sociales, porque los jubilados son protagonistas de la solidaridad y del compromiso asociativo y político.[70]

HACIA UNA NUEVA ESTRUCTURACIÓN SOCIAL

Del Rust Belt a la cuenca minera del norte de Francia, del Mezzogiorno italiano a las pequeñas y medianas ciudades francesas, las categorías que constituyen la antigua clase media occidental ahora viven segregadas de los territorios que crean riqueza y empleo. Las lógicas económicas y territoriales ahora les imponen una sedentarización forzada que conduce al hundimiento de la movilidad social y, en definitiva, a la cristalización de una nueva estructuración social.

A pesar de pertenecer a categorías sociales iguales, en la actualidad, la movilidad de los jóvenes salidos de entornos populares es menor en la Francia periférica que en las grandes ciudades. Fuentes gubernamentales confirmaban en 2015[71] que las oportunidades de promoción social de las personas de origen popular (o sea, los hijos de obreros y de asalariados) variaban y podían doblarse en función del lugar de nacimiento.

También revelaba que en Île-de-France, es decir, en la metrópolis parisiense, el ascenso social de las clases populares es más pronunciado (en Seine Saint-Denis, la movilidad social es superior al 40 %, mientras que en la Indre o la Creuse no llega al 25 %.) Un modelo aplicable a buen número de países desarrollados y especialmente a Estados Unidos, donde la movilidad social de los niños de la clase obrera no es la misma, según se viva en California o en Massachusetts, o en los Estados Unidos periféricos del Rust Belt o de los estados del sur.

El acceso de los jóvenes procedentes de un entorno popular a la universidad se degrada al ritmo de la fortificación e inaccesibilidad de los territorios que concentran lo esencial de la oferta universitaria. Una situación denunciada por numerosos cargos electos y asociaciones como Chemins d'Avenirs,[72] que buscan hoy facilitar el acceso a la enseñanza superior de los jóvenes de la Francia periférica que a menudo abandonan hasta la misma idea de embarcarse en los largos estudios universitarios después del bachillerato.

La movilidad de los jóvenes, pero también de la población activa de la Francia periférica, choca ahora con el obstáculo del precio y la escasez de alojamientos en las grandes ciudades. Lejos del mito de la movilidad para todos, asistimos, por el contrario, a una sedentarización forzada que acentúa la escasa movilidad social. Esta situación se agrava hoy con una forma de desencanto perceptible en una parte importante de las categorías populares. Este mecanismo de desencanto-desvalorización lo ha estudiado perfectamente J. D. Vance,[73] que describe un proceso de des-integración que conduce a muchos hogares a abandonar la idea de volver a conseguir un trabajo estable o, en el caso de determinados jóvenes, a renunciar a la idea de cursar estudios. Hoy se observa un mecanismo similar entre los jóvenes de la Francia periférica, que consideran que «la universidad es demasiado difícil para mí, no me atrevería nunca a salir de mi pueblo para seguir estudios de Artesanía, a pesar de que sería cumplir mi sueño, o bien Ciencias Políticas, que no es para los chicos del campo». Salomé Berlioux, presidenta de la asociación Chemins d'Avenirs, cita en esta entrevista concedida a *Le Figaro* el ejemplo de una clase de instituto situada a solo cuarenta minutos de Grenoble, pero adonde la mitad de los alumnos no han ido nunca.[74] Han asumido la idea de que alejarse del pueblo para estudiar no es factible, por más talento que tengan.

La postergación social y geográfica de los más desfavorecidos incide también en los mecanismos que refuerzan inexorablemente la sobrerrepresentación en la población estudiantil de los hijos procedentes de las categorías superiores. Una sobrerrepresentación particularmente llamativa en las carreras de difícil acceso y las grandes escuelas, pero que tiende a acentuarse. El OVE[75] señalaba un agravamiento del fenómeno, ya que, desde 2006, la proporción de los estudiantes de los entornos populares en la enseñanza superior va disminuyendo y todas las carreras se ven afectadas, incluso las que en origen acogerían a estudiantes del bachillerato tecnológico y de formación profesional, que en general pertenecen a entornos modestos, como los institutos universitarios de tecnología (IUT) o las formaciones técnicas de dos años (*sections des techniciens supérieurs*, STS). Una realidad que recuerda a la situación

británica, donde es notorio el fracaso y la desinversión escolares para los chicos procedentes de la clase obrera blanca.[76] Los mecanismos de postergación social y geográfica de las categorías modestas conducen a un retroceso de la movilidad social. Retroceso que es aún más fuerte por el hecho de que afecta a los territorios castigados durante más tiempo por la desindustrialización y a las categorías que ya se vieron expulsadas de la clase media. En esos territorios, el sueño de incorporarse a la clase media se desvaneció desde hace varias generaciones, el capital social de las clases populares ha explotado y la desinversión escolar es más pronunciada.

Estas evoluciones de fondo confirman la cristalización de una nueva estructuración social en Occidente. El estancamiento o el descenso del nivel de vida de las categorías modestas, la polarización del empleo y el aumento de los empleos precarios, pero también el envejecimiento de la población, hacen emerger un grupo mayoritario, el de las nuevas clases populares.

En paralelo se forma un grupo importante, el de las nuevas clases altas. Esta nueva burguesía representa parcialmente a los beneficiados por la globalización. Concentradas en grandes ciudades globalizadas, las categorías superiores no se confunden con la hiperclase, pero apoyan el modelo económico y social dominante. Sean modestos o elevados sus ingresos, esta nueva burguesía forma parte integral del mundo de arriba y participa en el dominio económico y cultural sobre el mundo de abajo. De la misma manera, no es tanto el nivel de ingresos como la postergación cultural y geográfica lo que forja las nuevas clases populares. La pertenencia a una determinada clase social no se reduce a una cuestión de dinero.

Aunque sin conciencia de clase, las categorías modestas comparten una percepción común de los efectos que la globalización tiene en ellas y de su postergación. Aunque esta nueva estructuración social no reactiva la vieja lucha de clases, produce un discurso y unos diagnósticos radicalmente opuestos. La nueva estructuración social no descansa tanto en el nivel de ingresos como en el nivel de integración social y cultural. La desaparición de la clase media occidental no se mide solo mediante indicadores económicos y sociales, sino también y sobre todo por la pérdida de un estatus, el de referente cultural.

3
¿QUIÉN QUIERE SER UN DEPLORABLE?

El sentimiento de pertenencia a la clase media no se basa solo en un nivel determinado de ingresos o en categorías socioprofesionales, sino, sobre todo, en el sentimiento de ser portador de valores mayoritarios y de ser parte activa de un movimiento económico, social y cultural iniciado por las clases dominantes. Es la situación que dominaba en los Treinta Gloriosos, periodo en que la mayor parte de los estratos sociales, desde el obrero al ejecutivo, tenían el sentimiento de estar integrados y de beneficiarse de las grandes mutaciones económicas y sociales de la época. En aquel momento, las categorías populares, obreros y empleados, ocupaban un lugar central en el tablero político. Debido a que eran portadoras de los valores de la sociedad al completo, estas categorías eran, de hecho, referentes culturales, no solamente para las clases dirigentes, sino también para los recién llegados, las categorías populares inmigradas.

LA PÉRDIDA DE UN ESTATUS DE REFERENTE CULTURAL

Este modelo integrador se ha hundido durante las últimas décadas y ha dado lugar a una ruptura fundamental, no entre ricos y pobres, sino entre nuevas clases altas y nuevas clases populares. El modelo económico conlleva una regresión social de la clase media occidental, pero lo que la condena es, ante todo, su postergación cultural. En efecto, los indicadores económicos y sociales solo permiten concebir una dimensión de la cuestión. El concepto de clase media es ante todo cultural, nos habla de las propias sociedades. De la misma manera que la adscripción a una clase no se reduce a una cuestión de nivel de ingresos, las categorías que en el pasado constituían los cimientos de la clase media no se confunden con un conglomerado de trabajadores y consumidores. Constituían el corazón de la clase media, ante todo porque encarnaban el *American* o el *European way of life*. La pérdida de este estatus de referente cultural que condena a la clase media occidental debilita el modelo y los valores de la sociedad misma. El proceso de relegación económica y geográfica iniciado en los años ochenta iba a cambiar las reglas del juego. Excluidas del modelo económico, estas clases iban a convertirse poco a poco en aquellas a las que ya no había que parecerse. Había nacido la figura del deplorable. [77]

De deseables a deplorables, las clases populares han sufrido un cambio radical de estatus. Este desplazamiento haría desaparecer a los actores invisibles de los modelos de

integración. Estas clases, ahora consideradas por la clase dominante en el mejor de los casos como un peso social y en el peor como un enemigo, ya han dejado de constituir una referencia para los recién llegados.

¿QUIÉN PUEDE DESEAR PARECERSE A UN DEPLORABLE?

Tanto en Estados Unidos como en Europa la asimilación de los recién llegados siempre se ha realizado por identificación con la clase media mayoritaria y, especialmente, con las fracciones populares de esta clase. Estas categorías populares siempre han sido las portadoras de los valores dominantes de la sociedad de acogida, las que encarnan los modelos de integración. Categorías referentes para las clases dominantes, estas clases populares representaban el grupo al que uno quería acoplarse, integrarse en él (por matrimonio o afiliación a asociaciones y sindicatos). Este proceso contribuyó a integrar las diferentes oleadas de inmigración de los siglos XIX y XX, fuesen cuales fuesen sus orígenes, a una base cultural común en Europa y en Estados Unidos, y esto, independientemente del modelo preexistente. Integradas en lo económico y respetadas en lo cultural por las clases dominantes, las clases populares autóctonas encarnaban fielmente las solidaridades, las morales y las costumbres de la sociedad de acogida. Seguras de su hegemonía cultural y numérica, las clases populares podían aceptar con relativa facilidad la llegada de nuevas poblaciones cuyo destino era adoptar los valores de las categorías populares que prácticamente compartían su estatus social. La globalización, la desindustrialización, la relegación social, la inestabilidad demográfica han hecho explotar ese estatus de referente cultural. De un estatus de conductoras al *American* o *European way of life* al de *losers*, las categorías populares autóctonas se están convirtiendo en aquellas a las que no hay que parecerse. ¿Quién podría querer integrarse en una categoría social condenada por la historia económica y presentada en los medios como una subclase débil, racista, agria e inculta?

¿Le gustaría a usted parecerse al palurdo francés, al deplorable americano, al *loser* británico, al racista alemán, al carca sueco o al fascista italiano? A esta pregunta los recién llegados responden: ¡no, gracias, *no thanks, nein danke, nej tak, no grazie!* De la vieja Europa a Estados Unidos, la pérdida del estatus de referente cultural de las categorías que encarnaban los modelos de integración las hace desvanecerse.

En Francia, en Estados Unidos, en Alemania, en Suecia, en los Países Bajos, los debates, las preguntas sobre los modelos son las mismas. Contrariamente a lo que pensaban los anglosajones o los franceses, al otro lado del canal de la Mancha, su modelo no era superior a los otros, se da de bruces contra la misma realidad. Durante mucho tiempo, Francia creyó que su modelo asimilacionista —que no reconoce ni origen ni comunidad— produciría una sociedad diversa, pero apaciguada, porque se integraría alrededor de un tronco común nacional. En pocas décadas este optimismo se ha diluido por la realidad de una sociedad ahora socavada por tensiones étnico-raciales muy parecidas a las de la sociedad de Estados Unidos. Y a la inversa, los británicos y los

suecos, muy escépticos respecto al modelo del Estado francés, consideraban, por el contrario, que su modelo, respetuoso con las diferencias, era la condición para la buena convivencia. Al final, la misma evidencia, las mismas tensiones, desde Los Ángeles a París, de Malmö a Londres, los mismos disturbios urbanos, las mismas tensiones raciales, la misma paranoia identitaria, el mismo proceso de división.[78]

Este fracaso suele atribuirse a la ideología del multiculturalismo, al islam, al comunitarismo (segregacionismo étnico). Es cierto que todos estos elementos participan en la implosión de los modelos preexistentes, pero no son su causa. Estas ideologías se imponen aún más fácilmente por el hecho de que ya no se dan las condiciones del proceso de integración/asimilación. Como acabamos de ver, la primera de esas condiciones es que una categoría mayoritaria y referente encarne los modelos de integración, un papel que ayer desempeñaba la antigua clase media.

Asistimos hoy a una gran incoherencia cuando nos quejamos del ascenso de los comunitarismos y, al mismo tiempo, se destruyen todas las condiciones de la integración reduciendo a la insignificancia al grupo que desde siempre ha sido determinante para los procesos de asimilación. La clase dominante, la misma que hoy llora lágrimas de cocodrilo por la ineficacia de su modelo, ha facilitado la explosión por los aires de esos modelos de integración. Al destruir económica y culturalmente a la antigua clase media occidental y, sobre todo, su base popular, la clase dominante ha sentado las bases para la explosión de las sociedades occidentales y su balcanización.

Relegando y condenando a la insignificancia cultural a las categorías que encarnaban el modo de vida y los valores de las sociedades occidentales, la clase dominante ha ido deslegitimando el sistema de valores al que los recién llegados se incorporaban. Es en ese vacío cultural donde fermentan hoy el multiculturalismo, el relativismo cultural, el comunitarismo o el islamismo. Se puede debatir hasta la extenuación sobre la pertinencia de los modelos, sobre la crisis identitaria, sobre la necesidad de reafirmar los valores del Estado, de definir un objetivo común: todos esos debates son vanos si los modelos no cuentan con quien los represente. Porque es en los entornos populares donde la integración tiene lugar o no tiene lugar. Nadie se asimila, nadie se casa con un sistema de valores ni se enamora de él, sino de individuos y de un modo de vida que se desea adoptar.

Al relegar a las clases populares al ostracismo, desde los años setenta, la clase dominante occidental ha asumido una responsabilidad crucial en el hundimiento de los modelos y el crecimiento de las tensiones y paranoias identitarias. Al despojar a las categorías modestas de su estatus de referente cultural, ha programado la obsolescencia de los modelos de integración. Es en este contexto que hay que comprender la ineficacia de los debates sobre identidad, sobre los valores o el bien común, que atormentan a todas las sociedades occidentales desde hace veinte años. Una impotencia que no responde tanto a la calidad de los argumentos como al hecho de que, sin su representación en un grupo social, sobre todo de tipo popular, ningún sistema de valores puede perdurar. Los modelos solo existen, solo sobreviven si están encarnados. Si no cuentan con su plasmación cotidiana por parte de una categoría social mayoritaria, su eficacia se reduce

ipso facto. En Europa, al igual que en Estados Unidos, la defensa de los modelos de integración choca con esta contradicción. Sin una reintegración económica y cultural de las categorías modestas, esa defensa se reduce, en el mejor de los casos, a los combates contra molinos de viento y, en el peor, a un mero postureo mediático y político. En Francia, por ejemplo, la clase política viene predicando desde hace veinte años las bondades del proyecto republicano, pero al mismo tiempo avala y apoya un modelo económico y social que, al condenar a la antigua clase media y su base popular, relega a las categorías que influyen en el modelo de integración.

El respeto de los grupos sociales o de las comunidades siempre viene condicionado por su integración o su éxito económico. Esto es cierto para las minorías, pero también para las mayorías. Ayer, integrada económica y, por consiguiente, políticamente, la clase obrera disfrutaba de una gran integración cultural y suscitaba temor y respeto tanto en el mundo de arriba como en el de abajo. No se puede pretender el respeto y aún menos un estatus de referente cultural, ni ningún poder político, sin integración económica.

Nunca se medirá bastante el impacto de los insultos y la reducción al ostracismo de los más modestos en el hundimiento de los modelos de integración. Este desprecio de las nuevas clases dominantes y superiores hacia su propio pueblo está en el origen de la desarticulación de las sociedades.

Una evidencia que resulta incluso más duradera por la circunstancia de que ahora las clases populares autóctonas e inmigradas ya no viven en los mismos territorios. La concentración de la inmigración en los barrios de viviendas protegidas de las grandes ciudades y, por otro lado, la dispersión de las clases populares autóctonas y de inmigración antigua por las zonas rurales o las pequeñas ciudades reducen automáticamente los contactos, provocan una caída de los matrimonios mixtos e intensifican la endogamia.[79]

EL ARMA DE LA RELEGACIÓN CULTURAL

En el año 2016, Hillary Clinton calificó a los votantes de su rival republicano, es decir, a la antigua clase media estadounidense desclasada, como «deplorables». Más allá del desprecio de clase que subyace en una expresión que recuerda a la del anterior presidente francés François Hollande, que definía como «desdentados» a los obreros o empleados precarizados, insultos como estos (más simbólicos aún por venir de la izquierda) ilustran un largo proceso de reducción al ostracismo de una clase media que se ha vuelto inútil. Esta postergación cultural de las categorías que abanderaban un modelo económico y social estructurado sobre un marco nacional ha permitido justificar el despliegue de un modelo globalizado. Y apoya el proceso de «desnacionalización tranquila»[80] que permite justificar la integración en las normas del mercado globalizado. Utilizada como un arma de clase, esta reducción de los más modestos al ostracismo libera a la clase dominante del lastre nacional.

Desde hace décadas, la representación de una clase media triunfante va dejando poco

a poco lugar a representaciones cada vez más negativas de las categorías populares y el conjunto del mundo de arriba participa en esta tarea. El mundo del cine, de la televisión, de la prensa y de la universidad se encargan con eficacia de este trabajo de demolición para generar en unas pocas décadas la idea repulsiva de unos estamentos populares inadaptados, racistas y, a menudo, cercanos a la imbecilidad.

Desde los *rednecks* degenerados de la película *Defensa*[81] al carca racista de *Crónica de una violación*,[82] la figura del deplorable se ha impuesto desde la década de 1970 en el cine. La televisión tampoco se queda atrás. En Francia, los años ochenta quedarán marcados por la aparición de Canal+, quintaesencia de la ideología liberal-libertaria dominante. Esta cadena trabajará activamente en la postergación cultural de las clases populares asociándolas sistemáticamente a una forma de degeneración. De la serie *Les Deschiens*[83] a la marioneta que mostraba a un estúpido Johnny Hallyday de los *Guiñoles*, en realidad, toda la producción audiovisual da vía libre a su desprecio de clase. De los palurdos franceses a los deplorables americanos, el proceso de depreciación de las clases populares alcanza al conjunto de los países desarrollados.

La maniobra es de una eficacia tal que hoy día cualquier expresión popular se desacredita inmediatamente. El escepticismo de los obreros frente al modelo globalizado y a la construcción europea se traduce como una falta de educación, la demanda de regulación, como una señal de repliegue identitario, el enfado de los alcaldes rurales, como el resurgir de un nuevo movimiento reaccionario. A los intelectuales que se arriesguen a analizar y destapar estas realidades se los tachará de seguirles el juego.

Al mismo tiempo, esta postergación cultural se acompaña de una instrumentalización de las minorías y de la cuestión del racismo. Esta estrategia permite a la esfera dominante acelerar el proceso de marginalización de la antigua clase media occidental (supuestamente blanca) al hacerla responsable de todos los males de las sociedades occidentales. Desde la esclavitud a la colonización, pasando por el holocausto o la represión de los homosexuales, las clases populares occidentales comparecen cada día ante el tribunal de la historia. La trampa es imparable. Arroja a la mayoría de estos grupos al estercolero de la historia y ofrece una nueva pureza a la clase dominante. Así, en este reparto de la historia occidental, las clases populares se ven obligadas a llevar la cara tiznada, mientras que las clases dominantes podrán presentarse como las herederas de una historia positiva (desde las Luces a la emancipación de las minorías). Así, el «sollozo del hombre blanco»[84] coloca a las clases dominantes y superiores en una posición de supremacía moral al desvelar a los verdaderos culpables, que son las clases populares.

A finales del siglo XX la clase dominante se apartó hábilmente del pasado oscuro de la historia occidental cargándolo sobre las espaldas de las clases populares. Así pudo presentarse con el traje nuevo de una burguesía positiva y benévola, guiada únicamente por los valores de los derechos humanos y del mercado. Por su parte, las nuevas clases populares occidentales, presentadas como las herederas de la colonización y de la solución final, no pueden encontrar su sitio en la sociedad abierta del siglo XXI. Esta postergación cultural que condena a la antigua clase media occidental deslegitima, de

hecho, toda oposición social al modelo económico.

En este contexto, la religión de lo políticamente correcto aparece como un arma de clase muy eficaz contra la antigua clase media. Horizonte insuperable para unos, causa de espanto para otros, esta ideología es ante todo una herramienta de dominio. Adoptada por el mundo de arriba, esta neolengua la emplean muy poco las clases populares que han comprendido que esta ideología no apuntaba tanto a proteger a las minorías como a reducirlas al ostracismo. En realidad, las clases dominantes, más que ayudar a las minorías, se sirven de ellas,[85] sobre todo en los periodos electorales, cuando se interpela a las minorías con el fin de defender el sistema en nombre de la lucha contra el racismo (lo que no impide a esta nueva burguesía que eviten vivir y educar a sus hijos en los barrios y las escuelas donde se concentran las minorías).[86]

La victimización de las minorías por parte de los de arriba, este reduccionismo que recuerda al del indígena en la época colonial, incide en la reclusión identitaria de las minorías y permite a las clases superiores despachar la cuestión social sustituyéndola por la de la alteridad cultural. Según esta configuración, la nueva burguesía no explota a los inmigrantes (niñeras, personal de mantenimiento, cocineros, artesanos), no, lo que hace es salir al encuentro del otro ayudándolo a integrarse. Resuelta la cuestión social, conviene marginar a las categorías que podrían reactivar una relación de clase y que representaban a la antigua clase media occidental.

Una vez se ha impuesto la figura del deplorable, la clase dominante puede legitimar todas sus reformas en nombre del bien. La nueva burguesía progre del siglo XXI ha comprendido que ya no podía, como en el siglo XIX, descargar el cañón contra los partidarios de la Comnuna o imponer su moral y su orden social mediante el uso de la fuerza. Hoy utiliza el arma de la postergación cultural para marginalizar el mundo de abajo. Del antifascismo de opereta al antirracismo, ahora esta nueva burguesía dispone de un arsenal ideológico poderoso contra unas categorías que ahora resultan inútiles.

FASE TERMINAL: EL BARNIZ RACIAL DEL CONCEPTO

La facilidad con que la ideología multicultural se ha impuesto en Occidente no solo es inversamente proporcional a la adhesión que suscita en la opinión pública, sino también a la debilidad del proyecto social que sugiere. El multiculturalismo es, *per se*, una ideología débil que divide y debilita. Aunque se hayan adherido a ella algunos *lobbys* étnicos y la clase dominante y los partidos políticos la instrumentalicen, aparece como un horizonte inalcanzable. Simple instrumento de *marketing* comercial, político y comunitario, el multiculturalismo se impone, en primer lugar, por el vacío provocado por la pérdida del estatus de referente cultural de la antigua clase media occidental. En Europa, la ideología multicultural, aunque muchos la han rechazado e incluso algunos dirigentes la han tildado de fracaso,[87] se impone sin dificultad en el vacío que ha causado el abandono de las viejas clases medias.

Es a este vacío donde se lanzan hoy los comunitarismos (etnocentrismos). Así, en

todos los países occidentales los recién llegados prefieren, como es lógico, preservar su capital social y cultural protector más que asimilarse a modelos que están en vías de descomposición. Esta reafirmación identitaria, que emana de minorías que, evidentemente, no tienen ningún deseo de parecerse a los perdedores económicos y culturales de la globalización, acelera la marginación cultural de las clases populares occidentales y conduce a la fase terminal de reivindicación del aspecto racial de la antigua clase media occidental, aunque esta nunca se hubiera definido por sus orígenes. Nunca tuvo ni color ni religión, nunca se identificó como una categoría étnica. Más bien al contrario, la clase media siempre ha sido por naturaleza la categoría integradora. En Europa y en Estados Unidos la antigua clase media siempre se caracterizó por su diversidad social, étnica y cultural.

Todo cambió cuando las categorías populares empezaron a sufrir los efectos de la desindustrialización en un contexto de intensificación de los flujos migratorios. En Francia, la puesta en evidencia del aspecto racial del concepto de clase media comenzó a principios de los años ochenta y fue la izquierda socialista la que se encargó de la operación instrumentalizando la cuestión etnocultural en detrimento de la cuestión social.[88]

Los comienzos de la década de 1980 estuvieron marcados, en efecto, por la mediatización de los primeros disturbios étnico-culturales. Francia descubre sus guetos. La continuidad e intensificación de la inmigración, combinada con la salida y, sobre todo, con el alejamiento de las clases populares autóctonas, desembocaron en la segregación racial propia de numerosas zonas urbanas. En respuesta, el Estado pone en marcha políticas públicas que procuran favorecer la «diversidad social», en realidad, la diversidad étnica. Esta imposibilidad de mencionar claramente el separatismo, no exclusivamente social, sino cultural, y el desarrollo de un *white flight*[89] condujeron a la elaboración de una neolengua donde la «clase media» es sinónimo de «blancos». Así, los objetivos de la diversidad, ahora ya integrados en toda política pública, intentan «atraer a las clases medias». ¿De quién se habla en realidad? ¿De la élite? ¿De los burgueses bohemios (*bobos*)? No, se habla de los blancos de las categorías modestas, los que rehúsan la convivencia armoniosa.

Asociada al *white flight* de los barrios, la antigua clase media francesa y estadounidense también se asocia, y cada vez más, a la categoría de los *petits blancs* (blanquitos), es decir, de los *losers* (otra manera más de condenar definitivamente la idea de una clase media referente, constitutiva de comunidad). Los electores de Donald Trump, del sí al Brexit o del Frente Nacional también se suelen describir como pertenecientes a la antigua clase media o a los *petits blancs*. Esta marginación cultural, que recuerda punto por punto el proceso de vinculación al concepto racial de las minorías, lleva a la marginación política de esas categorías aunque sean mayoritarias. La puesta en valor del *petit blanc* o del *white trash*[90] ha resultado una trampa mortal para la antigua clase media. En el contexto del aumento de la inmigración, se crea en el seno de esa antigua clase media un grupo destinado a convertirse en minoritario. Así, este hecho lleva a la aparición de una sociedad relativa sin interés de clase para mayor

beneficio de las clases dominantes.

Después de evidenciar el componente racial de las minorías, la clase mediática y académica contribuye hoy a hacer algo similar con los blancos procedentes de entornos populares. El uso despectivo de la expresión *petit blanc*, que recuerda a la de *white trash*, que usa la burguesía estadounidense, no solo permite mantener alejadas a determinadas categorías para deslegitimarlas, sino también encerrarlas en un determinismo racial y una marginalidad cultural y política. Así, tras las minorías, la clase dominante –esta sí que no tiene ni origen ni religión— desplaza hacia los márgenes a unas categorías que, sin embargo, aún son mayoritarias. Así es como se pone en marcha este mecanismo sobre las clases populares blancas, ahora ya reducidas, como las minorías, a una posición de victimización que acentúa aún más su arrinconamiento.

La desaparición de la clase media occidental anuncia la época de la sociedad relativa en la que ningún grupo es, por el momento, capaz de representar un modelo cultural dominante y unos valores comunes. ¿Cómo conformar una sociedad sin una clase media mayoritaria e integrada económica y culturalmente? ¿A quién dirigirse para, conjuntamente, poner en marcha reformas, un proyecto, un movimiento social, una revolución? Ante este *impasse* cultural, sin puntos de apoyo en la sociedad, los dirigentes políticos ya no tienen la capacidad de defender sistema alguno de integración e improvisan. Ante el ascenso del comunitarismo, de las tensiones y de las paranoias identitarias, los políticos representan una farsa llena de valores del republicanismo francés… pero lo hacen a ciegas.

Es en este contexto explosivo donde el mundo de arriba opta por la secesión, el abandono del bien común e insiste en su aislamiento; una ruptura histórica que nos lleva al tiempo de la asociedad.

SEGUNDA PARTE

No Society

La desaparición de la clase media occidental inicia el tiempo de la asociedad, el tiempo de la ruptura de los vínculos entre el mundo de arriba y el mundo de abajo. La lucha de clases se acabó, porque, como explica el multimillonario estadounidense Warren Buffett, hace ya mucho tiempo que la ganó la clase dominante.[91] Ahora estamos en el tiempo de la gran separación social y cultural entre las clases superiores y las clases populares.

La ruptura no pasa por una lucha frontal entre las clases sociales, sino por todo lo contrario, por su negación, por una desorientación sabiamente orquestada y que desemboca en la invisibilidad de los más desfavorecidos. La nueva burguesía ha abandonado a las clases populares occidentales y, con ellas, la lucha de clases.

Ahora ya no nos hemos de enfrentar a un mundo de arriba que defiende el orden tradicional, la autoridad, el orden establecido, sino a una nueva burguesía progre que ha elegido la secesión. El sacrificio de la clase media occidental en el altar de la globalización no ha sido más que la primera etapa de un proceso que ha conducido a que los del mundo de arriba abandonen los valores y los modelos comunes que cimentaban las sociedades occidentales. Por primera vez, la clase dominante y sus portavoces mediáticos, culturales, universitarios no hablan ni en el nombre de las clases populares ni en su contra, ya que estas ya han salido de la historia.

Hoy, «nobleza ya no obliga». Habiendo roto el vínculo entre arriba y abajo, que constituye la existencia misma de la sociedad, las clases dominantes y superiores ya no buscan formar sociedad, sino la secesión. Liberada de sus obligaciones, la nueva burguesía deserta. Por su parte, conscientes de este distanciamiento, las clases populares ya no reconocen ninguna legitimidad a ese mundo de arriba que rehúye sus responsabilidades y, así, han dado comienzo a su vida como prófugos sociales.

Ahora bien, si el mundo de arriba ya no es capaz de responsabilizarse de los intereses del mundo de abajo, la misma sociedad llega a su fin. La desaparición de la clase media occidental nos introduce en un periodo caótico en el que todo lo propio de la comunidad, desde el estado del bienestar a los valores compartidos, se va desmantelando poco a poco. El incremento de las desigualdades sociales y territoriales solo es un síntoma de ese vuelco social y cultural. Así, la ruptura del vínculo entre el mundo de arriba y su base popular hace emerger la sociedad de las minorías y de las mayorías relativas, y la de la indistinción social y cultural.

Situado frente al desafío populista, el mundo de arriba elige la huida hacia delante (económica y social) y acelera su atrincheramiento. Aunque esta deserción temporalmente reconforte en la esfera social y en la territorial a los beneficiados de la globalización, da inicio en Occidente a una época de un caos tranquilo. *There is no society*.

1
EL REPLIEGUE DE UNA BURGUESÍA ASOCIAL

Representantes autoproclamados de la sociedad abierta y de la convivencia armoniosa, las clases dominantes y superiores del siglo XXI han conseguido en unas pocas décadas lo que ninguna burguesía había logrado antes: distanciarse, sin conflicto ni violencia, de las clases populares. Su atrincheramiento, que la tecnoestructura llama «metropolización», no es sino la forma geográfica del proceso de secesión de las burguesías en tiempos de la globalización.

UNA BURGUESÍA ASOCIAL

El fraude de la sociedad o de la ciudad abierta proporciona al mundo de arriba una superioridad moral que le permite disimular la realidad de su aislamiento geográfico y cultural. La sociedad abierta (*open society*) es indiscutiblemente la *fake news* más flagrante de estas últimas décadas. En realidad, la sociedad abierta y globalizada es la del repliegue del mundo de arriba a sus bastiones, sus empleos, sus riquezas. Al abrigo de sus fortalezas, la burguesía «progresista» del siglo XXI ha alejado al pueblo y ya no piensa ocuparse de sus necesidades. Ahora el objetivo es disfrutar de los beneficios de la globalización sin ataduras nacionales, fiscales, sociales, culturales… y quizá, mañana, biológicas.[92]

En 1979, el historiador y sociólogo Christopher Lasch revelaba cómo la cultura del narcisismo y del egoísmo conduciría a América a su ruina antisocial.[93] Dibujaba ya con precisión el retrato de una nueva burguesía asocial y sobre todo su incapacidad para evolucionar e interactuar fuera de sus propias redes. Inadaptada a la vida en sociedad, hoy vive totalmente en la negación de la realidad de las clases populares.

En este contexto se comprende que el surgimiento del mundo de las periferias populares y la amenaza que proyecta hayan provocado tal ola de pánico en el mundo de arriba. Un pequeño mundo cada vez más cerrado al que ya parece que le tienta la fuga de Varennes.

OLA DE PÁNICO: EL FRENTE DE LAS BURGUESÍAS

La marea populista que atraviesa Occidente ha desencadenado una sensación de pánico

sin precedentes en la clase dominante. Recordemos, por ejemplo, las reacciones políticas, mediáticas, académicas, suscitadas por el voto a favor del Brexit o la elección de Donald Trump. Insultos, alardes de rechazo a los resultados electorales: el comportamiento de las clases dominantes y superiores ha revelado todos los síntomas de la histeria de una burguesía asocial. Al descubrir la debilidad de su posición, el mundo de arriba ha reaccionado haciendo frente y reforzando su bunkerización.

Así, la última elección presidencial francesa vio surgir un inédito frente de las burguesías (tradicional y progresista). En todas las grandes ciudades y los territorios privilegiados de la Francia periférica, las burguesías de derechas y de izquierdas han apoyado al candidato del modelo dominante, Emmanuel Macron. En las grandes ciudades gentrificadas, donde la presencia popular se ha reducido de manera alarmante, las clases altas han hecho frente común olvidando la vieja división entre izquierdas y derechas: no han dudado en abandonar su posición identitaria o social para agruparse en torno al candidato liberal.

Los territorios de la burguesía expresaron en la primera vuelta un voto identitario de derechas y un voto identitario de izquierdas. François Fillon representaba el canto de sirena de la derecha, mientras que Jean-Luc Mélenchon (y Benoît Hamon) captaba lo esencial de los vestigios de un voto identitario de izquierdas. En la segunda vuelta, la adhesión masiva a un candidato cuyo programa apuntaba precisamente a liberarse de esas identidades nos muestra que desde hace unas décadas estamos en un teatro. Asistimos a una representación de *Las preciosas ridículas* de Molière, donde Cathos personifica a los votantes de Fillon y Magdelon a los de Mélenchon-Hamon. Ahí se acaba la comparación, ya que Mascarille, el criado, no está previsto en el programa, en la medida en que en las grandes ciudades gentrificadas de hoy el pueblo es *persona non grata.*

En París, Lyon, Burdeos, Toulouse, Nantes o Rennes, los valores identitarios y sociales se perdieron entre las dos vueltas: en esas ciudades, la antigua burguesía, que había sido responsable del ascenso de François Fillon, y la nueva, que en la primera vuelta votó por Jean-Luc Mélenchon o Benoît Hamon, le ofrecieron en la segunda vuelta al candidato liberal Emmanuel Macron unas adhesiones propias del mariscal Pétain: 89,7 % en París, 84,1 % en Lyon, 82,9 % en Toulouse, 85,9 % en Burdeos, 86,5 % en Nantes, 78,3 % en Lille, 77,6 % en Montpellier, 88,4 % en Rennes.

En la primera vuelta de las últimas elecciones presidenciales, la burguesía conservadora eligió a François Fillon y, por su lado, la burguesía progresista votó a Emmanuel Macron y, de manera más marginal, a candidatos de izquierdas como Jean-Luc Mélenchon o Benoît Hamon. Si en la segunda vuelta, y a escala nacional, Emmanuel Macron se benefició de la transferencia del 71 % de los votos de Benoît Hamon, del 52 % de los de Jean-Luc Mélenchon y del 48 % de los votos de François Fillon, estas transferencias fueron aún mayores en las grandes ciudades burguesas.

En París, donde los altos cargos, los ejecutivos, las profesiones intelectuales y las profesiones intermedias representan a más de las tres cuartas partes de la población activa, y donde la presencia de las clases populares ya se ha reducido a algunos enclaves

de viviendas sociales, el combate electoral se limita, desde finales de los años noventa, al de las dos burguesías.[94] Reveladora de la pérdida de influencia de la izquierda en los entornos populares, esta gentrificación le permitió en 2001 al Partido Socialista acceder a la alcaldía. El mapa electoral que antes oponía el oeste burgués al este popular ahora opone, en esos territorios, a la burguesía tradicional y conservadora del oeste parisiense con la nueva burguesía progre del este de París. El 20.º *arrondissement* de París, bastión histórico de la izquierda, así como el 16.º, muy derechista, auparon a Emmanuel Macron en la misma proporción: el 90 % en el 20.º y el 87,3 % en el 16.º. Dicho de otra forma: ¡los partidarios de Manif pour tous (colectivo de asociaciones contra el matrimonio homosexual)[95] eligieron al candidato del liberalismo cultural y los detractores de las finanzas internacionales votaron masivamente a un asesor financiero de banca!

Y eso que existían alternativas al voto a Le Pen: abstención, voto en blanco, voto nulo. Sin embargo, escuchando solo su propio coraje y sus profundas convicciones, tanto los burgueses de derechas como los de izquierdas prefirieron hacer frente común. Con gran dolor de su corazón, no dudaron en abandonar sus ideales y su identidad de derechas o de izquierdas.

Hay que decir que después del Brexit y de la elección de Trump la situación pintaba muy mal para ese grupo: ¡su patrimonio, especialmente el inmobiliario, estaba en peligro! Un patrimonio cuyo valor no ha dejado de crecer en estas últimas décadas (el de la burguesía tradicional, pero también el de la nueva burguesía): si el precio del metro cuadrado de los pisos alcanzaba una media de 108.000 euros en el barrio, muy burgués, del 16.º, superaba la media de 7.200 euros en el barrio, considerado «popular», del 20.º. La burguesía de las mansiones y la nueva, la de los *lofts*, apostaron por la seguridad material haciendo frente común.

En el mundo occidental, a menudo la identidad de derechas o de izquierdas ya no es más que una postura, un barniz, un juego que permite animar un debate artificial para demostrar la unión en lo esencial: la defensa de un modelo del que uno se beneficia. En Estados Unidos la derecha exhibe su adhesión al credo estadounidense, pero no deja de apoyar desde hace décadas la incorporación de la sociedad del país a un modelo globalizado que debilita esos valores. La voluntad del *establishment* republicano de repudiar el proteccionismo de Trump es un buen indicador de la relatividad de esa adhesión. En Francia, los partidarios de Fillon mostraban las mismas contradicciones. La postura de defensa de los valores tradicionales ocultaba mal una adhesión sin fisuras a un modelo liberal que los desarticula. Como dice Jean-Claude Michéa:

> Difícilmente se puede conciliar la idea de que el domingo es el día del Señor o de las actividades familiares y la de que debería ser un día laborable como cualquier otro. El modelo económico apunta primero a producir, vender y comprar todo lo que se preste a ello, ya se trate de una pantalla plana, de un kaláchnikov o del vientre de una madre de alquiler.[96]

La victoria del presidente Macron no se explica solo, evidentemente, por la alianza de los beneficiados por la globalización. En 2017, el macronismo no hubiera podido triunfar sin el apoyo de los protegidos, los jubilados y los funcionarios. Si bien Emmanuel

Macron recibió un claro apoyo de los ejecutivos (82 %) y los hogares que ganan más de 3.000 euros al mes (75 %), y si Marine Le Pen arrasó entre los votantes que dicen que llegan a fin de mes «con muchas dificultades» (69 %), como los obreros (56 %), los empleados (46 %) y los votantes cuyos hogares ganan 1.250 euros al mes (55 %),[97] son los protegidos de la globalización, jubilados (74 %) y funcionarios (61 %) quienes ofrecieron a Macron la victoria. Así que estas dos categorías han votado por el candidato más determinado a aumentar la presión fiscal a los jubilados, a reducir el número de funcionarios y a romper su estatus.

Como vemos, las estrategias electorales del mundo de arriba cada vez parecen más un sálvese quien pueda. La elección de Macron es una victoria pírrica, solo ha sido posible por la debilidad y la división del mundo de abajo. Pero el edificio sobre la que se asienta es muy inestable porque depende de mayorías de coyuntura que necesitan no solo la adhesión de los «protegidos», sino también la manipulación de las minorías.

En el conjunto de los países desarrollados, la clase dominante, cuya hoja de ruta exige reducir la acción del estado del bienestar, se apoya paradójicamente en categorías aún protegidas de los efectos de la globalización y, en los márgenes de la sociedad, en las minorías precarizadas, para impulsar las normas de la economía-mundo. Aunque la clase dominante puede ampararse en el envejecimiento de la población y en el aumento de los jubilados para mantener su hegemonía, este recurso depende estrechamente del grado de protección que el estado del bienestar aún puede ofrecerles a categorías socialmente muy frágiles.

El voto a favor del Brexit, por ejemplo, demostró que los jubilados también pueden dar un golpe sobre la mesa cuando el sistema ya no garantiza su protección social o cultural. Al perseguir el desmantelamiento del estado del bienestar, las clases dominantes tiran piedras sobre su propio tejado, en contra de su poder. Aunque por ahora esté cautivo, el electorado de más edad no apoyará eternamente un sistema que lo debilita. Por eso las clases dominantes occidentales hacen la arriesgada apuesta por un electorado más joven y en fuerte crecimiento que aparece en escena, el de las minorías. Esta estrategia electoral, adoptada por los partidos de izquierdas en Europa y por los demócratas en Estados Unidos, también es muy frágil: los intereses de este electorado popular y precario están muy alejados de los de una clase dominante adicta a un modelo que restringe los salarios de la gente modesta mediante unas reformas sociales, cuando menos, incoherentes con el apego de esas categorías a los valores tradicionales. La estrategia electoral de las clases dominantes procura reducir esa gran grieta ideológica mediante la insistencia al máximo en el componente racial de las relaciones sociales, la proyección del racismo de las clases populares tradicionales y el riesgo de la llegada de un régimen totalitario o fascista. Desde hace veinte años, la escenificación mediático-académica y la financiación del antirracismo y del antifascismo han dado sus frutos, ya que parte de ese electorado efectivamente se ha inclinado por unos candidatos liberales (Barack Obama en Estados Unidos, François Hollande en Francia), pero esta estrategia cada vez es menos eficaz.

En la Francia de hoy en día, el electorado de los suburbios se muestra muy indiferente

(y en el caso de sus habitantes más jóvenes, a menudo muy hostil) a los partidos de izquierdas. En Estados Unidos, a los candidatos demócratas cada vez les cuesta más atraer a las minorías, sobre todo a los negros. Estas minorías cada vez son más conscientes y tienen un mayor nivel educativo, y cada vez se dejan manipular menos por los discursos caricaturescos y paternalistas de una burguesía cuyo único objetivo es mantener su posición de clase. En Europa, igual que en Estados Unidos, esta situación de pseudocolonialismo se ha terminado.

Además, esta estrategia electoral hoy tropieza con la realidad de las sociedades globalizadas y multiculturales, la de la defensa del capital social y cultural de los más desfavorecidos. La cuestión del aumento de la inmigración y de la inestabilidad demográfica no es causa de ansiedad solo para las clases populares blancas. Citemos, por ejemplo, a los franceses de origen magrebí o los afroamericanos afectados por oleadas migratorias que pueden poner en entredicho un capital social y cultural que han adquirido a un alto precio y que comulgan cada vez menos con la doxa de la sociedad abierta.

El aislamiento cultural y el rechazo al otro (las categorías populares), hábilmente enmascarados por el falso discurso de la apertura a las minorías (que nunca se lleva a la práctica) definen perfectamente el repliegue identitario y sus *impasses*: gregarismo, consanguinidad, empobrecimiento del pensamiento, oligarquía, plutocracia y, en última instancia, la tentación de un totalitarismo suave.[98] La histeria, la paranoia y los discursos de odio que han acompañado el voto a favor del Brexit o la elección de Donald Trump son características de las patologías desarrolladas por una burguesía fundamentalmente asocial. A resguardo en sus ciudadelas cada vez más homogéneas socialmente, el mundo de arriba ha comenzado un proceso de repliegue geográfico y social que también pasa por dar carpetazo al debate público.

DEL ANTIFASCISMO DE OPERETA AL «ES MUCHO MÁS COMPLICADO QUE ESO»

Un individuo insociable suele desarrollar trastornos psicológicos que lo llevan a una forma de agresividad y de paranoia hacia su entorno. Esta patología describe perfectamente a esa burguesía cada vez más gregaria, que se aísla cada vez más manteniendo en el ostracismo a las clases populares y a quienes las defiendan.

Durante décadas, la imagen creada por los medios de comunicación y la universidad de un mundo de arriba acogedor e ilustrado frente a un mundo de abajo belicoso e ignorante ha protegido a las clases dominantes y superiores. Esta postura moral ha funcionado durante mucho tiempo. Ahora, el discurso de la sociedad abierta y la postura moral que la acompaña ya no engañan a nadie, sobre todo a nadie de las clases populares. La logorrea pretenciosa de los «altos clérigos» universitarios, mediáticos y tecnocráticos no hace efecto alguno. Aunque «tratar a alguien de fascista o de racista es un ejercicio sin riesgo que solo puede aportar ventajas políticas y personales»,[99] al mundo de arriba ya no le basta ese antifascismo de opereta para imponer su visión a la

opinión pública.

Como el arma del antifascismo cada vez es menos eficaz, ahora la clase dominante utiliza una técnica de confusión más sutil para protegerse: la excusa de «es mucho más complicado que eso». Esta retórica, que también se usa en el mundillo mediático y académico para intentar recuperar una potestad que ha perdido, pretende centrar la atención en una supuesta complejidad para ocultar mejor la realidad. Según este razonamiento, las clases populares ya no existen, ni tampoco la Francia periférica.

Por ejemplo, se destaca la heterogeneidad de las diferentes categorías populares (obreros, empleados, campesinos, independientes) así como de los territorios (rurales, ciudades pequeñas, ciudades medianas) para negar la existencia de un destino común compartido por los más desfavorecidos. En este sentido, se subraya el éxito económico de ciertos territorios o ciudades pequeñas para negar la fragilidad social y económica de la Francia periférica. A la inversa, se recurre a la existencia de los barrios pobres o de los guetos en el interior de las grandes ciudades y a la crisis de algunas de estas para minimizar la dinámica global de aburguesamiento y fortificación de las metrópolis.

Parece fácil comprender que, por ejemplo, la presencia de algunos hogares pobres en Neuilly-sur-Seine no convierte a esta comunidad en pobre o mediana, o que, al revés, el hecho de que algunos vecinos de La Courneuve paguen el impuesto a las fortunas no convierte a ese suburbio parisiense en un lugar donde se está registrando un proceso de aburguesamiento. Tras el discurso de la complejidad, de esa negativa a generalizar, en realidad la clase dominante continúa con su trabajo de invisibilizar las dinámicas sociales y territoriales a largo plazo que han llevado a la aparición de un mundo de las periferias en territorios muy diversos, pero que responden a un mismo continuo sociocultural.

Además, los elegidos de la Francia periférica no han esperado a los universitarios ni a los «expertos en complejidad» para tomar conciencia de la diversidad de sus territorios y de sus poblaciones, cuyas expectativas también son complejas y ambivalentes. La complejidad de las cuestiones sociales y territoriales no es nueva (por ejemplo, el Insee ya hace tiempo que cartografió la diversidad de los «territorios de vida»).[100]

Por otro lado, se puede afirmar sin temor a equivocarse que la complejidad está en el centro de todo, incluido de los individuos. En cuanto a la negativa a generalizar, suena como la confesión de que se prohíbe todo pensamiento divergente. ¿De verdad que hay que recordarlo? Pensar es conceptualizar y conceptualizar es generalizar. Esto evidentemente no prohíbe pensar en la complejidad de los territorios ni la diversidad social y cultural de las categorías modestas. En este contexto, el análisis de la geografía electoral es esencial en esta guerra de las representaciones. También en este terreno el «es más complicado que eso» permite reducir las fracturas que sufren las sociedades occidentales.

En 2017, las elecciones presidenciales francesas desembocaron en un enfrentamiento directo entre Emmanuel Macron y Marine Le Pen: la Francia de arriba contra la Francia de abajo, las grandes ciudades globalizadas contra la Francia periférica, las clases populares contra las clases superiores, los *winners* protegidos contra los perdedores de la

globalización, los nómadas contra los sedentarios. Las fracturas territoriales, culturales y sociales nunca habían sido tan visibles, hasta las excepciones venían a confirmar la regla: en efecto, el voto a Macron en los pueblos y en las ciudades pequeñas acomodadas de la Francia periférica o el de los habitantes de las «zonas suburbanas castigadas»[101] de las grandes ciudades para Le Pen no cuestionan en absoluto la dinámica global.

Al hacer demasiado visible un conflicto de clases que el mundo de arriba hace décadas que está intentando ocultar, muchos han sacado sus mejores armas. El célebre *think tank* Terra Nova ha publicado un informe sobre las elecciones que intenta restablecer una representación políticamente correcta de los territorios, según la cual, no hay ni vencedores ni vencidos ni conflicto de clases, sino sencillamente la manifestación populista de ciertas categorías que no han entendido que «es mucho más complicado que eso». Naturalmente, se muestra en contra del concepto de Francia periférica. Como siempre, la argumentación es falaz y pretende despistar. Desde el título: «El voto de las periferias contra el voto de las grandes ciudades, ¿un esquema erróneo?». La «Francia periférica» se transforma en «las periferias». La tergiversación se hace evidente desde el principio, ya que no es lo mismo «las periferias» que «la Francia periférica»: en los espacios urbanos de las grandes ciudades existen periferias igual que en la Francia periférica. Repitámoslo, esta última corresponde a los territorios al margen de las quince primeras metrópolis y comprenden a cerca del 60 % de la población. Una distribución que permite analizar la composición social de los territorios y el lugar de las clases populares en un mundo globalizado. Esto no significa que el 100 % de los territorios y ciudades de la Francia periférica estén en declive y los habiten clases populares precarizadas ni que todas las zonas urbanas estén gentrificadas, pero permite poner de manifiesto dinámicas económicas similares en el conjunto de los países desarrollados: las de la concentración de las riquezas y de las clases superiores, y las del alejamiento de las clases populares de esos territorios. Así que no era, como sugieren los redactores del informe, una ruptura que enfrenta la ciudad al campo ni la periferia urbana al centro de las ciudades. Más bien al revés, el concepto de «Francia periférica» se libera de la clasificación del Insee precisamente para escapar del determinismo geográfico.

Además, en ese documento el análisis del voto se presenta en números, lo que permite acentuar un poco más la confusión y llegar a una conclusión desconcertante: todos los candidatos obtienen más votos en los sectores más poblados. El informe de Terra Nova da a entender que las grandes áreas urbanas (polos con 10.000 empleos y más) forman parte de la Francia de las metrópolis, cuando la mayoría de esas pequeñas ciudades, en realidad, pertenecen a la Francia periférica. A continuación, esta representación permite reactivar el argumentario según el cual en la Francia periférica no hay hogares pobres (cuando viven en ella mayoritariamente).[102] El estudio también menciona el «geografismo», cuando yo nunca he explicado el voto por la localización (sea cual sea), sino por la distribución de las diferentes categorías sociales. Curiosamente, en su conclusión, el informe es menos rotundo que lo que el título da a entender, ya que menciona «los condicionantes del voto» (edad, sexo, categoría socioprofesional, nivel de cualificación…) ¡y concluye que estos son más importantes que la localización

geográfica de los electores!

Este informe de Terra Nova se inscribe en la misma línea de sus trabajos precedentes. Porque este es el *think tank* que en el año 2012 le sugería al candidato socialista François Hollande que se olvidase de las categorías populares tradicionales para concentrarse en la nueva alianza de las clases urbanas y las minorías. Detrás de la técnica del «es mucho más complicado que eso» se esconde una obsesión: relegar a las clases populares y promover el modelo globalizado. Y no tiene nada de raro que, como la mayoría de los laboratorios de ideas, Terra Nova esté en parte financiado por las multinacionales del CAC 40.[103] Bajo el barniz académico y el discurso supuestamente científico (y presentando esas ciencias, que no son exactas, como si lo fueran), los adeptos al «mundo complejo» no tienen ningún problema de conciencia cuando se trata de imponer la representación única y simplificadora de la clase dominante.

Aunque la resistencia al fascismo y el énfasis en la complejidad son, evidentemente, loables (nadie está a favor del fascismo ni de la simplificación), lo importante es que esta retórica permite a la clase dominante prohibir todo diagnóstico sobre la realidad social y cultural de las clases populares. Esas técnicas de intimidación permiten a la clase dominante protegerse y, colateralmente, imponer su superioridad moral.

Así pues, nueva arma de clase, el «es mucho más complicado que eso» permite ponerle punto final a un debate público mediante la negación de lo real. ¿La existencia de un conflicto de clases? ¡Es mucho más complicado que eso! ¿La desaparición de la clase media occidental? ¡Es mucho más complicado que eso! ¿La divergencia de intereses de clase entre nuevas clases altas y nuevas clases populares? ¡Es mucho más complicado que eso! ¿La aparición de una Francia o de unos Estados Unidos periféricos? ¡Es mucho más complicado que eso! ¿La concentración de las clases altas en esos nuevos lugares del poder económico y cultural en que se han convertido las grandes ciudades? ¡Es mucho más complicado que eso! ¿La oposición de las clases populares a un modelo que no las beneficia? ¡Es mucho más complicado que eso! ¿La generalización de un separatismo cultural y social? ¡Es mucho más complicado que eso! ¿La desaparición de los servicios públicos en las zonas rurales? ¡Es mucho más complicado que eso!

¿De verdad es tan difícil de comprender, tan compleja, la realidad de las clases populares? No. De hecho, tras la cortina de humo de esa «complejidad», las clases dominantes y superiores se protegen de una realidad conforme a un modelo fundamentalmente desigualitario.

Apoyándose en el argumento de autoridad,[104] los responsables de la evaluación mediática y universitaria rivalizan en informes «científicos» para explicar hasta qué punto lo que vemos no es lo que vemos. Bajo el pretexto de que no hay que generalizar ni simplificar (porque eso nos devolvería «a las horas oscuras de la Historia»), ese mundillo niega la existencia de las nuevas clases populares y de los territorios donde estas son mayoritarias. Esta pretensión engañosa procura ocultar lo esencial: el aburguesamiento y la concentración del empleo en las grandes ciudades y, a la inversa, el debilitamiento de la Francia periférica al ritmo de la reducción del empleo.

Ante la realidad de las cada vez mayores fracturas sociales y territoriales, la clase dominante también utiliza el concepto (complejo e invisible) de la teoría del goteo para justificar un modelo, en realidad, muy elemental, el de la libertad absoluta del mercado. La teoría de la mano invisible del mercado de Adam Smith[105] ha vuelto. Ahora se llama así: teoría del goteo. El maquillaje de las lógicas del mercado es un factor importante en la guerra cultural que libran las clases dominantes. Hoy, igual que ayer, para estas últimas se trata de crear conceptos intuitivos que validen la pertinencia del modelo. Según esta teoría, cuanto más dinero tengan las clases superiores, más consumen y, sobre todo, más invierten. Esta dinámica crearía en última instancia puestos de trabajo para los más desfavorecidos. Respecto a la economía del mundo digital en Estados Unidos, se estima que un empleo de alta cualificación conllevaría la creación de cuatro empleos menos cualificados.[106] Por otra parte, el ahorro de los más acaudalados ayudaría a incrementar la inversión y el crecimiento del mañana. Aplicada a los territorios, la teoría del goteo permite justificar el confuso concepto de metropolización, es decir, del libre mercado. Lo que es bueno para las grandes ciudades aburguesadas lo sería también, por goteo, para los territorios de la Francia periférica, incluida la rural. La idea es sencilla. Las desigualdades sociales y territoriales existen, pero solo son temporales. Últimamente, la retórica del cabeza de cordada ha servido para completar el argumentario. El razonamiento es idéntico: el éxito del cabeza de cordada (las clases superiores) beneficia a los más desfavorecidos (las clases populares). Esta imagen, *a posteriori*, da la ilusión de que se controlan las evoluciones económicas y territoriales.

Esta teoría del goteo no solo es seductora, sino también parcialmente verdadera. Parcialmente. La redistribución directa o indirecta es una realidad, pero ¿basta para que llegue a todo el mundo? ¿Permite que se incluyan los territorios más alejados de las zonas de empleo más dinámicas? La continua concentración de las actividades y de las riquezas en algunas zonas y, a la inversa, el proceso de reducción de los empleos en los territorios periféricos nos llevan a responder que no. De la misma manera, si bien es cierto que los ricos y las categorías superiores consumen mucho, en realidad favorecen la creación de puestos de trabajo poco cualificados y dinamizan la economía de algunas (pocas) zonas turísticas, hecho positivo, pero limitado solo a algunos territorios.

Pero no hay que olvidar que el consumismo de las categorías superiores no es infinito. De la misma manera que un alto ejecutivo de más de cincuenta años no comprará (si no quiere arruinarse) más que uno o dos relojes Rolex, el *bobo* (burgués bohemio) parisiense no puede comer o cenar más de una vez al día, como tampoco puede comprar cincuenta coches para mantener el sector del automóvil. En la Francia periférica, la buena salud de la economía local se limita a los territorios soleados del sur y del oeste, que atraen a las capas altas de la pirámide social, altos ejecutivos y jubilados acomodados. ¿Y qué pasa con las numerosísimas zonas que concentran a clases populares y jubilados modestos?

Repitámoslo, la presentación de una Francia periférica y popular frente a las grandes ciudades aburguesadas evidentemente no significa que el 100 % de los habitantes de la

Francia periférica sean pobres y sedentarios y que, a la inversa, el 100 % de los habitantes de las metrópolis sean ricos y dispuestos a movilidad. Pero esta representación social de los territorios trata de hacer visible, a partir de las dinámicas de recomposición social de los territorios, la relegación social y cultural de la antigua clase media occidental. En realidad, es esta visibilidad la que fastidia a la clase dominante y no las generalizaciones. Sucede lo mismo con el separatismo etnocultural, aunque sea perfectamente mensurable y, de hecho, se haya medido,[107] a pesar de que se ha minimizado en grado sumo para no simplificar, porque «es algo mucho más complicado». Pero el rechazo a nombrar esta realidad no frena en nada la fragmentación.[108] Una realidad que los promotores del «es más complicado que eso» han contribuido a hacer invisible. Partisanos de la complejidad que, por otra parte, no dudan en caricaturizar a las clases populares, cerradas y racistas sin excepción, según ellos. En este caso, la generalización no les parece tan mal.

Como el antifascismo de opereta, el «es mucho más complicado que eso» revela el empobrecimiento del pensamiento del mundo de arriba. Desde luego, no existe un «pueblo» más cerrado en sí mismo, más timorato, que las clases dominantes y superiores. Cuando constatan el miedo o el repliegue de las clases populares, saben de lo que hablan. Miedo de la protesta popular, claro, pero también miedo de ver lo que se ve, miedo de salir del cascarón de una doxa mullida, acolchada. Así, la técnica de reducir las clases populares al ostracismo y a la deriva fascista se vuelve inexorablemente contra los que la elaboraron.

En el mundo político, mediático, cultural, se impone la ley del silencio. Hay que decir que el riesgo de ostracismo, de señalamiento, de fracaso social, de pérdida de estatus y de ingresos es real. En todos esos medios, el principio del *off* y del *on* se ha convertido en moneda corriente del pensamiento. Ya no se salva ningún sector. Por todas partes, allá arriba, el temor reina como amo y señor.

Sobre la cuestión de la organización del territorio, y cuando una mayoría de electos de izquierdas y de derechas es consciente del callejón sin salida, raros son los que vuelven a cuestionar la ideología de la metropolización[109] y las representaciones sociales dominantes.[110] Entre temor y petulancia, entre condescendencia y desprecio clasista, la bunkerización del mundo de arriba, su conformismo, su gregarismo, su extremismo conducen a una forma de empobrecimiento del pensamiento y anuncian el final de su hegemonía cultural.

LA FUGA DE VARENNES O LAS NUEVAS CIUDADES ESTADO

Anunciada en la década de 1990 por Christopher Lasch, la secesión de las élites hoy toma la forma de una deserción masiva, de un repliegue que no afecta solo a un puñado de ricos, sino a una mayoría de clases dominantes y superiores. La bunkerización de los sectores mejor posicionados de las sociedades occidentales, iniciada en los años ochenta,[111] se ha acelerado y ha dado nacimiento a nuevas fortalezas en las que ahora se

concentra el mundo de arriba (en París, la parte de los ejecutivos y de las profesiones intelectuales ha pasado del 24,7 % de la población activa en 1982 al 46,4 % en 2013).[112] Un proceso que se refuerza al ritmo de la concentración de riquezas, de los empleos y del patrimonio en las grandes ciudades. En Francia, desde principios del siglo XXI, el crecimiento del empleo, que hasta entonces había sido homogéneo en el conjunto del territorio, se concentra ahora en una docena de ciudades, entre las cuales están París, Burdeos, Nantes, Rennes, Toulouse, Montpellier, Lille, Lyon, Grenoble y Marsella. En 2017, estas áreas urbanas de más de 500.000 habitantes y que ahora concentran el 46 % del empleo[113] han generado las tres cuartas partes del crecimiento francés entre 2000 y 2010.

Parapetada detrás de estas murallas, la nueva burguesía, la que no deja de promover la convivencia armoniosa, se ha separado del mundo de abajo. Del otro lado de las murallas, ha visto la luz del día un nuevo mundo, el de las periferias populares, de los territorios castigados por la reducción o estancamiento del empleo. Por primera vez, las clases populares ya no viven allí donde se crean los empleos y la riqueza. Han emergido dos mundos cada vez más herméticos social y culturalmente; ya no forman sociedad.

Si las grandes ciudades, a modo de fortalezas, toleran cada vez menos la diversidad social,[114] lo que más les tienta es la independencia. Conscientes de haber perdido la guerra ideológica, las clases altas aceleran su repliegue estratégico hacia sus bastiones asumiendo su secesión y, a veces, pidiendo su independencia, como ha sido el caso en Londres (manifestaciones pos-Brexit) o en California (manifestación tras la elección de Donald Trump). Ya no se intenta convencer, formar sociedad, sino salvar los muebles.

Así pues, después de la secesión ha comenzado la fuga de Varennes de los del mundo de arriba. Como Luis XVI y María Antonieta, las burguesías intentan replegarse en sus plazas fuertes con la esperanza de relanzar un día la ofensiva ideológica. Las añoranzas de independencia que atraviesan el mundo de arriba completarían el proceso de selección empezado hace cuarenta años. Tras abandonar la idea de formar sociedad, lógicamente, las clases superiores buscan cómo salir del marco nacional y sueñan con la creación de ciudades Estado. El contexto les es favorable.

Como en la Atenas o la Cartago de la Antigüedad o la Florencia del Renacimiento, las grandes ciudades y las clases superiores occidentales ya concentran todos los poderes económicos, financieros y políticos. Desembarazándose de su marco nacional, las ciudades y las regiones ricas podrían tranquilamente desprenderse de territorios y grupos sociales considerados como cargas sociales, situación que al mismo tiempo eliminaría todo peligro de vuelco político. La idea de lo importante que es la redistribución desde las metrópolis hacia las zonas rurales o las pequeñas ciudades contribuye a imponer la concepción de un mundo de arriba exprimido por un mundo de abajo improductivo.

Este discurso apenas oculta la voluntad de los beneficiados por la globalización de liberarse de cualquier ápice de solidaridad nacional abandonando a su suerte a los grupos y los territorios que no tienen cabida en la globalización. Así, la secesión de las burguesías y la desnacionalización progresiva que la acompaña crean las condiciones para un vuelco secesionista de los territorios más favorecidos. Tradicionalmente

promotoras del sinfronterismo, hoy las clases superiores sienten la tentación de volver a la frontera, que podría delimitar y proteger sus ricos pequeños fortines.

Es llamativo constatar que las grandes urbes aumentan su poder en un momento en que los Estados nación pierden fuelle. La multiplicación de las organizaciones transnacionales, por ejemplo, Ciudades y Gobiernos Locales Unidos,[115] se inscribe en esta lógica de secesión y de concentración de poderes en un marco institucional. Desde el siglo XIX hasta mediado el siglo XX, las clases dominantes (políticas, culturales o económicas) aún se inscribían en el marco nacional y fue precisamente en ese marco donde el estado del bienestar se reforzó. Estado del bienestar que hoy se hunde por la desnacionalización. Es en este contexto donde se construye, poco a poco, el sueño de la independencia de los territorios ricos.[116]

Mientras se espera la creación del principado de París,[117] de la ciudad Estado de Londres o del ducado de California, en numerosas regiones ricas se perciben las acometidas independentistas. Aunque raras veces los secesionistas plantean la independencia fiscal y la voluntad de desligarse de toda solidaridad nacional (los independentistas de la región-metrópolis catalana prefieren hablar de resistencia al fascismo del Estado español),[118] en realidad lo que buscan las grandes ciudades globalizadas es desembarazarse de los territorios donde hoy se concentra la mayor parte de las clases populares.

Estos deseos de independencia no llegan por casualidad, sino en un momento preciso en el que las metrópolis ven su proceso de gentrificación terminado y donde no tendrán ya que cargar con una fracción minoritaria de las clases populares, la que aún vive en los barrios de viviendas de protección oficial de las grandes áreas urbanas. Y es la presencia de esas categorías populares y de inmigrantes la que permite a los partidarios de la metropolización presentar esos territorios como espacios abiertos al mundo y a los demás, cuando en realidad el gregarismo y la cerrazón no paran de ganar fuerza. Esta propaganda permite maquillar la secesión de los ricos con las virtudes de la apertura.

Además, si llega a producirse, la independencia de las nuevas fortalezas tomará la forma de resistencia al fascismo (de España, en Cataluña) o al populismo (de Trump, en California). La nueva burguesía propondrá el día de mañana la creación de ciudades Estado en el nombre del bien y de la apertura, lo que le permitirá alejarse definitivamente de la plebe. La separación, ya en marcha, de los Estados nación gracias a la creación de entidades supranacionales crea un contexto político favorable a la secesión territorial de las burguesías. Los movimientos independentistas suelen ocultar un proceso de secesión social y cultural que en realidad se propone desmantelar las solidaridades nacionales y validar el modelo territorial desigualitario de la globalización, el de las grandes ciudades. Más que una renovación del nacionalismo, es antes que nada la secesión de las burguesías que lleva en estado latente la balcanización de los países desarrollados.

Sobre esto, la región-metrópolis catalana es ejemplar. Cataluña es una región rica, muy rica (genera el 20 % del PIB español, donde vive el 15 % de la población). Integrada en la economía-mundo, se estructura alrededor de su gran ciudad, Barcelona,

que concentra a cerca de la mitad de la población catalana. En un país debilitado por un modelo económico globalizado que está viendo desaparecer a su clase media, parece la excepción. Presentado como un caso de irredentismo cultural, el separatismo de los catalanes revela en primer lugar una reacción de las regiones ricas a la crisis económica y el hundimiento de las clases medias españolas.

Aunque en la geografía electoral catalana hay, en menor medida, un voto nacionalista de derechas en la Cataluña periférica de las ciudades pequeñas y de las zonas rurales, la dinámica independentista catalana es, sobre todo, el fruto de una región-metrópolis dirigida por fuerzas liberales y progresistas. Este voto nacionalista es característico de las regiones ricas (como Escocia o Flandes) que desean preservar su posición dominante liberándose de cualquier solidaridad nacional. Lo dirige fundamentalmente una ideología liberal-libertaria característica de las nuevas burguesías. Así, a los nacionalistas catalanes los apoyaba una parte de la burguesía catalana que deseaba reforzar su posición mediante la independencia fiscal, pero también una juventud de izquierdas o de extrema izquierda que abanderaba valores libertarios, y los dos grupos apoyaban el proceso de globalización y de apertura al mundo y a los demás. Las fuerzas que dirigen el nacionalismo catalán son las mismas que encontramos en los territorios beneficiados por la globalización, se apoyan en la alianza ideológica del liberalismo económico y del liberalismo social. Bajo el barniz nacionalista, de hecho, reencontramos los fundamentos ideológicos de las clases dominantes y de la nueva burguesía. También aquí el antifascismo se usa como arma de clase.

Las clases dominantes utilizan un sentimiento nacionalista real para imponer un modelo neoliberal que, en consecuencia, perjudica a las clases populares en España, pero también en Cataluña, donde la concentración de las riquezas y de los empleos en Barcelona ha operado en detrimento de las clases populares catalanas. En las regiones ricas, los movimientos independentistas no son más que la careta de la secesión de las burguesías que intentan salirse de los marcos nacionales (donde hay que ejercer la solidaridad) y unirse a los marcos supranacionales (donde se ejerce la ley del mercado). Este ejemplo catalán ilustra la fiebre de una burguesía dispuesta a cualquier cosa para abandonar el bien común. Consciente de este riesgo, el Estado español, ya sobreendeudado, detendrá el proceso.[119]

Quizá presintiendo el mismo destino trágico que el rey Luis XVI, las clases dominantes y superiores occidentales, mientras esperan la hipotética creación de ciudades Estado, desmantelan discretamente el Estado del bienestar mientras se guardan bien las espaldas. Prudente, el creador de Facebook, Mark Zuckerberg, compró en el año 2014 una «zona autónoma permanente» en el archipiélago de Hawái…[120] un bastión, sin duda, más seguro que Varennes.

2
EL ABANDONO DEL BIEN COMÚN

El abandono del bien común acompaña inevitablemente el proceso de secesión del mundo de arriba. Al no poder asumir políticamente esta renuncia y, sobre todo, el desmantelamiento de un estado del bienestar que se considera demasiado costoso, las clases dominantes han programado las condiciones de su impotencia para regular, para proteger. Esto pasa por el incremento de una dependencia del sistema bancario y de las normas supranacionales del modelo globalizado. Poco a poco, los márgenes de maniobra de los poderes públicos y políticos se van viendo reducidos. Este debilitamiento progresivo de la gobernanza política y social permite hoy justificar la continuidad económica y social promovida por unas clases dominantes que se han vuelto irresponsables.

CREAR LAS CONDICIONES PARA DESMANTELAR LOS PODERES PÚBLICOS

Desde hace décadas, la clase dominante no ha dejado de deplorar las consecuencias de un modelo económico y social que, por otra parte, ella misma promueve sin descanso. Por ejemplo, apoya un modelo basado en la división internacional del trabajo que condena a las clases populares occidentales, pero finge lamentarse del alto índice de desempleo y de la precariedad. Deja su soberanía monetaria[121] en manos de la Comisión Europea y de los mercados financieros, pero hoy se preocupa del desmesurado aumento de la deuda y de la dependencia de los Estados respecto a los bancos.

Aunque los efectos de la ley de 1973[122] son objeto de debate (entre liberales y antiliberales de izquierdas y de derechas) y, evidentemente, no es la causa única del aumento del endeudamiento francés (los préstamos del Estado existían ya antes de 1973), sin embargo, ha propiciado las condiciones de una mayor dependencia de los mercados financieros. Esta ley, inspirada en la Reserva Federal de Estados Unidos, prohíbe al Banco Central hacer préstamos al Tesoro francés, es decir, prestar dinero al Estado a un interés equivalente a cero. Obligado a financiar su endeudamiento mediante préstamos de los bancos privados, el Estado pierde así una parte de su soberanía. Este mecanismo, que ya funciona en el conjunto de los países desarrollados, ha permitido al mundo de las finanzas tomar el control de la economía, pero también del mundo político. Lo que sigue ya es conocido por todos. Depender del poder financiero hunde a los Estados en la espiral de la deuda, ante la que justifica la necesidad de una reducción de

los gastos públicos y el desmantelamiento, paso a paso, del estado del bienestar. Protegido por su impotencia, el muy rebelde François Hollande podía declarar sin riesgo alguno: «Mi enemigo son las finanzas»[123] y sugerir una hipotética recuperación de la política a tenor de la banca (la famosa promesa de separación entre bancos de depósitos y bancos de negocios), sabiendo que esta declaración transgresora nunca tendría efecto alguno.

Con la misma lógica, la clase política organiza una integración europea radical, instaura la moneda única y, en última instancia, puede explicar con total tranquilidad que lo que reduce su margen de maniobras es el corsé de las directivas europeas. Sin embargo, ni la Unión Europea ni las organizaciones supranacionales han caído del cielo. Aunque la clase política no deja de responsabilizar a Bruselas, lo cierto es que esas estructuras son el producto de la voluntad de esas mismas clases dirigentes, cuyo objetivo es alejarse de las realidades sociales y nacionales.

En el plano social asistimos a la misma circunstancia, la de quienes lamentan una situación de la que ellos mismos han sido responsables. Así, se percibe inquietud por la escalada de las tensiones identitarias o los procesos de división[124] de los territorios, pero desde hace cincuenta años se contribuye a favorecer los flujos migratorios. Flujos que, según se explica, no se pueden controlar por culpa del corsé de las directivas europeas, directivas que, sin embargo, se contribuye a reforzar sin cesar. La misma farsa tiene lugar en la cuestión del envejecimiento de la población: se lamenta una tasa de crecimiento demográfico muy baja y al mismo tiempo se rehúsa implantar políticas para incentivar la natalidad.

La clase dirigente propicia su propia impotencia para regular y, luego, se lamenta de ella. Estas pantomimas enmascaran lo esencial: el abandono de las clases populares y medias del bien común y de la misma sociedad. Como lo resume Noam Chomsky,[125] «nunca en la historia ha habido una organización que se hubiera dedicado a emprender la destrucción de toda vida humana organizada».

En el punto de mira: el estado del bienestar. Demasiado bien pagadas, las clases populares y medias ahora, además, están demasiado protegidas. Negándose a asumir el desmantelamiento del estado del bienestar, las clases dominantes se parapetan cada día más detrás de las directivas europeas, del peso de la deuda o del envejecimiento de la población para justificar una gestión de «buen padre de familia».

Así, cuando el confinamiento geográfico y económico de las nuevas clases populares hace surgir con fuerza la demanda social, la impotencia del Estado se presenta como si fuera inevitable. Por todas partes se trabaja en Occidente con la misma hoja de ruta, la de una reducción de la redistribución y de los servicios públicos que se han vuelto demasiado caros. En este gran movimiento de abandono del bien común, las clases dirigentes pueden recurrir a la excusa de que la creación de las sociedades multiculturales erosiona, sobre todo en los entornos populares (primeros en recibir las políticas públicas), el mantenimiento de las políticas sociales.

El desmantelamiento de la protección social ya se ha puesto en marcha y tiene que realizarse sin revueltas, en el nombre del bien. Para alcanzar este objetivo, la clase

dominante incide en el sentido común de la economía, pero también en el aspecto social y cultural. La clase dirigente justifica con buen ojo este objetivo destacando la necesidad de concentrar las políticas públicas en las poblaciones que se hallan más en situación de precariedad. Así, en nombre de la eficacia social, se concentrarán los medios en los más pobres, lo que implicará la reducción al mismo tiempo de la cobertura social. Esta estrategia solo crea perdedores, porque el Estado se muestra incapaz de responder a las necesidades de la mayoría de las clases populares y también resulta derrotado en su forma de afrontar la pobreza.[126]

EL DESMANTELAMIENTO TRANQUILO: EL EJEMPLO DEL MODELO TERRITORIAL

A ojos de los mercados, el nivel de protección social en Francia parece un anacronismo. Si la mayoría de los países europeos ya han reformado o abandonado su modelo social, el gasto público en Francia aún representa el 56 % del PIB. Una situación que no puede durar.

El vínculo visceral de los franceses con los servicios públicos y, en términos más generales, con el estado del bienestar[127] ha frenado la «reforma» (nombre dado al largo proceso de desvinculación del Estado), una situación cada vez menos sostenible para un país que, por otra parte, ha aceptado todas las normas del modelo globalizado. Pero la normalización está en marcha. El desmantelamiento del modelo territorial francés es un buen ejemplo de ello.

Desde hace años, se subraya que la organización territorial en Francia es demasiado costosa y así se va justificando poco a poco y en nombre de la eficacia económica la metropolización en detrimento de los ayuntamientos y de los departamentos. En ese contexto de recentralización invisible, los cargos electos de la Francia periférica ven como sus márgenes de maniobra (económicos y sociales) van encogiendo drásticamente.

Cuando el exministro del Interior Jean-Pierre Chevènement explica la reforma territorial, no puede ser más claro: «El modelo republicano se apoyaba en el ayuntamiento, el departamento y la nación. Esta tríada se ha abandonado. En la cabeza de los que quieren reformar a troche y moche la organización territorial del país, ha aparecido un nuevo paradigma: ese nuevo paradigma vincula grandes entidades interconsistoriales rígidas, grandes regiones que a menudo son artificiales y una Europa cuyas fronteras no se conocen».[128] También apunta al movimiento de desnacionalización que desemboca lógicamente en el abandono del bien común.

Chevènement señala asimismo las consecuencias negativas de la creación de grandes regiones y denuncia la puesta en marcha de nuevas estructuras interconsistoriales (con un mínimo fijado en 15.000 habitantes) cada vez menos en manos de los representantes electos del lugar y más en las de prefectos a los que poco interesan los políticos locales.

El resultado, por descontado, es el abandono, previamente programado, del ayuntamiento y el departamento, es decir, de las estructuras que garantizan la cohesión nacional y el principio de solidaridad. Tampoco es por azar que continúe el proceso de

debilitación económica y social de las ciudades pequeñas, de las ciudades medianas y de las zonas rurales. Si se suprimen las herramientas de cohesión social y territorial, la clase dominante impide que surja un modelo económico alternativo en esos territorios. Sobre este asunto, Jean-Pierre Chevènement llega a una conclusión amarga. Recuerda que «las antiguas regiones industriales del norte y del nordeste han perdido muchas de sus empresas. Tienen demasiados parados y a menudo ven que los centros de las ciudades se vacían» y que «no se ha aplicado ninguna política estatal para remediarlo».

A esta conclusión se podría añadir la situación de una gran parte de las zonas rurales y de las pequeñas ciudades de hoy día, que cada vez están peor dotadas de servicios públicos y que, pese a las llamadas de atención de los alcaldes, parecen condenadas a una espiral de decadencia. Fuera del ámbito del ayuntamiento y del departamento, las clases dominantes van socavando poco a poco las bases de la democracia local en beneficio de las fortalezas-metrópolis, que son cada vez más autónomas.

LA HUIDA HACIA DELANTE ECONÓMICA

En los tiempos de la asociedad, el destino de las clases populares ya no tiene cabida alguna. Hay que seguir pedaleando, avanzando, qué más dan las desigualdades, qué más da la desaparición de la clase media, qué más da el bien común, qué más dan las generaciones futuras.

El crecimiento exponencial del endeudamiento es un buen indicador de la irresponsabilidad de las clases dominantes. En 2008, año del hundimiento financiero mundial, el endeudamiento global se estimaba en 142 billones de dólares. Después de esta crisis, el conjunto de los dirigentes occidentales ha afirmado que se propone regular los mercados, luchar contra los paraísos fiscales y comenzar por fin el proceso de desendeudamiento. ¡Al cabo de diez años el FMI[129] estima que la deuda mundial ha alcanzado los 164 billones, o sea, el 225 % del PIB mundial! Endeudada hasta las cejas y con la máquina de imprimir billetes bien a mano, la clase dominante espera salvar su modelo y sus ideas mediante el crecimiento sin fin de un mercado financiero que ya hace mucho tiempo que perdió cualquier vínculo con la economía real. Así la deuda viene a compensar artificialmente la caída en la creación de empleos.

Pero este endeudamiento no es virtual, ya pesa sobre los pueblos y las generaciones futuras que tendrán que pagarlo. Esta fuga hacia delante, este sistema de caballería financiero, ilustra perfectamente el estado de ánimo de una clase dominante para la que el porvenir de las clases populares y medias no es de su incumbencia. En Estados Unidos la deuda está fuera de control, alcanza niveles estratosféricos. En 2017, el endeudamiento global había superado el 100 % del PIB, o sea, 20 billones de dólares. Lo mismo sucede en Francia, donde la deuda pública ha alcanzado los 2,2 billones.

El mecanismo es aún más perverso, hasta el punto de que, en caso de crisis del sistema bancario, son los Estados los que salen al rescate de las instituciones financieras. La sumisión a la industria de las finanzas y la adaptación de las economías a las normas de

la economía-mundo desembocan hoy día en la necesidad de reducir y de adaptar la protección social a directrices globalizadas. Desde la reforma del código de trabajo a las reducciones de las pensiones o las ayudas para los colectivos, pasando por aligerar la carga del estado del bienestar, las reformas están previstas para que respondan a las exigencias de nuestros acreedores.

La mayoría de los países occidentales están involucrados. Por todas partes las clases dirigentes se han lanzado a una fuga hacia delante que intenta sostener artificialmente el crecimiento sin tratar la cuestión de fondo, la de la integración económica de la antigua clase media occidental. La precarización de estas categorías, que conduce al estancamiento de la creación de riquezas y del consumo es, sin embargo, una de las causas principales de la crisis sistémica. Desde hace años, los Estados toman préstamos que nunca podrán reembolsar. Es un sistema suicida, pero a corto plazo da la impresión de que lo manejan actores responsables. La realidad es que hoy la clase dominante busca menos preservar la sociedad que ganar tiempo.[130]

El aumento del trasvase del patrimonio público a la esfera privada es otro indicativo de esta fuga hacia delante. Desde 1980, la parte del patrimonio privado no ha dejado de aumentar en detrimento del patrimonio público.[131] Por todas partes los Estados privatizan y se empobrecen, como es el caso de Estados Unidos, del Reino Unido, de Alemania, de Japón e incluso de Francia[132] (las únicas excepciones son los países ricos en petróleo que poseen fondos soberanos importantes, como Noruega). En este sentido, el economista Thomas Piketty ha demostrado que desde los años ochenta una parte importante del patrimonio público se ha transferido a la esfera privada, un proceso que contribuye a acentuar un poco más las desigualdades.[133] Esta tendencia mundial reducirá a medio plazo los márgenes de maniobra de todos los Estados.

Este proceso se refuerza con la reducción de los impuestos a los más ricos. A este respecto, el que señala el camino a seguir es el modelo estadounidense: se estima que actualmente el 0,1 % de los más ricos solo pagan el 12 % en impuestos (en oposición al 30 % de la clase media); un proceso similar ocurre con la fiscalidad de las empresas, gracias a la cual las grandes firmas pueden ahorrarse impuestos deslocalizando sus sedes.

LA HUIDA HACIA DELANTE SOCIAL

La clase dominante aborda la cuestión cultural con la misma ligereza, con el mismo cinismo. Para ella, tampoco en este terreno hay un futuro. El rechazo a tener en cuenta las consecuencias del modelo multicultural y del impacto de los flujos migratorios retrata un mundo de arriba perfectamente indiferente al destino de las clases populares.

Por todo el mundo, las encuestas[134] muestran, no un rechazo al otro, sino la inquietud que despierta que una ola de migraciones desestabilice la sociedad de las clases populares. En efecto, es en los entornos populares, y no en el mundo de arriba, donde tiene éxito, o fracasa, la asimilación de los recién llegados. Los más humildes

tienen unos conocimientos insuperables en materia de inmigración y en lo que a relacionarse con el otro se refiere. Su experiencia, la sutileza y la tranquilidad con las que han gestionado las diferentes oleadas migratorias hubieran debido legitimar su diagnóstico sin duda alguna. Pero lo que se ha producido es exactamente lo contrario.

Encerrada en una postura de superioridad moral, la clase dominante ha barrido de un manotazo todo posible diagnóstico por parte del mundo de abajo. En materia de inmigración o de multiculturalismo ha remitido a los análisis de un mundo mediático-universitario (la mayoría de las veces) originario del mundo de arriba y (siempre) llevado por un fuerte desprecio clasista. Estos expertos autoproclamados e investigadores adheridos al modelo dominante han elaborado representaciones caricaturizadas de unos medios populares que, según ellos, estarían listos para reactivar las horas más oscuras de la historia. Así, las representaciones de salón de la inmigración y del multiculturalismo se han impuesto, representaciones que no tienen en cuenta la realidad de la inestabilidad demográfica y de la inseguridad cultural que esta inmigración y multiculturalismo generan en los entornos populares.

En todos los países occidentales, la visión irenista de un multiculturalismo de 5.000 o 10.000 euros mensuales se antepone a la realidad del multiculturalismo a 1.000 euros al mes.

Confortada por «expertos» para los que las clases populares son intercambiables, sin cultura ni pasado, la clase dominante se aferra a una representación técnica de la inmigración en la que el destino cultural de los autóctonos y de los inmigrantes no tiene ninguna importancia.

Sin embargo, el diagnóstico es sencillo: los más desfavorecidos, los que no tienen ni poder ni red, no pueden gestionar cómo preservar un capital social y cultural protector. Por tanto, no quieren convertirse en un grupo minoritario para no depender de la benevolencia de una mayoría. Recordemos, una vez más, que este sentimiento no es solo el de los blancos, sino que concierne a todas las categorías populares. Esta ansiedad la acentúa el sentimiento de que el crecimiento de la inmigración cuestionará las conquistas sociales de los más desfavorecidos. El desarrollo de las políticas sociales centradas en los más pobres tiende a agravar este temor.

Si la inmigración permite cubrir ciertas necesidades de la gran patronal garantizando una presión a la baja sobre los salarios, también permite justificar una reducción de la cobertura de la ayuda pública priorizando políticas de identificación. Al hinchar el número de los pobres y de los desempleados, la presión migratoria refuerza en la opinión pública la idea de que la inmigración acapara la ayuda pública. Esto, a ojos de los más desfavorecidos, es una deslegitimación paradójica del estado del bienestar.[135]

En este sentido, la evolución de la vivienda social en Francia es un buen ejemplo. Históricamente destinadas a alojar a una mayoría de las categorías menos favorecidas, estas viviendas se asocian con las políticas de identificación de los hogares más pobres, a menudo de inmigrantes. Esto se ha hecho tan evidente en la opinión pública que hoy todo proyecto de construcción de viviendas sociales suscita oposiciones, incluso por parte de los más humildes, aunque estos sean los que más las necesiten.

Así, la Ley Égalité et Citoyenneté (LEC, Igualdad y Ciudadanía) del 7 de enero de 2017 tiene por objeto reforzar el carácter «muy social» de la vivienda social, en particular con destacadas obligaciones de mestizaje social que, según la ley, son más apremiantes sobre los equilibrios territoriales. Hasta ahora, solo se ha asignado la atribución del Estado para los destinatarios prioritarios, o sea, el 25 % de los alojamientos. La LEC impone a los otros agentes públicos, es decir, a los ayuntamientos, al grupo Action Logement y a los arrendadores que cada uno invierta el 25 % de sus atribuciones a los receptores prioritarios. En consecuencia, la parte asignada a estos receptores ha pasado del 25 al 42 %. Así pues, lo que está en marcha es un movimiento muy fuerte de especialización en la vivienda social «en su vocación más social» y probablemente el fin de la vivienda social «generalista» a la francesa. Una deriva que recuerda a la de la vivienda social británica de las décadas de 1980 y 1990, y que corre el peligro de deslegitimar esta política pública a ojos de los más desfavorecidos, que ya consideran que el estado del bienestar no es eficaz con ellos y es demasiado generoso con los otros.

Esta tendencia, reciente en Europa, viene a confirmar los análisis realizados por numerosos investigadores norteamericanos que observan un descrédito del bien común y de la confianza en las sociedades multiculturales. Para Robert Putnam, profesor de Políticas Públicas de la Universidad de Harvard, «la confianza no es un producto individualista, sino un activo social que construyen los individuos colectivamente en el marco de las comunidades».[136] Dicho con otras palabras, la confianza se produce en red y más fácilmente si las personas se conocen bien. El economista estadounidense George J. Borjas[137] llega a conclusiones parecidas tras analizar el impacto de la inmigración en el ascenso de la desconfianza entre nativos e inmigrados. En este contexto, a menudo la articulación entre multiculturalismo y solidaridad social resulta un desafío.

En toda Europa, y en un contexto de crecimiento de los flujos migratorios, las políticas públicas ya han puesto en marcha una orientación selectiva que provocará inexorablemente un desafío al modelo social por parte de quienes más lo necesitan, para mayor beneficio de la clase dominante.

En los países en que la cohesión nacional se mantenía en parte gracias a la generosidad del modelo social, este fin programado del estado del bienestar provoca una crisis existencial. En este sentido, el caso de Suecia es emblemático.

El modelo social sueco se consideró durante mucho tiempo ejemplar (subsidios sociales generosos, alto nivel de las prestaciones de salud, calidad del sistema educativo muy alta), pero, en pocos años, la llegada de un flujo excepcional de inmigrantes le ha dado un vuelco completo a la situación. Este choque demográfico lo ha analizado la demógrafa Michèle Tribalat;[138] las cifras hablan por sí solas: entre 2000 y 2016 el número de personas nacidas en el extranjero aumentó en un 80 % de media y en 2016 entraron más de 122.000 extranjeros procedentes de países no comunitarios, cuando en el mismo ínterin salieron menos de 13.000, lo que arrojó un saldo migratorio de 109.000. Para entender la importancia proporcional de este movimiento, la demógrafa precisa que

esta cifra sería el equivalente a 710.000 personas en Francia. Este aumento va acompañado de un cambio de los países de origen de los inmigrados. A principios de los años sesenta, del 4 % de los habitantes que habían nacido fuera de Suecia, casi todos eran europeos, sobre todo procedentes de los países nórdicos y, en especial, de Finlandia. Así pues, la inmigración era una inmigración de vecindad. En 2016, la mayoría de estos solicitantes proceden de países lejanos (Afganistán, Irán, Irak, Siria, Somalia, Eritrea). «Estos nuevos países ya representan aproximadamente el equivalente, en términos relativos, a la población de origen magrebí en Francia. Hoy en día, la población de origen extranjero de primera o segunda generación (según la amplia definición sueca) es, sin duda, la más importante de la UE en términos relativos, con un 30,6 %,[139] respecto al 21,4 % de 2002. En este periodo la población de origen extranjero ha crecido en 1,1 millones de personas, cuando la de origen sueco ha perdido 94.000».[140]

La inmigración es más importante en las grandes ciudades, pero también se observa en otras partes. «En los municipios de 200.000 habitantes o más, la proporción de población de origen extranjero (los inmigrados y la generación nacida en Suecia con al menos un padre nacido en el extranjero) ha pasado del 34,3 % en 2002 al 44,3 % en 2016; en el caso de los municipios pequeños, ha pasado del 10,8 % al 19,2 %». En efecto, asistimos a una dispersión hacia las ciudades pequeñas, especialmente en los barrios de viviendas sociales construidas en los años sesenta para mantener a las familias suecas cerca de la naturaleza. Por consiguiente, la proporción de personas nacidas en el extranjero ha aumentado más en los municipios pequeños que en los grandes, hasta el punto de que la diferencia relativa entre los municipios de 200.000 habitantes o más (Malmö, Göteborg y Estocolmo) y los de menos de 5.000 habitantes se ha reducido: en el año 2002, en los primeros había de media un 20,2 % de personas nacidas en el extranjero, con respecto a un 5,5 % en los segundos; en 2016, estos porcentajes son, respectivamente, del 25, 9 % y el 12,4 %.

Esta dispersión por los territorios de la Suecia periférica, hoy vaciados por el empleo industrial de otras zonas y donde las tasas de desempleo son elevadas, provoca un aumento de la demanda social[141] (a propósito de esto debemos señalar que en Francia la dispersión de los inmigrantes en las ciudades pequeñas y los pueblos que sufren la escasez de empleo produce los mismos efectos en los servicios sociales de los departamentos).[142] Tanto en las ciudades pequeñas como en las grandes ciudades suecas la inmigración ejerce así una presión sobre el modelo social del país.[143]

Suecia intenta responder a esta nueva demanda, por ejemplo, construyendo más casas, aumentando el número de maestros, de médicos, pero también reformando poco a poco las ventajas sociales del país. Haciendo esto, se muestra a la opinión pública que la inmigración desestabiliza uno de los pilares de la cohesión nacional sueca, su estado del bienestar. En un contexto de pujanza de los partidos populistas, Suecia ha frenado esta oleada cerrando su frontera con Dinamarca y luego ha reformado su ley de asilo para dificultar la instalación definitiva y la llegada de nuevas familias.[144]

Como en todos los otros países occidentales, el malestar identitario sueco cada vez es más perceptible.[145] Y crece más rápidamente porque en ese país la clase dirigente es

sin duda la «campeona de la negación»,[146] pero también (y sobre todo) porque cada vez más se percibe la inmigración como un peligro para el estado del bienestar.

En Suecia, como en Francia, en Italia o en Estados Unidos, «nobleza ya no obliga». La huida hacia delante de las clases dominantes occidentales, inscrita en un largo proceso de abandono de las clases populares, hoy desemboca en un cuestionamiento del estado del bienestar y en un abandono generalizado del bien común. Es la culminación de la difusión de una cultura del egoísmo, pero también del desarrollo de un profundo desprecio de clase. En este sentido, el historiador norteamericano Mark Lilla[147] describe como, «en Estados Unidos, el individualismo ha barrido los conceptos de ciudadano y de bien común». Señala también el desarrollo del profundo desprecio de clase de la nueva burguesía: «Nací en Detroit en los años cincuenta y crecí en una familia en la que nadie había estudiado en la universidad. Cuando obtuve una beca para la Universidad de Michigan, me encontré frente a un esnobismo de izquierdas que despreciaba a la clase obrera, su vinculación con la familia y la religión. Esta izquierda caviar me generó una profunda reacción».[148] Las causas del hundimiento de las sociedades hay que buscarlas en ese profundo desprecio.

3
EL CAOS TRANQUILO O LA SOCIEDAD RELATIVA

La ruptura entre los de arriba y los de abajo nos hunde hoy en el caos de una sociedad relativa en la que la regresión social no provoca una revuelta o una contestación generalizada, sino la generalización de las reivindicaciones sectoriales, individuales y grupales en que el bien común ya no es un objetivo. Aunque evidentemente este individualismo afecta a todas las categorías sociales, no se ha generalizado con la misma intensidad arriba y abajo, porque, al contrario que las clases superiores, las clases populares simplemente no tienen todos los medios para ello.

Su relegación geográfica y su precarización les imponen aún ciertas formas de solidaridad forzada. La ayuda recíproca, la solidaridad entre familiares o de vecindad están aún muy presentes en la Francia periférica y en los suburbios. En un contexto de hundimiento del bien común, estas manifestaciones de solidaridad se ejercen cada vez más en el marco de un comunitarismo *light* (el de las proximidades de vecindad, que, de hecho, descansan en un capital cultural común) o en estado puro (el de la comunidad étnico-cultural). Individualismo y gregarismo social para el mundo de arriba, solidaridades forzadas y comunitarismo para el mundo de abajo: los países occidentales entran en el periodo de las sociedades pequeñas.

LA SOCIEDAD RELATIVA

En este modelo de las mayorías y de las minorías relativas, la clase política ya no se dirige a un todo, sino a cuotas de mercado. En este tiempo de las culturas relativas,[149] los partidos hacen *marketing* étnico-cultural. En cuanto a las políticas públicas, cada vez son más segmentadas, porque el estado del bienestar se encuentra bajo la presión de las políticas de identificación, cada vez menos propensas a un proyecto común. En la época de las sociedades pequeñas, de los mundos pequeños, la desnacionalización de las historias occidentales también forma parte del programa. El abandono del bien común y la desaparición de una clase media mayoritaria que asumía la historia nacional abren el camino a la multiplicación de pequeñas historias identitarias. Borrar las historias nacionales (la polémica sobre las estatuas en Estados Unidos y en Francia)[150] cede el espacio a una historia desnacionalizada y modelada por la globalización y la ideología multicultural.

La historia de las minorías también es desnacionalizada. Por ejemplo, la historia de los

negros americanos, aunque es muy específica, poco a poco se está convirtiendo en la de los negros franceses o europeos, de la misma manera que la de los musulmanes franceses se confundirá con la de los musulmanes británicos. En Occidente, la expresión minoritaria se ha convertido en la norma, una norma globalizada.

¿A QUIÉN DIRIGIRSE? ¿EN QUÉ LENGUA?

El hundimiento del bien común va acompañado de un abandono fundamental, el de una lengua común. El mundo de arriba ya no habla la misma lengua que el mundo de abajo. George Orwell bautizó esta lengua extraña, incomprensible e inaudible por el mundo de abajo como «neolengua». Este lenguaje, este vocabulario suena para las clases populares como una no lengua, una alengua, la de la asociedad. Un mundo de arriba, un mundo de abajo: dos lenguas, dos visiones del mundo.

La clase política, que se muestra incapaz de definir las bases de un proyecto común, se dirige a pequeñas sociedades en las líneas de las fracturas étnico-culturales. En un periodo de abandono del bien común, de indistinción política y de alternancia única, las reivindicaciones culturales o comunitarias ocupan y ocultan cada vez más el vacío del debate público.

Conscientes de esta evolución, los partidos políticos han preparado un discreto *marketing* electoral étnico-cultural mientras juran, con la mano en el corazón, que jamás se meterán en ese avispero. Si la derecha y la extrema derecha se dirigen sobre todo a los «blanquitos», la izquierda siempre ha teñido su discurso de un componente racial para dirigirse más o menos discretamente a las minorías. Todo se desarrolla como si el sistema de representación política hubiera mutado en un sistema de representaciones culturales y, por consiguiente, de intereses comunitarios en el que los grupos no pueden existir en la esfera mediática y política si no escenifican sus especificidades étnico-culturales. En un contexto de desafección política de las clases populares,[151] las mayorías que emergen son cada vez más relativas, cada vez están más impactadas por el *marketing* étnico-cultural y, en consecuencia, son cada vez menos representativas.

Lógicamente, la desconfianza hacia el sistema democrático va creciendo. En 2018, un estudio de la Fundación Jean-Jaurès revelaba que si el 65 % de los franceses aún tienen confianza en la transparencia del sufragio y comparten la idea de que «las elecciones en Francia se organizan de manera suficientemente limpia y segura para evitar los fraudes y garantizar la realidad de los votos», este porcentaje cae al 54 % entre los jóvenes de dieciocho a veinticuatro años, al 54 % en el caso de los empleados, al 53 % en el de los obreros y al 45 % entre los desempleados.[152]

Pero esta desconfianza también es consecuencia de la impotencia de los movimientos sociales para gestionar alternativas económicas. En efecto, el fin de la antigua clase media paradójicamente no ha provocado ningún proceso revolucionario, ningún vuelco radical. Esta evidencia responde a la naturaleza de la asociedad, que impide la famosa alianza de clases, determinante para el éxito de este proceso.

¿Cuántas veces habremos oído la famosa expresión «¡esto tiene que explotar!»? Hace décadas que se anuncia la revolución. Como un mantra, «¡esto tiene que explotar!» se repite hasta el infinito en la prensa, en la izquierda, en la derecha, en la extrema izquierda, en la extrema derecha. Se anuncia un otoño caliente, las barriadas van a explotar, los fascistas o los izquierdistas tomarán el poder; en todas las pantallas se proyecta sin cesar el anuncio de la gran película de Hollywood… sin fecha de estreno. De momento, la verdad es que en el siglo XXI se espera la revolución igual que si se esperase a Godot.

Lo apuntado responde al hecho de que es muy difícil crear las condiciones para la revolución en tiempos de la asociedad como se hacía siglos atrás, cuando aún existía el vínculo (incluso conflictivo) entre las clases superiores y las clases populares.

La secesión de la burguesía y la desconexión de la clase trabajadora crean una situación política inédita en la que las tensiones sociales e identitarias llegan a su fin por la renuncia de las clases superiores al compromiso. En efecto, no puede emerger ningún proceso sin el compromiso de una parte de las élites o de la burguesía a favor de los más desfavorecidos y, por consiguiente, una voluntad de preservar el bien común. La crítica de los ricos no debe ser una farsa, esa crítica confortable de las desigualdades es artificial porque ya no integra el diagnóstico social de los más desfavorecidos. Contra el capital, la pequeña burguesía denuncia al 1 % y las desigualdades, pero sigue respaldando todas las reformas económicas y sociales puestas en marcha por la clase dominante.

Desde hace décadas, los movimientos sociales acaban en callejones sin salida. Este enfrentamiento envuelto en algodones entre el Gobierno y los sindicatos forma parte del espectáculo político-mediático. En realidad, escenifica un choque de impotencias. Impotencia de un Estado cuyos márgenes de maniobra no han dejado de reducirse e impotencia de un movimiento social cada vez más desconectado de las clases populares.[153] La relegación económica, cultural y geográfica que ha conducido a un desinterés político, sindical, asociativo de las clases populares hará cada vez más difícil esta conexión. Ahora los sectores humildes de la Francia periférica y los de los suburbios están demasiado alejados geográfica o culturalmente de los movimientos conducidos básicamente por una pequeña burguesía protegida o afincada en metrópolis inaccesibles. Este choque de impotencias tiene poco impacto en la sociedad y en la hoja de ruta de la clase dirigente.

No hay movimiento de masas, no hay revolución sin alianza de clases. En un contexto económico y político diferente, el fracaso relativo de los partidos griego y español, Syriza y Podemos, se explica por la imposibilidad de que una burguesía ilustrada apoye las reivindicaciones populares.

Consciente del peligro que representaría la convergencia de una fracción de las clases superiores y de las clases populares, la clase dominante ha creado un cordón sanitario

eficaz y ha demonizado toda opinión que tome seriamente en consideración el diagnóstico de los más desfavorecidos. En este contexto, la demonización no apunta tanto a los partidos populistas o su electorado (definitivamente perdido a ojos de la clase dominante)[154] como al segmento de las clases superiores e intelectuales que podría sentirse tentado por esta solidaridad de clase y crear así las condiciones del cambio.

En Occidente, la técnica de la demonización de opiniones es, ante todo, una advertencia a todo intelectual, universitario y responsable económico que pretenda tenderle la mano a las clases populares con idea de desafiar el modelo único. Por el momento, la técnica está funcionando, pero la marea populista muestra que la estrategia del miedo tiene sus límites. Si la elección de Donald Trump en Estados Unidos ha causado tantas reacciones violentas en la élite globalizada, no ha sido porque el mandatario hable como un *white trash*, sino porque procede de la hiperclase.

Al mencionar el proteccionismo o la regulación de la inmigración, Donald Trump rompe el consenso ideológico dentro de la clase dominante. Así contribuye a un vuelco de una parte de las clases superiores que garantizan la supervivencia del sistema. El cuadragésimo quinto presidente de Estados Unidos no ganó porque obtuviese todos los votos de la clase blanca trabajadora (*white working class*), sino porque logró la inesperada alianza entre una fracción del mundo de arriba y de la América periférica. La toma de conciencia de la realidad de los sectores populares por parte de una fracción de la élite es un verdadero riesgo que puede convertirse en realidad en cualquier momento, en cualquier país o región.[155]

Habida cuenta de la frágil situación, la clase dominante se compromete y da a entender que es capaz de moverse, de evolucionar, con la idea de que es ella la que dirige el proceso «revolucionario». El sistema integra desde hace tiempo a su propia oposición, financiando generosamente la rebelocracia, pero con eso no basta, también hay que liderar la revolución. En 2016, el candidato Macron, descrito como el representante de la banca, del modelo globalizado liberal, de los poderosos, elaboró su ascensión gracias a su libro, que le sirvió de programa electoral, titulado *Révolution*.[156] Es en nombre de la revolución como el mundo de arriba justifica el derribo de todos los cimientos de la sociedad de abajo y el abandono del bien común.

Así pues, no es casualidad que el romanticismo revolucionario de la burguesía no llegue a las clases populares. Hay que decir que estas hace tiempo que asimilaron la idea de que «la revolución no es una cena de gala, es un acto de violencia»[157] del que ellas a menudo son las víctimas y que, en última instancia, responde antes que nada a las aspiraciones de la burguesía y de la clase dominante. Por lo tanto, no es tan extraño que el mundo de abajo haya recibido tan mal el programa del candidato Macron y, al contrario, las clases superiores lo hayan apoyado. A semejanza de sus gloriosos antepasados, los nuevos burgueses siguen alzando el puño y queriendo arrastrar al pueblo hacia la luz y el progreso, pero estos revolucionarios de salón hoy predican en el desierto.

El modelo multicultural nos abre las puertas a la época de las insatisfacciones individuales, comunitarias y, en última instancia, colectivas. En un contexto de inestabilidad demográfica y cultural, esta insatisfacción generalizada, en que los individuos y comunidades se consideran peor tratados que los demás, nos sumerge en la paranoia, una patología que afecta indistintamente a todos los países occidentales.

Inherente a la aparición del multiculturalismo y a su corolario, la inseguridad cultural, [158] la sociedad paranoica se convierte en la norma. Ahora la paranoia identitaria afecta a todos los individuos, sea cual sea su origen, a las minorías, pero también a las mayorías relativas. Los negros, los asiáticos, los magrebíes, los latinos, pero también los blancos. Los judíos, los musulmanes, pero también los católicos, los protestantes e incluso los ateos. Por todas partes la misma paranoia, por todas partes la misma inseguridad cultural, por todas partes la misma ansiedad ante la cuestión de ser o de convertirse en minoría en países en los que ya no está garantizado el bien común.

En nuestra sociedad relativa, que también es la de las identidades relativas, las tensiones culturales, étnicas y religiosas se multiplican al ritmo del abandono del bien común, de la intensificación de la inmigración y del cambio de lo general a lo particular.

El victimismo, arma de representación y de reivindicación de las minorías, está convirtiéndose en norma en las sociedades relativas, que ahora incluye a la población mayoritaria y blanca. Genera los mismos instrumentos de defensa de grupo haciendo énfasis en las supuestas fobias de los grupos culturales competidores: islamofobia, negrofobia, judeofobia, cristianofobia y, mañana, blancofobia.

La inestabilidad geográfica participa en la generalización del miedo de muchos a convertirse en minoritarios en su propio pueblo, su barrio, su provincia, su región. Una angustia cada vez más perceptible en las categorías populares blancas, pero que también concierne a las minorías en función de las dinámicas locales (magrebíes y asiáticos en Francia, negros en Estados Unidos). En las sociedades multiculturales, la batalla por la hegemonía cultural o simplemente el lugar del grupo en el seno de las minorías no tiene fin.

En este contexto de fracaso de los modelos de integración, el multiculturalismo se convierte en una bomba de fragmentación que explota y se propaga aleatoriamente por todos los grupos sociales, étnicos, religiosos o culturales. En buena parte de los territorios, la cuestión del peso demográfico de los diferentes grupos se convierte en algo fundamental. En efecto, es la superioridad numérica de los grupos en un territorio concreto lo que garantiza o no la preservación de su capital cultural. A escala de barrio o de municipio, se ha declarado ya la guerra invisible por la adquisición del estatus de referente cultural y el día de mañana se intensificará al ritmo de la disolución de los modelos que garantizaban los valores comunes (en Francia, la república y sus valores laicos). Estas tensiones que estimulan el separatismo territorial reducen el contacto entre comunidades, incluso en un país como Francia, donde no se reconocen ni los orígenes ni las religiones y donde la endogamia (sobre todo religiosa) progresa y los matrimonios

mixtos disminuyen.[159]

En nuestras asociedades, ahora la histeria comunitaria desemboca en reivindicaciones identitarias también sin fin.[160] Más que el riesgo de guerra civil, lo que caracteriza a los países occidentales es el riesgo de paranoia colectiva. En Europa, en un contexto de explosión de las violencias, sobre todo de las violencias gratuitas contra las personas,[161] esta paranoia contribuye a dotar de tintes de histeria los debates y a la parálisis de los poderes públicos, que son incapaces de preservar los valores comunes.

Ante este caos tranquilo y sin ataques, la clase dominante utilizará cada vez más el chantaje de la guerra civil para justificar el fortalecimiento de su poder. La voluntad de no incrementar las tensiones podría, por ejemplo, justificar el cierre del debate público a todas las cuestiones culturales y religiosas. Aunque en el mundo de arriba existe la tentación autoritaria, la voluntad de concentrar los poderes o de recentralizarlos, tropieza con un grave problema: la desconexión de las clases populares. ¿Cómo ejercer un poder, difundir una propaganda entre categorías que, cuidadosamente, se han relegado, sacado de la historia? ¿Cómo influir en una sociedad que se ha destruido? Al reducir a sus propios pueblos al ostracismo, las clases dominantes occidentales han creado las bases de su propia impotencia. Al romper los vínculos entre el mundo de arriba y el de abajo, las élites fomentan la autonomía de los más desfavorecidos, que ya ni siquiera mencionan al mundo de arriba. A no ser que se militarice la coerción, la clase política ya no podrá contar por mucho más tiempo con el mundo mediático o académico para conducir al mundo de abajo. Como abajo ya nadie se toma en serio a los políticos, economistas, universitarios o medios de comunicación, el siglo XXI se abre a una paradoja mayor. Hoy, es el mundo de arriba el que está perdiendo su hegemonía cultural. El *soft power* invisible del mundo de abajo es el invitado inesperado de la globalización.

TERCERA PARTE

El *soft power* de las clases populares

En el caos de la sociedad relativa, no hay gran cosa que esperar de un mundo políticamente paralizado por la fragmentación y la multiplicación de las reivindicaciones identitarias. Al salir del marco nacional, al aceptar la pérdida de toda soberanía, las clases dominantes han generado su propia impotencia y su incapacidad para influir en la realidad. Es en este caos donde ha emergido el mundo de las periferias populares, que hacen visible lo que queda: un muro de contención popular que se extiende, en todo Occidente, por la mayoría de los territorios.

Excluidas, reducidas al ostracismo, precarizadas, sin poder económico ni político, parece que las clases populares han salido de la historia. En pocas décadas la clase dominante occidental se ha convertido en una brújula que apunta hacia dónde no hay que ir. La autonomía que se le impuso al mundo de abajo, que ahora es impermeable a los discursos y requerimientos del mundo de arriba, permite a las clases populares reafirmar lo que son colectivamente. Contra todo lo que se esperaba, hoy ejercen un *soft power* invisible que contribuye al hundimiento de la hegemonía cultural de las clases dominantes y superiores. Así, en el conjunto de los países occidentales asistimos a una inversión de las ideas sobre el poder.

Este *soft power* de las clases populares, que dirige la marea populista forzando a políticos y medios de comunicación a abordar cuestiones prohibidas, contribuye a volver al movimiento real de la sociedad, el de la mayoría. En todo Occidente asistimos a un cambio de paradigma, y no al éxito político de algunos oradores. El populismo no es un acceso de fiebre irracional, sino la expresión política de un proceso económico, social y cultural de fondo. Donald Trump, como los populistas italianos, cuenta con el apoyo de un movimiento que él no inició. En Francia, Emmanuel Macron puede resultar elegido, pero de ninguna manera fue él quien comenzó ese movimiento, esa determinación que muestran las clases populares por rechazar el modelo del mundo de arriba. Este movimiento real de la sociedad no responde a ninguna manipulación, a ninguna *fake news*, simplemente responde a la voluntad de los más modestos de preservar lo esencial, su capital social y cultural. Presentado por las clases dominantes como populista (entiéndase fascista), este movimiento dirigido por una mayoría es, en realidad, profundamente democrático. Este regreso al pueblo, es decir, a la democracia, a un poder ejercido por el pueblo, responde a una necesidad, la de volver a formar sociedad. Es esta mecánica del pueblo la que mañana obligará a las clases dominantes a sincronizar sus relojes con los del resto de la sociedad y a salir, como dice Jacques Julliard, «de un sistema en que actualmente la democracia se ejerce sin el pueblo».[162]

De hecho, el movimiento real de la sociedad tira por la borda, uno tras otro, todos los fundamentos del discurso dominante. Este vuelco no es fruto de una ideología y aún menos consecuencia de ninguna toma de la Bastilla, es consecuencia de una sociedad forzada a responsabilizarse continuamente de una realidad social y cultural que es

completamente contradictoria con la visión irenista de las clases dominantes. Así, frente a la voluntad de reducir el estado del bienestar, de privatizar, las clases populares priorizan la necesidad de preservar el bien común y los servicios públicos; a la de desregular, de desnacionalizar, oponen un marco nacional que condiciona la defensa del bien común; frente al mito de la hipermovilidad, revelan la realidad de un mundo popular sedentario mucho más duradero; y finalmente, a la construcción de un mundo de indistinción cultural, oponen la preservación de un capital cultural protector. Todas estas cuestiones prohibidas u ocultadas vuelven a salir a la superficie y ponen de manifiesto la importancia de un *soft power* que la clase dominante ya no puede ignorar.

Este vuelco viene a desmentir la idea de un mundo popular resignado e impotente frente al enorme poder de los dominantes. Y lo que es más importante, su *soft power* permite dejar atrás la representación de unas clases populares tentadas por el extremismo o la violencia para mostrar, sin embargo, la racionalidad y el poder de un diagnóstico mayoritario y fundamental. Este *soft power* está impulsado por un análisis sereno, no por una ideología violenta, y se fortalece inexorablemente del vacío provocado por el abandono del bien común.

Nunca unas clases dominantes habían desarrollado tal desprecio clasista, una voluntad semejante de salirse de la sociedad. Al reivindicar valores universales, las clases dominantes occidentales nunca han dejado de distinguirse. En ninguna otra parte del mundo se encuentran clases dominantes y superiores que hayan sacrificado a conciencia su clase media y, en última instancia, a la misma sociedad. Aunque las élites globalizadas participan en todas partes en la misma captación de las riquezas y en el mismo abandono del bien común, en ningún país se encuentran clases dominantes que se hayan despojado tanto como las nuestras de su historia, de su cultura, de su marco nacional. Nunca una clase mediática, política y universitaria había denigrado tanto, reducido al ostracismo, insultado a su propio pueblo, del que se encuentra aislada. Aislada también del resto del mundo, que ya no soporta más sus lecciones de moral.

Al rechazar el nihilismo del mundo de arriba y la eliminación de las sociedades occidentales, hoy día las clases populares ejercen una presión inesperada sobre el mundo de arriba. Esta presión cultural contribuye a imponer temas que remiten, todos, a lo colectivo, a la voluntad de proteger un capital social y cultural que estructura toda sociedad. Soberanismo, proteccionismo, preservación de los servicios públicos, rechazo a las desigualdades, regulación de los flujos migratorios, fronteras: estos temas son comunes a las clases populares de todo el mundo, sean cuales sean sus orígenes. Estas cuestiones, que desmienten radicalmente la pertinencia del modelo dominante, ahora son objeto de debate.

Esta visibilidad de las aspiraciones populares no modifica (aún) la hoja de ruta de las clases dirigentes, pero contribuye a hacer visible lo esencial, la permanencia de un muro de contención popular ligado al bien común. La clase dominante occidental, impotente para frenar un movimiento de respuesta que no va a detenerse, en realidad no tiene más que una alternativa: «proteger o desaparecer»,[163] unirse al movimiento real de la sociedad o dejarse arrastrar al caos que ha creado. Ahora vive bajo una doble presión, la

de la oposición popular y, sobre todo, la de un modelo exhausto.

Sin embargo, aunque la aceptación del diagnóstico de las clases populares permita ir más allá de los falsos debates,[164] de las falsas soluciones y de las falsas alternancias políticas, no garantiza ningún final feliz. Sería un error sustituir el irenismo de las clases dominantes por una visión idealizada del resto de la sociedad. Nada será posible si una parte de las clases superiores no se reintegra en el marco nacional en el que se ejerce la solidaridad.

1
UN *HEARTLAND* POPULAR O LA INVERSIÓN DE LOS CONCEPTOS DE POTENCIA Y PODER

Aunque invisibles, políticamente insignificantes, económicamente inútiles, las clases populares no han desaparecido. Como acertadamente señala Jean-Claude Michéa:[165]

> La idea de que el pueblo ya no existe, hoy muy extendida entre los «sociólogos» de izquierda que ya solo saben razonar en términos de «minorías», es completamente surrealista. Salvando las distancias, es un poco como si unos senadores de la Roma imperial se hubieran atrevido a sostener que bajo el benévolo reinado de Marco Aurelio ya no existían los esclavos.

Los obreros y los empleados, los jóvenes, los parados y los jubilados procedentes de esas categorías siguen conformando la inmensa mayoría de la población en todos los países desarrollados. Si se les añaden los campesinos, los pequeños autónomos, estas categorías forman un bloque popular imparable. Frente a estos, el mundo de arriba, de los ricos y las clases superiores, no supone más del 20 o el 25 % de la población (según David Goodhart, «la gente de cualquier sitio», esos que no paran de moverse, partidarios del mercado y de la sociedad abierta, no representan más del 25 % de la población frente a la «gente de lugares concretos»).[166] Este continuo sociocultural se reparte por la inmensa mayoría de los territorios, no para constituir márgenes, sino continentes populares[167] en los que se encuentran las pequeñas fortalezas-metrópolis.

MURO DE CONTENCIÓN POPULAR

Estamos lejos de un mundo en vías de desaparición, como sugieren algunas representaciones mutiladas del territorio y de las categorías sociales. La instrumentalización de la cuestión del envejecimiento de la población ha contribuido durante mucho tiempo a la erradicación de la antigua clase media y de sus territorios y a la aparición de un nuevo mundo conducido por la juventud de las grandes ciudades. Al cabo de treinta años, no queda más remedio que constatar que la parte de la población que vive en las metrópolis ha permanecido estable (alrededor del 40 %).[168] En efecto, se había olvidado que si los mayores de sesenta años están sobrerrepresentados en la Francia periférica, la mayoría de la población está formada por jóvenes y población activa. El análisis de la evolución de los habitantes de las ciudades medianas y pequeñas[169] desmiente la idea de un marcado descenso de la población en los

territorios de la Francia periférica. Aunque en las grandes ciudades la población desciende, la red de municipios de los que estas ciudades dependen registra, por el contrario, un fuerte aumento de sus habitantes.

Así, mientras que 157 de las 264 ciudades medianas en la Francia continental han registrado un descenso de su población (60 %) entre 2005 y 2013, esta se ha concentrado en la ciudad principal más cercana. Pero en las EPCI[170] de las que dependen las ciudades, la dinámica es la contraria. A escala de intermunicipalidades, el decrecimiento en realidad solo afecta a 63 de las EPCI de esas ciudades.

Dicho con otras palabras, si más de la mitad de las ciudades de tamaño medio pierden habitantes, esto solo es una realidad para una de cada cuatro ciudades medianas (esencialmente, en la zona que se extiende desde las antiguas regiones mineras hasta Normandía y del corazón del territorio de las Ardenas al sur de la región Centro y al norte de la de Auvergne). En la mayoría de las zonas, la pérdida de población de la ciudad central está ligada, de hecho, al aumento de las áreas suburbanas, que captan la mayor parte del crecimiento demográfico. El deseo de acceder a la propiedad, el exceso de viviendas pequeñas, la reducción de la oferta y la concentración de sectores precarios e inmigrados han empujado a un buen número de familias hacia las periferias de esas ciudades. El eje del Ródano, extendido a los valles alpinos, y, en menor medida, el litoral atlántico, registran los crecimientos más notables, de manera que el campo de la Aquitania y del Languedoc, así como las zonas limítrofes de la capital parisiense, están también en crecimiento, pero a un ritmo más lento.

Este balance demográfico de las pequeñas ciudades y de las ciudades medianas desmiente la idea de unos territorios que se vacían de manera inevitable de su población. En la Francia periférica, de media, la población se mantiene o aumenta, tendencia que no cambia por el proceso de sedentarización forzada que afecta a esas zonas.

Esta observación incide en la ambigüedad del concepto de «gran sustitución».[171] Utilizado por los populistas, contribuye a aceptar la idea de una antigua clase media ya marginalizada. Si la sustitución demográfica ya ha tenido lugar (o si es inevitable), ¿para qué considerar categorías ya condenadas por la historia?

Por ejemplo, la exageración que se hace con los musulmanes forma parte de esta falacia. La demógrafa Michèle Tribalat estima que, teniendo en cuenta las tasas de fecundidad, de mortalidad y las migraciones, Francia podría llegar a tener un 12,9 % de musulmanes en el año 2050, o sea, 8,5 millones de personas.[172] A una conclusión idéntica llega el Pew Research Center.[173] Según este centro de investigación, en función de la evolución del crecimiento natural y del saldo migratorio, la población musulmana europea, que en 2010 representaba el 3,8 % de la población total, alcanzaría una cifra comprendida entre el 7,4 % y el 14 % hacia el año 2050. Así pues, en el caso de Francia, la población musulmana pasaría del 8,8 % al 17,4 % de la población total entre 2016 y 2050, esto es, de 5,7 millones de personas a 12,6 millones. Un fuerte aumento, pero no una sustitución.

Así pues, aunque estas dinámicas confirmen grandes alteraciones de orden cultural, no llegan a representar una sustitución de la población. «Incluso tras llegadas masivas, la

mayoría numérica de los musulmanes no sería visible hasta dentro de mucho tiempo».[174] Estas tendencias invitan más a reflexionar sobre los desafíos ligados a la «política» migratoria y a las alteraciones de las culturas que sobre la cuestión de una sustitución generalizada.

El eclipse cultural de la clase media no ha hecho desaparecer al pueblo ni a los continentes populares. Estos espacios, que corresponden a las zonas que crean menos empleo y concentran la mayoría de la acción social, representan a la mayoría de los territorios. Así, tanto en la Francia periférica como en los Estados Unidos periféricos, el espacio aparece como la última riqueza de las clases populares. Frente a esos continentes populares, los pequeños islotes de globalización feliz manifiestan su fragilidad y su aislamiento cultural. Por todo Occidente, el sueño de las élites de un mundo aparte, de individuos desprendidos de su territorio, de su cultura, de su historia y de sus valores morales, se quiebra contra un muro de contención popular.

Tras haber provocado el derrumbe de los viejos partidos (y, colateralmente, del eje izquierda-derecha), las clases populares están llevando a cabo la deconstrucción de las representaciones del mundo de arriba. Mayoritarias, distribuidas en la mayor parte de los territorios, ahora conducen la dinámica política. En Europa y en Estados Unidos, las capas populares están invirtiendo las nociones de poder y de dominio, y trastornando la geopolítica electoral y cultural; una evidencia que nos recuerda que las relaciones de fuerzas nunca son fijas.

En 1904, el geógrafo británico Halford J. Mackinder advertía al Reino Unido de una dependencia excesiva de su dominio marítimo. Explicaba que el verdadero control del mundo pasaba por la «tierra del medio» o *heartland*.[175] Hoy, esa *heartland* corresponde a las periferias populares. Es a partir de estas periferias que los más desfavorecidos establecen una nueva relación de fuerzas. Replegado en sus fortalezas-metrópolis, el mundo de arriba ya no ejerce más que un poder virtual, invisible para la mayoría, sin ningún control sobre un *heartland* popular mayoritario que ya impone sus cuestiones.

Lejos de fortalecer su hegemonía, el proceso de reforzar la fortaleza ha contribuido a hacer ineficaz el discurso dominante, hasta el punto de invertir las nociones de centralidad cultural. En este sentido, la deslegitimación de la «ideología de la metropolización»,[176] que ahora se percibe como la ideología de la nueva burguesía, es un buen indicador de este cambio.

En el conjunto de los países desarrollados, las clases populares son impermeables al catecismo de los medios de comunicación, de la clase académica o política. Ahora, el mundo de arriba interpreta su partitura ante salas vacías.

EL FIN DE LA HEGEMONÍA CULTURAL DEL MUNDO DE ARRIBA

La hegemonía cultural del mundo de arriba se ha basado durante mucho tiempo en la invisibilidad y la impotencia del mundo de abajo. Diferentes procesos electorales han

hecho recordar una verdad olvidada de la clase dominante: cuando votan, las clases populares dan un vuelco a los resultados. Desde el referéndum europeo de 2005 a las elecciones legislativas italianas de 2018, pasando por el Brexit o la elección de Donald Trump en 2016, la participación de estas categorías desestabiliza todos los pronósticos al imponer cuestiones que contradicen radicalmente las preferencias económicas y sociales de la clase dominante.

Al contrario de lo que se piensa, estos temas no resurgen a consecuencia de la propaganda o las *fake news* de algunos populistas locos, sino del diagnóstico de los del mundo de abajo. Al considerar que las clases populares son incapaces de producir el menor análisis racional de los efectos del modelo económico y social, el mundo de arriba se tranquiliza sobrevalorando el papel de algunos políticos e intelectuales considerados reaccionarios[177] (los nuevos, los antiguos, los futuros). Donald Trump, Marine Le Pen, Jean-Luc Mélenchon, Beppe Grillo, Luigi Di Maio o Matteo Salvini, Steve Bannon, David Goodhart o Éric Zemmour no influyen en nada en la opinión pública: más bien es lo contrario, se alimentan de ella. La teoría de que Trump o Le Pen han conquistado las almas débiles no dice absolutamente nada de una maquinaria de fondo, mucho más poderosa, conducida por el *soft power* de las nuevas clases populares. Trump, el Frente Nacional y el Movimiento 5 Estrellas son, antes que nada, creaciones de las clases populares estadounidenses, francesas e italianas.

La marea llamada populista es producto de la desaparición de la clase media occidental, no de la propaganda o del talento de algunos oradores. Además, la mayoría de las clases populares no se ajustan a ninguna ideología, no se posicionan en ningún debate binario de las clases dirigentes (a favor o en contra de la globalización, a favor o en contra de Europa, a favor o en contra del liberalismo). Simplemente piden que se las tome en consideración y se las proteja.

Si la ideología dominante se está hundiendo no es porque haya perdido una guerra de propaganda, sino porque ningún modelo que entre en contradicción con los intereses de la mayoría puede durar.

La paradoja es que el mundo académico y político sigue creyendo en su poder de influencia, de hecho, es una de las convicciones más arraigadas en los políticos, pero también en los periodistas y en los intelectuales. En efecto, todos los Attali del mundo quieren creer que la sociedad espera sus ideas, sus soluciones para avanzar. La realidad es mucho más trivial. El poder del mundo de arriba ya no es el de las políticas y aún menos el de los intelectuales, sino, sobre todo, el de los mercados y las multinacionales. El mundo político, académico o mediático recita los versículos de la doxa dominante, pero solo tiene una influencia cultural marginal sobre el mundo de abajo. La figura del político o del intelectual guiando al pueblo, proponiendo soluciones, es claramente un mito. ¿En qué momento la idea, la solución de un experto o de un político ha modificado el camino por el que avanza la sociedad?

Que surjan los temas centrados en defender lo colectivo trazando los límites del bien común (estado del bienestar, proteccionismo, regularización de la inmigración) es, en primer lugar, consecuencia de la reclamación de protección social y cultural que emana

de los entornos populares.

LA ACTITUD MORAL DEL MUNDO DE ARRIBA HA MUERTO

Durante mucho tiempo la clase dirigente ha legitimado su dominio económico en nombre de la moral. En nombre de la sociedad abierta, la nueva burguesía ha justificado todos los cambios económicos y sociales. El mundo académico, mediático y cultural estaba en lo más profundo de este entramado de dominio cultural. Pero hoy, la actitud moral del mundo de arriba no convence ya a nadie. La desconfianza de las clases populares hacia los medios de comunicación, el mundo académico o el de los expertos anuncia el fin del magisterio de los pretenciosos.

Desde el mundo político al de los medios de comunicación, del mundo académico al del cine,[178] los agentes de difusión de la ideología dominante van perdiendo poco a poco legitimidad y se van haciendo invisibles para la mayoría. En Europa, pero también en Estados Unidos, a la industria del cine le cuesta cada vez más producir proyectos rentables. En Francia, simbólicamente, el canal de cine Canal +, que ha llevado a lo más alto la cultura dominante exagerando el postureo moral y llevando a las clases populares al ostracismo, ha perdido toda su influencia.

De la caída del imperio Weinstein al del «izquierdismo cultural»[179] francés, ahora la falacia moral de la nueva burguesía se ha hecho bien visible. Hoy en día las clases populares están hartas de las lecciones de moral de los millonarios californianos o de los *bobos* (bohemios burgueses) londinenses que, mientras predicaban la apertura y la diversidad, no dejaban de reforzar su exclusivismo. Marginada por la opinión pública, a la nueva burguesía no le queda gran cosa con la que mantener su dominio cultural. Por eso ahora sobreactúa con un antirracismo de opereta tratando de sumar a su causa a minorías que cada vez abren más los ojos ante el engaño. El discurso de apertura al mundo y a los otros ya no se sostiene en una burguesía cuyas estrategias residenciales y escolares contradicen por completo la opinión que exhibe. En este sentido, la instrumentalización del inmigrante y de los pobres por la clase dominante, el mundo del espectáculo y una parte del mundo intelectual ahora se muestra como lo que es: una escenificación indecente que trata de ofrecer a la nueva burguesía un barniz social en un momento en que está abandonando el bien común. Del negocio de la diversidad a la propaganda del miserabilismo social, la clase dominante no ha dejado de organizar los márgenes para ocultar mejor los efectos del modelo al mayor número de personas. Pero ahora esta farsa ya es demasiado visible, ya no funciona. Al perder su hegemonía cultural, la clase dominante ya no tiene los medios para imponer sus representaciones. Una vez más, recuperemos la perspectiva: el cambio no es la victoria del reaccionarismo sobre el progreso, de la derecha o de la extrema derecha sobre la izquierda o la extrema izquierda, sino la victoria de un *soft power* invisible en manos de las clases populares.

En un contexto de inversión de los conceptos de poder, el mundo de abajo ejerce ya presión sobre el mundo de arriba imponiendo en el debate público temas presentados como anacrónicos en los tiempos del rey mercado.

De la defensa de los servicios públicos a la del estado del bienestar, del desafío al librecambismo al resurgir del proteccionismo, del soberanismo al tema de las fronteras, de la cuestión del mundo rural al del lugar de una Francia popular y periférica, de la seguridad social a la inseguridad cultural, son innumerables los temas presentados como anacrónicos que preocupan y hasta obsesionan al mundo de abajo y vuelven a emerger en el debate público.

«El elogio de las fronteras»[180] que ha resurgido con ocasión de la campaña presidencial estadounidense de 2016 no es el producto de un *marketing* electoral sin conexión con la sociedad, sino consecuencia de la explosión demográfica en un mundo en el que el espacio disponible se reduce drásticamente. En pocos años, tanto en Europa como en Estados Unidos, la inestabilidad demográfica y la difusión de una inseguridad social y cultural creciente en los medios populares han vuelto a poner en el candelero este tema que se creía superado. El restablecimiento de las fronteras en Italia, en Austria, en Hungría o en Dinamarca responde simbólicamente a una demanda de protección de los pueblos que se está extendiendo cada vez más.

Lo mismo sucede con el cuestionamiento de los tratados del libre cambio o la voluntad de imponer impuestos a las empresas extranjeras para favorecer el *made in America*. Esta política, que va contra la doxa librecambista de las clases dominantes, no es fruto del pensamiento delirante de un hombre aislado en la Casa Blanca, sino el resultado de la precarización de la clase obrera provocada especialmente por la financiarización y la desindustrialización de la economía estadounidense desde los años ochenta. De la misma manera, los líderes populistas no son los únicos que contribuyen a poner de nuevo sobre la mesa la cuestión de los flujos migratorios, sino que dependen en primer lugar y sobre todo de la reacción concreta de las clases populares ante el advenimiento de la sociedad multicultural.

Desde hace varias décadas, las clases populares han apoyado todo lo que tenga que ver con asegurar la *common decency*.[181] Su interés por los temas de protección y regulación, presentados como una deriva identitaria, en realidad crea las condiciones para un ejercicio sosegado de su capital social y cultural. Estas supuestas reivindicaciones populistas, que pretenden preservar lo colectivo, son una respuesta a la secesión y al egoísmo de las élites.

Es esta demanda de protección la que ha hecho resurgir en el debate público un tema prohibido, el del proteccionismo. En la mayoría de los países occidentales, casi todos los medios de comunicación, así como los ámbitos universitario y político, se oponen al proteccionismo. Desde hace décadas, el argumentario viene siendo siempre el mismo: el proteccionismo es la guerra. Una mayor protección conduciría inexorablemente al cierre

del mercado y después a la precariedad, y acabaría sacando los peores instintos de los pueblos. El proteccionismo es el repliegue y, en consecuencia, el racismo y el fascismo.

Sin embargo, algunos defensores del librecambio prefieren otros argumentos más sutiles: en efecto, en treinta años la globalización ha permitido reducir la pobreza en el mundo, especialmente en China. El problema es que al mismo tiempo ha conllevado la precariedad de las clases populares occidentales. Esta evidencia impide todo análisis binario e ideológico.

Como nos recuerda el economista francés Jean-Luc Gréau,[182] «al contrario que el liberalismo, el proteccionismo no es una ideología, sino una política de protección comercial». El objetivo es, en primer lugar, proteger de la competencia desleal o de las prácticas de *dumping* social,[183] medioambiental o fiscal. Además, es así como lo percibe la gente que apoya masivamente estas medidas de protección. En 2011, el 65 % de los franceses se mostraban favorables al aumento de las tasas aduaneras.[184]

Consciente, desde hace tiempo, de que hay que proteger a la industria y, por lo tanto, a las clases populares de los efectos del modelo globalizado, Jean-Pierre Chevènement defiende la idea de una soberanía europea en materia industrial. Este proteccionismo europeo defendido por muchos economistas e intelectuales[185] busca preservar el empleo industrial ofreciendo un modelo de desarrollo duradero. «Una producción relocalizada y una mayor proximidad de sus mercados permitirán limitar los riesgos medioambientales que la producción segmentada conlleva en todo el mundo. Las fresas chinas se han vuelto muy competitivas, pero exigen veinte veces más gasto energético que la fresa del Périgord. Durante los últimos treinta años se han favorecido claramente las economías de escala, con fábricas cada vez más grandes, capaces de abarcar zonas cada vez más vastas. Pero por la exigencia de restringir el consumo energético, esa tendencia debería revertirse».[186] Evidentemente, esta postura no prohíbe los intercambios, pero permite proteger los modelos sociales, porque, como señalaba Maurice Allais,[187] «no es posible una liberalización total de los intercambios y de los movimientos de capitales, solo es deseable en el marco de agrupaciones regionales que incluyan a países económica y políticamente asociados, y de un desarrollo económico y social comparable». El economista Jacques Sapir afirma lo mismo: «La apertura de las economías a la competencia internacional solo produce efectos beneficiosos si esta competencia es “justa”, es decir, si la competencia es entre proyectos de emprendimiento, y no mecanismos de *dumping* salarial, social o fiscal».[188] Y subraya que no se trata solo de proteger a la vieja industria, ya que «los defensores del proteccionismo piensan que también hay que apoyar a las industrias nacientes e innovadoras que se lanzan a los nichos de mercado —como las biotecnologías o la energía eólica, por ejemplo—, hasta que estas empresas se integren en el mercado de la competencia».

Aunque el tema del proteccionismo económico se estudia y teoriza desde hace varias décadas, no ha logrado imponerse. Vuelve a aflorar hoy irradiando el debate público de derecha a izquierda, porque representa una respuesta a una creciente demanda de protección que emana de las clases populares. Así que no es por casualidad que de

Donald Trump a Bernie Sanders, de Marine Le Pen a Jean-Luc Mélenchon, el proteccionismo forme parte integrante de los programas políticos actuales.

Contrariamente a los ideólogos del librecambio, los defensores del proteccionismo proponen una concepción de la economía cuyo objetivo prioritario no es el crecimiento del PIB, sino sobre todo la protección de las clases medias y populares. Este punto de vista se inscribe también en el proceso de darle la vuelta a los conceptos de potencia y riqueza. En este sentido, los debates que quieren reconsiderar el concepto del PIB también participan en la cuestión del cambio de las representaciones y la visibilidad de las categorías modestas.

El PIB[189] por habitante es el indicador que mide el crecimiento y el progreso social. Hoy, muchos especialistas en estadística reconocen que se trata de una herramienta imperfecta. Sus límites son bien conocidos: excluye el grueso del trabajo doméstico no remunerado y los trueques. En muchas zonas, especialmente rurales, estos intercambios (y la ayuda recíproca) son numerosos y constituyen una riqueza potencial considerable.

Además, los economistas observan que hoy, en un contexto en que la frontera entre domicilio y trabajo se difumina, especialmente con la utilización de la tecnología digital y el uso de equipamientos personales (ordenador, móvil, habitación, coche), se ignora una parte importante de la creación de riqueza. Otro defecto: el PIB también excluye los factores medioambientales, como la contaminación y los daños causados a ciertas especies, el agotamiento de los recursos, la pérdida de la biodiversidad o, a la inversa, la riqueza y el potencial de los espacios naturales.

Pero, como subraya la economista inglesa Diane Coyle,[190] uno de los reproches más destacados se refiere al hecho de que el PIB no tiene en cuenta la desigualdad. Efectivamente, la suma de ingresos y de gastos individuales en el PIB elude el concepto de distribución. Al asimilar el crecimiento del PIB a una mejora del bienestar económico, se parte del principio de que el reparto no evolucionará. Mientras la distribución de los ingresos no variaba demasiado (hasta mediados de los años ochenta en la mayor parte de los países de la OCDE), esto no se consideraba un problema.

Hoy día, la dinámica desigualitaria[191] y los problemas de la distribución ponen muy en cuestión la validez de este indicador. La crisis de 2008, la visibilidad de las nuevas fracturas territoriales y la oleada populista en un contexto de colapso de la clase media occidental han cambiado profundamente la situación. Hoy algunos economistas proponen elaborar otro indicador que incorpore consumo, ocio, mortalidad, desigualdad y coste medioambiental.[192]

Estas preguntas sobre la excelencia del PIB como instrumento para medir el crecimiento y las riquezas forman parte de una marea de fondo, la del cuestionamiento de las únicas representaciones sociales, económicas y territoriales que han contribuido a invisibilizar las capas populares de la sociedad y sus territorios.

El peso de las clases populares y su negativa a resignarse a la desaparición del bien común contribuyen a cuestionar la pertinencia de un objetivo de crecimiento desigualitario y poco creador de empleo. Este *soft power* permite cuestionar la finalidad de un sistema que no forma sociedad e imponer medidas que procuren preservar lo

colectivo. Es en este movimiento donde se inscribe la demanda de regular la inmigración.

La cuestión de la regulación de los flujos migratorios, o la de las fronteras, presentada como un enfrentamiento entre el campo del bien y el campo del mal, en realidad enfrenta desde hace décadas a dos concepciones políticas: la de las categorías superiores, que quieren protegerse de los efectos de la inmigración practicando el rechazo residencial (no se vive en los mismos inmuebles) y escolar (no se escolariza a los hijos en los colegios que acogen a una mayoría de niños procedentes de la inmigración), y la de las clases populares (sean cuales sean sus orígenes) que no disponen de medios para atravesar esta frontera invisible. Como estas últimas son infinitamente más numerosas, la clase dominante sabe por adelantado cuáles serían los resultados de un referéndum sobre la cuestión. Así que se hace pasar esta cuestión política y social por una cuestión exclusivamente humanitaria: ¿hemos de dejar que se ahoguen los emigrantes en el Mediterráneo? ¿Hay que permitir que un emigrante se muera de frío en los Alpes? Aunque seguro que habrá algunos tarados que respondan afirmativamente, la inmensa mayoría de la población cumpliría sin duda con su deber, especialmente los sectores populares.

En realidad, y al contrario de lo que insinúan los medios de comunicación, esta cuestión eminentemente política no es conflictiva en la opinión pública. Si hay un conflicto, es el que enfrenta a las clases superiores que sobreactúan en la cuestión moral para ocultar su infantilismo y su irresponsabilidad política con las clases populares que, aunque asuman su deber moral, se posicionan en el campo político, el de la responsabilidad. En realidad, por todo el mundo, en la cuestión de la inmigración hay consenso: en el conjunto de los entornos populares, sean cuales sean sus orígenes, se observa la misma demanda de regular este aspecto.

El instituto Ipsos, que desde hace varios años viene realizando una encuesta sobre la percepción de la emigración en cerca de veinticinco países,[193] describe una opinión muy homogénea sobre estas cuestiones. Desde Francia a Estados Unidos, desde Sudáfrica a Turquía, desde Brasil a China, de Suecia a Arabia Saudí, la percepción de los efectos de la inmigración está muy clara: solo un 20 % de los encuestados en el mundo consideran que la inmigración tiene un impacto positivo sobre su país (el 11 % de los franceses, el 18 % de los alemanes) y, además, la mitad de ellos estiman que en su país hay demasiados inmigrantes[194] y que deterioran los servicios públicos. La irresponsabilidad del Estado y de la clase política desde hace treinta años en materia de inmigración la pagan los habitantes y funcionarios que viven y trabajan en los territorios de acogida de esos inmigrantes. Es esa gente la que cada día sufre las consecuencias de la ideología de las clases dominantes en materia de inmigración. ¿Cómo imaginar que se puede mejorar el panorama social, escolar, de seguridad, de un departamento como Seine-Saint-Denis sin regular la inmigración, cuando se estima que hoy día la tasa de ilegales está entre el 8 y el 20 % (entre 150.000 y 400.000 personas)[195] de la población total del departamento?

Es evidente que el juego de la clase dominante es dividir, poner de manifiesto la

cuestión racial (los «blanquitos» contra las minorías), pero todas las encuestas muestran que la inmensa mayoría de las clases populares, sean cuales sean sus orígenes, comparten la idea de regular los flujos migratorios. En Francia, por ejemplo, las clases populares de inmigración antigua, europea, asiática, magrebí están igualmente sensibilizadas respecto a la presión de la inmigración subsahariana o gitana.[196] Lo mismo ocurre en Estados Unidos con respecto a una fracción de la comunidad negra frente a la inmigración mexicana.

En los entornos populares, la regulación de la inmigración no es en absoluto conflictiva, sino todo lo contrario, aparece como una opción razonable. En realidad, la que ha hecho de esta cuestión un asunto problemático es la clase dominante al manipular la cuestión racial. Además, en una época en la que la izquierda aún defendía a las clases populares, la regulación de la inmigración no era en absoluto una cuestión tabú. Consciente de los efectos sobre la clase obrera (*dumping* social, debilitamiento del capital social y cultural), el Partido Comunista francés (PCF) no dudaba en pedir el freno a la inmigración.

En efecto, durante la campaña presidencial de 1981, el secretario general del PCF, Georges Marchais, explicaba que había que «frenar la inmigración regular e irregular» y que era «inadmisible dejar entrar a nuevos trabajadores inmigrantes en Francia, cuando nuestro país cuenta con cerca de dos millones de desempleados franceses e inmigrantes».[197] Si el PCF y, en general, la izquierda aún reunía el grueso de los votos populares, es en aquella época cuando empezó el ostracismo de los más modestos, especialmente en una fracción de la izquierda socialista. Georges Marchais presentía el empuje de un discurso que apuntaba a reducir a la clase obrera al ostracismo para deslegitimar mejor sus reivindicaciones. En un discurso premonitorio, denunció claramente la dinámica que iba a conducir a la relegación cultural de los más desfavorecidos y, luego, a la ruptura entre la izquierda y las clases populares:

> Planteamos los problemas de la inmigración y dicen que es para utilizar y favorecer el racismo, que lo que hacemos es adular los más bajos instintos; y si combatimos el tráfico de drogas, dicen que sería para no hablar del alcoholismo que nuestra clientela tanto aprecia… todos a una gritan que somos partidarios de la ideología de Pétain […] ¿qué idea tiene esa gente de los trabajadores? Tarados, incultos, racistas, alcohólicos, brutales según nuestros detractores, desde la derecha al Partido Socialista, así son los obreros.[198]

En boca de Marchais, regular la inmigración no tenía nada que ver con una cuestión étnica o cultural, sino que se trataba de proteger a los obreros del *dumping* social y del debilitamiento de su capital social. Pero la legitimidad y la sutileza de este discurso las barrería la pesada artillería ideológica de la clase dominante y el desplazamiento de lo que es una cuestión social a una cuestión racial.[199] Al cabo de cuarenta años, la relegación cultural de las clases populares occidentales se ha hecho efectiva. El papel desempeñado por los intelectuales de izquierdas en esta misión ha sido determinante. Anuncian el divorcio definitivo del sector progresista con su base popular y ofrecen al conjunto de los movimientos populistas de derechas un electorado potencialmente mayoritario.

En efecto, la tarea de la clase dominante y su red mediático-académica de demonizar la opinión pública no tendrá ningún impacto en las clases populares; al contrario, asistimos a un endurecimiento de las posiciones. Al rechazar los debates parciales,[200] herméticos a los discursos de los expertos y de los medios de comunicación, las clases populares del siglo XXI reclaman, como en 1981, la regulación de la inmigración.[201]

De hecho, son estos temas los que han inclinado la balanza a favor de la salida del Reino Unido de la Unión Europea. Una fracción del mundo de arriba comprende que son inevitables: en julio de 2017, Bill Gates alertaba a la opinión mundial de la necesidad para Europa de «contener los flujos migratorios».[202] Aunque las élites europeas (aún) no han llegado a esto, el compás de espera de un Emmanuel Macron o las dudas de una Angela Merkel anuncian el fin de la negación de las culturas populares.

2
NI GUERRA NI PAZ: LA RESISTENCIA A LA NEGACIÓN DE LAS CULTURAS

En 2010, el sociólogo Hugues Lagrange publica *Le Déni des cultures*, obra en la que destaca la importancia de la dimensión cultural como factor para explicar la deriva de ciertos barrios problemáticos.[203] Especialmente describe la importancia de las diferentes herencias culturales (magrebí, turca o africana del Sahel) en la realidad social. Aunque su estudio evitaba cualquier tipo de simplificación, el autor no pudo escapar a la condena mediática. Paradójicamente, esta controversia ilustraba perfectamente la tesis del autor: sí, hay una negación de las culturas.

Pero hay que ir más allá. Al denunciar esa negación, Lagrange apunta indirectamente a la importancia de un capital cultural que protege a las clases populares, sean cuales sean sus orígenes.

Este capital, que influye en la *common decency*,[204] representa las bases de toda sociedad, aquí y allá.

RESISTENCIA A LA NEGACIÓN DE LAS CULTURAS

Porque la negación de las culturas[205] es, en primer lugar, la negación de las culturas populares (sean autóctonas o inmigrantes). Por consiguiente, reviste una dimensión social y cultural. La oposición entre la visión de los medios populares, llamada identitaria, y otra visión, llamada social, es absurda. Entre lo social y lo cultural no hay oposición, sino interdependencia. El capital cultural de los más modestos condiciona el vínculo social y a la inversa. Esta negación de las culturas populares es aún más escandalosa por el hecho de que, paralelamente, las clases dominantes, conservadoras o progresistas, resultan estar muy ligadas a su sistema de valores, que, por cierto, nunca han dejado de proteger. Es este precioso capital social cultural lo que se les niega a las clases desfavorecidas.[206]

Esta percepción de un mundo popular, que se podría reducir a una página en blanco, sin historia y sin cultura, tiene como consecuencia la agresividad de las políticas migratorias, como lo ilustra la decisión, en 2015, de Angela Merkel de acoger en unos pocos meses a un millón de inmigrantes para responder a las necesidades de la patronal alemana. Es la misma negación de las culturas populares que permite a Jacques Attali proponer que se repueble el campo francés con la inmigración internacional. Sin cultura,

las clases populares autóctonas o inmigrantes se tratan siempre como mercancías que se pueden intercambiar y transportar.

Este concepto de los pueblos es una particularidad de las élites occidentales. Las élites globalizadas se benefician por todas partes de la captación de las riquezas apoyando el mismo modelo económico y también son las únicas que niegan la existencia de las culturas populares. Esta particularidad de las élites occidentales se opone al universalismo de las clases populares, que defienden su identidad, tal como lo hacen los pueblos en los cinco continentes. Como el filósofo e historiador Marcel Gauchet, no ven «qué se gana cambiando una historia legendaria, que legítimamente se ha sometido a crítica, por otra leyenda, la del multiculturalismo. ¿Dónde estaría el progreso? El problema es el etnocentrismo del presente, que intenta aplicar nuestras realidades políticas actuales al pasado».[207] Un etnocentrismo de las clases dominantes occidentales que creen defender un modelo universal, cuando ni su pueblo ni los otros países las escuchan.

La voluntad de imponer un modelo único mediante la indistinción social (desdibujamiento de las clases) y cultural (la sociedad relativa, sin historia ni cultura) hoy en día se encuentra con la oposición de las clases populares occidentales, pero también de los pueblos y las clases dirigentes del mundo entero. En todo el mundo las clases dominantes y superiores favorecen el mismo modelo desigualitario, pero solo en Europa este proceso va acompañado de semejante eliminación cultural. Así, la mayoría de los Gobiernos han tomado conciencia del desafío demográfico y reaccionan ante él, pacífica o violentamente, en un marco democrático o no.

ARGEL-TEL AVIV

Según la Organización de las Naciones Unidas, la población mundial podría pasar de 7.500 a 9.800 millones de individuos en 2050 y quizá a 11.200 millones a finales del siglo XXI. En su informe de 2017, el Departamento de Asuntos Económicos y Sociales prevé que «de 2017 a 2050 la mitad del crecimiento de la población mundial podría estar concentrada en solo nueve países: India, Nigeria, República Democrática del Congo, Pakistán, Etiopía, Tanzania, Estados Unidos, Uganda e Indonesia».[208]

Los demógrafos están de acuerdo en considerar que el continente africano será la locomotora demográfica del mundo durante numerosas décadas. Hoy cuenta con 1.300 millones de habitantes, representa el 17 % de la población mundial y en 2100 contará con cerca de 4.500 millones, o sea, el 40 % de la humanidad. Para entonces casi habrá igualado a Asia, que habrá descendido del 60 % al 43 % de la población mundial. Níger, que actualmente tiene la tasa de natalidad más elevada del mundo, con 7,6 hijos por mujer, doblaría su población en menos de dieciocho años y podría alcanzar más de 40 millones de habitantes en 2035 y alrededor de 75 millones en 2050. Nigeria pasaría de 190 millones a más de 3.410 millones y se convertiría a partir de 2030 en el tercer país más poblado del mundo. La dinámica demográfica africana ejerce presión sobre las

sociedades europeas, americanas, pero también magrebíes y de Oriente Próximo y Oriente Medio.

En una Europa multicultural y acostumbrada a debatir desde hace décadas la cuestión de la islamización, el día de mañana será la «africanización»[209] la que se impondrá como un tema central y esta cuestión migratoria inevitablemente planteará la de la preservación o adaptación de todo el modelo social europeo. Frente a estas perspectivas demográficas, los pueblos reaccionan en todas partes de forma idéntica, reclamando las mismas medidas de regulación y de protección. Esta no solo es una reclamación de las clases populares europeas y estadounidenses, de los «blanquitos», sino que concierne al conjunto de las clases populares en el mundo.

Encerrada en una representación poscolonial e indigenista de la inmigración, la clase dirigente considera que las minorías están intrínsecamente de acuerdo con el aumento de los flujos migratorios. Por ejemplo, considera —negándose a ver la realidad— que los musulmanes franceses, *a priori*, se muestran favorables a acoger en sus barrios a una inmigración procedente de los países islámicos. Sin embargo, la multiplicación de las tensiones comunitarias entre inmigrantes y habitantes de los barrios inmigrados de Marsella[210] no es algo nuevo. Desde hace diez años hay peleas habituales entre los habitantes de los barrios conflictivos y los colectivos gitanos. Un estudio realizado en 2014 en la región de París muestra que hoy la inmigración es una de las mayores preocupaciones de los franceses musulmanes.[211] Al contrario de lo que sugieren los medios de comunicación, hoy en día las minorías son las primeras en sentirse afectadas por la cuestión migratoria.[212]

El destino de los inmigrantes no es integrarse en los barrios, inmuebles o escuelas de los partidarios de la sociedad abierta, sino en los barrios y en los edificios donde ya viven los inmigrantes y las minorías, los que acumulan las tasas más altas de desempleo y de precariedad, esas zonas urbanas conflictivas de cuya situación se lamenta la gente continuamente sin mencionar nunca la inmigración que allí se concentra y cuyas dificultades aumentan a diario. De la misma manera, sus hijos no irán a los colegios de los hijos de la nueva burguesía, sino a aquellos que ya acogen a una mayoría de niños procedentes de la inmigración y de las minorías.

En todas partes la intensificación de los flujos migratorios desemboca en las mismas tensiones, las mismas demandas para regularlos, la misma precariedad cultural. En Guyana[213] o en Mayotte,[214] la inmigración masiva e incontrolada que ha hecho temer a los autóctonos un derrumbe del modelo social y cultural, hoy en día, ha conducido a una situación cada vez más incontrolable y violenta.

En todas las zonas de contacto entre diferentes categorías populares, la inmigración provoca las mismas tensiones, la misma angustia identitaria. Aunque el concepto de choque de civilizaciones permite abordar las cuestiones de orden geopolítico a escala global, solo ofrece una visión parcial de la realidad de un mundo popular enfrentado a otra cosa: el choque de barriada, el de un roce cotidiano entre diferentes modos de vida y culturas en un contexto de inestabilidad demográfica.

La mayoría de las élites europeas se niegan a proteger ese capital cultural, pero en el

resto del mundo las clases dirigentes no actúan así. De Argel a Tel Aviv, de Moscú a Pekín, de Santiago de Chile[215] a Tokio, de Rabat a los países de Europa del Este, raros son los dirigentes que hoy no se toman muy en serio la cuestión de la inmigración. En realidad, como explica el historiador Pierre Vermeren,[216] «el verdadero arbitraje no es entre la inmigración o su ausencia, sino entre la intervención de los Estados o su retracción». Sea el Estado democrático o policial, sean los Gobiernos de izquierdas o de derechas, casi nunca ignoran esta realidad.

En marzo de 2018, el primer ministro israelí declaraba que los inmigrantes africanos representaban una amenaza «peor que los yihadistas» para la identidad de Israel. «Hablamos de un Estado judío y democrático, pero ¿cómo garantizar que siga siendo judío, con 50.000 o 100.000 inmigrantes al año? Un millón, un millón y medio, y se puede cerrar la frontera. En vez de cerrar la barraca, hemos instalado una barrera».[217] El Gobierno israelí justifica así la construcción de una alambrada eléctrica[218] entre Egipto e Israel para bloquear la inmigración clandestina, el tráfico de drogas y de armas, y las «infiltraciones de terroristas». Esta barrera, cuya construcción acabó en 2014, se extiende 242 kilómetros a lo largo de la frontera entre Israel y Egipto, desde el extremo sur de la franja de Gaza a la ciudad de Eilat. En este contexto, Israel lanzó en 2018[219] un programa destinado a imponer a cerca de 40.000 inmigrantes eritreos y sudaneses en situación irregular que eligieran entre ser expulsados o encarcelados. Estas medidas radicales del Gobierno israelí vienen después de años de tensiones entre inmigrantes y habitantes de los barrios del sur de Tel Aviv, seguidas de manifestaciones en mayo de 2012 y de un creciente racismo contra los inmigrantes africanos.[220]

Este endurecimiento israelí no es una excepción, hoy afecta a todos los países que se encuentran ante una dinámica demográfica africana que constituye la verdadera frontera de Europa. Desde el Magreb a Oriente Próximo, se observa la misma presión. Marruecos y Argel, ayer países de tránsito de la emigración africana hacia Europa, se convierten cada vez más en países de destino. Este cambio en la naturaleza de la emigración provoca la misma inseguridad cultural, los mismos interrogantes y las mismas reacciones de la clase dirigente. En este contexto de agravamiento de las tensiones y de la violencia racista, Argel, por ejemplo, ha acelerado las medidas de expulsión de los inmigrantes subsaharianos por las fronteras de Níger y de Mali.[221] Un poco más al este, es el Gobierno saudí el que decidía expulsar en pocos días a no menos de 47.000 sudaneses: «De aquí al lunes, cerca de 33.000 sudaneses saldrán de Riad y 14.000 de Yedda, el 60 % de los cuales son trabajadores y artesanos».[222] Estas expulsiones repentinas, características de los países donde el estado de derecho solo es relativo, ponen sobre la mesa permanentemente, y a escala mundial, incluida África,[223] la cuestión fundamental de la regulación de la inmigración.

Si en Europa occidental la clase dirigente, salvo Dinamarca[224] e Italia, sigue haciendo oídos sordos a la reclamación de regulación por parte de la población, no es el caso en Europa del Este (especialmente en Polonia, Hungría, República Checa y Eslovaquia). La filósofa Chantal Delsol[225] explica que, en efecto, los gobernantes del este de Europa buscan preservar unas «identidades amenazadas por la globalización, el

liberalismo y la inmigración». En este sentido, señala que «las élites occidentales aplican a estos países el mismo desprecio, la misma moral, la misma negación de las culturas que ejercen contra sus propios pueblos», a los que se acusa de las mismas «cualidades»: «deplorables, tarados, racistas». Hoy en día la cuestión identitaria enfrenta a las clases dirigentes occidentales con su pueblo y, además, las aísla del resto del mundo. De hecho, solo en Europa Occidental las élites consideran la desaparición de las identidades y el multiculturalismo como un horizonte indiscutible.

Esta situación particular obliga a las clases populares occidentales a gestionar solas la cuestión de la relación con el otro. Una gestión que, lejos de la lectura binaria e infantil del mundo de arriba, no anuncia la guerra… ni la paz.

NI GUERRA NI PAZ

Además de manipular hasta la náusea con el antirracismo y el antifascismo, la clase dirigente también recurre al chantaje de la guerra civil para trazar los límites del debate público: la convivencia o la guerra. Rechazando esta lectura binaria e infantil de la clase dominante, las clases populares occidentales gestionan con mucha serenidad y tacto la cuestión de la relación con el otro.

Respecto a la guerra civil, se plantea una primera cuestión, de tipo técnico: ¿el conflicto enfrentará a los autóctonos contra los inmigrantes? ¿A los musulmanes contra los que no lo son? ¿A los inmigrantes contra los nuevos inmigrantes? ¿A los habitantes de los barrios contra los gitanos? ¿A los blancos contra los que no son blancos? ¿A los magrebíes contra los subsaharianos? ¿A los árabes contra los negros? ¿A los blancos contra los negros? ¿A los negros contra los asiáticos? ¿A los musulmanes contra los judíos? ¿A los magrebíes contra los afganos? ¿A los tamiles contra los cingaleses? De momento, nadie es capaz de responder.

La segunda pregunta, más fundamental, es la del estado de ánimo de las clases populares. Al contrario que en el mundo de arriba, y porque viven cotidianamente la dificultad de la convivencia entre diferentes grupos culturales, las clases populares ya hace tiempo que asimilaron el peligro de una guerra civil. Saben que serían protagonistas, pero también las primeras víctimas. Nunca se plantean con «naturalidad» entrar en guerra.

El ejemplo yugoslavo muestra que si la guerra civil siempre es una eventualidad, nunca aparece de la nada. En Yugoslavia la paz se preservó durante mucho tiempo al precio de un sabio separatismo territorial y cultural, y de una censura intelectual ejercida por el régimen comunista de Tito. Fue la inestabilidad demográfica y, sobre todo, la instrumentalización política de los diferentes grupos culturales y religiosos por potencias extranjeras lo que provocó la implosión a principios de la década de 1990. Rusia y Grecia apoyaron a la Serbia ortodoxa, Alemania y el Vaticano a la Croacia católica, los países islámicos (Arabia Saudí, Turquía, Emiratos Árabes, Túnez, Pakistán, Irán, Malasia, Bangladesh, Indonesia) a la Bosnia de mayoría musulmana. En este conflicto,

donde no había ni buenos ni malos, se manipuló a todas las comunidades, todas cometieron matanzas, todas las sufrieron. Al final, los perdedores fueron, como siempre, los más humildes.

Perfectamente conscientes de ese peligro, las clases populares palían la deserción de sus dirigentes procurando esquivar el conflicto. De hecho, si la guerra civil sigue siendo un riesgo, hay que reconocer que el aumento de la inmigración y los atentados con gran número de víctimas de momento no han generado ninguna violencia generalizada o acciones de represalia masivas. Esta evidencia no significa que las tensiones no existan o que las clases populares hayan renunciado a defender su capital social y cultural, sino que responden de forma sutil, sobre todo, reduciendo los territorios de contacto. Esta estrategia, que explica la etnicidad de determinadas zonas y la pujanza del comunitarismo, conduce a un modelo que hoy es común en el conjunto de los países occidentales: la convivencia, pero separada.

Como es imposible llegar a una armonía social de la mayoría, todas las clases populares intentan seguir siendo mayoritarias o convertirse en mayoría evitando al otro. Evidentemente, estas estrategias de convivencia no impiden los puentes, los contactos y la fraternidad, lo que permite suavizar las tensiones. La incesante llamada, casi religiosa, a la convivencia, que suena cada día sin cesar en los medios de comunicación dominantes, no llega a la realidad de quienes, al vivir el multiculturalismo a 1.000 euros al mes, intentan a cualquier precio evitar la guerra.

> El ingreso en la globalización ha cambiado todas las referencias de las sociedades. Ha creado una crisis identitaria por todas partes relativizando la manera en que las identidades colectivas se habían definido hasta ahora. Todas las sociedades se definían desde dentro, en referencia a un pasado que les servía de genealogía. El relato nacional es el de un árbol genealógico. Pero con la globalización, el eje de todas las sociedades se ha desplazado desde la historia a la geografía. Ahora uno se define por el lugar que ocupa en el mundo, olvidando, en un primer momento, lo que este lugar es en función del pasado. Pero, luego, este olvido obliga a una redefinición en función de esta nueva situación.[226]

Por consiguiente, las clases populares también se redefinen a partir de los territorios mientras intentan preservar su capital cultural.

Hoy en día, en la mayoría de las zonas el separatismo cultural y social es la norma y provoca movilidades residenciales inéditas cuyos motivos ya no son exclusivamente económicos, sino también culturales. Esta voluntad de evitar la guerra de miradas o, peor aún, el enfrentamiento, afecta a todos los sectores populares. Desde el *white flight* al *jewish flight*, pasando por el *Arab flight* o el *Chinese flight*,[227] todas las comunidades intentan responder a la inseguridad cultural y a las tensiones, no mediante la guerra, sino mediante la elusión residencial o escolar. En efecto, el *white flight* es solo el árbol que oculta el bosque de las prácticas de elusión. En Seine-Saint-Denis, primer departamento en acogida de inmigrantes, la población judía se ha reducido drásticamente.[228] Los asiáticos, que a menudo son el objetivo de la delincuencia que infesta estos barrios, también intentan evitar o abandonar los barrios conflictivos. En general, la concentración de los asiáticos en los barrios chinos europeos o estadounidenses permite a esta minoría responder por adelantado a la cuestión de la dependencia de la mayoría mediante la

concentración. También la inestabilidad demográfica y la inseguridad cultural subsiguiente empujan hoy a las familias de origen inmigrante magrebí a evitar los barrios en que se concentra la inmigración africana. Este *Arab flight*, protagonizado por la pequeña burguesía magrebí, es particularmente activo en la región parisiense, en los barrios y en los centros escolares públicos donde se concentran las poblaciones procedentes de la inmigración subsahariana. En un contexto de inestabilidad demográfica, nadie deseará correr el riesgo de convertirse en minoritario, es decir, de depender de una mayoría cuya benevolencia no puede darse por supuesta. Irse de un territorio en el que se ha nacido y donde se han desarrollado unas costumbres nunca es un acto irracional, sino todo lo contrario, es una decisión de partir tomada a consecuencia de un diagnóstico de la situación a largo plazo. Estas estrategias dibujan una sociedad del mundo de abajo compleja y ambivalente (racista por la mañana, fraternal por la tarde)[229] y desmienten el análisis binario de las clases dominantes (guerra o paz).

A la convivencia, a esta indistinción de las culturas populares, propuesta por un mundo de arriba que viene practicando desde hace décadas la secesión territorial y el exclusivismo, las clases populares oponen un irredentismo cultural que no está emparentado con el belicismo, sino con una gestión cultural de la cotidianeidad. Estas estrategias populares, que entierran el sueño de una sociedad multicultural armoniosa, fortalecerán un proceso de distinción cultural en el conjunto de los sectores populares, sean cuales sean sus orígenes. Esta gestión pragmática de las tensiones identitarias es uno de los indicadores del movimiento real de la sociedad, un movimiento que viene a desmentir todos los planes de la clase dominante al volver a situar las cuestiones culturales y sociales en el centro del debate.

EL MOVIMIENTO REAL DE LA SOCIEDAD EN UN MARCO NACIONAL

Para el mundo de arriba, la aparición de las nuevas clases populares, mayoritarias y periféricas es sin duda alguna la peor noticia de la globalización. La masacre de la antigua clase media no ha producido un mundo sin clases. Al contrario, ha activado otro conflicto de intereses basado en una nueva estructuración social que no solo enfrenta a los ricos contra los pobres, sino, de forma más amplia, a las nuevas clases populares contra las nuevas clases superiores.

Aunque este conflicto no ha alcanzado las formas tradicionales del enfrentamiento social (movimientos sociales de masas, revolución) y de la política (aparición de partidos contestatarios de masas como lo fue en su día el Partido Comunista), no es por ello menos radical. Ha llevado al colapso actual del sistema político tradicional y, sobre todo, al fin de la hegemonía cultural del mundo de arriba.

Este vuelco confirma una cosa: aunque las clases dominantes han podido imponer un modelo económico y un sistema de representaciones en el que están ausentes los más humildes, no han podido influir en el movimiento real de la sociedad, el de la mayoría,

de las categorías que, en último término, se hacen responsables de la realidad. Nuestros demiurgos habían olvidado una cosa: se puede imaginar el mejor de los mundos segregado, fantasear con el hombre nuevo, pero al final tiene que haber un obrero que construya la carretera, una maestra que imparta clase o un campesino que cultive el campo.

Procedentes de las clases medias, las clases populares no desaparecerán, seguirán defendiendo un capital social y cultural protector. Así que seguirán alimentando valores de ayuda mutua y de solidaridad, no por ideología, no por adhesión política a tal o cual partido, sino por defender un bien común que es condición de su existencia. Marcel Gauchet recuerda que este «populismo del pueblo» que se ejerce en el marco nacional se propone «ser dueño de su propio destino». Es «la aspiración a una colectividad integrada en una sociedad que ya no lo está en absoluto».[230]

Las clases superiores se verán forzadas a asimilar este movimiento real de la sociedad, no por altruismo, sino bajo la coerción de un modelo agotado y de la búsqueda de un proceso de regresión social. Sus próximos objetivos: las categorías protegidas, jubilados y funcionarios.

Este ataque a los protegidos es una maniobra suicida. Cuando el proceso haya concluido, el rey estará desnudo y el mundo de arriba también. Estructuralmente minoritarias, las clases dominantes y superiores ya no tendrán otra elección que asimilar el movimiento de la sociedad o desaparecer.

CONCLUSIÓN
¡AYUDÉMOSLOS A VOLVER A LA COMUNIDAD NACIONAL!

Viven cada vez más entre ellos. Se niegan a integrarse. Sostienen un discurso de ostracismo y a veces de odio hacia las categorías que no comparten su modelo y sus valores. Niegan la existencia de una cultura y de una historia comunes en Occidente. Rechazan todos los modelos de integración y ya ni siquiera hablan la lengua común. En pocas décadas, esa gente, esos asociales, esos ricos, esas clases superiores han hundido a las sociedades occidentales en el caos de la sociedad relativa, abandonando el bien común. Ya es hora de reincorporarlas a la comunidad nacional, al movimiento real de la sociedad, el de las clases populares. Confrontado a la pérdida de su hegemonía política y cultural, pero también al estancamiento de su modelo económico y social, el mundo de arriba tiene que volver al camino de la historia. ¡Ayudémoslo!

Los vanos intentos de recuperar la iniciativa, el endurecimiento de su discurso, la tentación de extremar la seguridad, la creación de un Ministerio de la Verdad[231] (en julio de 2018 Francia adoptó la controvertida ley sobre las *fake news)* o la bunkerización del debate intelectual no cambiarán la situación. El mundo de arriba, que ya ha perdido la hegemonía cultural, ahora se está debilitando políticamente. Ya no tiene elección. O bien se reintegra a la comunidad nacional teniendo en consideración las aspiraciones del pueblo, o bien desaparece.

Este regreso a la base,[232] o sea, a esa *common decency*[233] de los más desfavorecidos, que tanto hace reír a los «sociólogos de Estado»[234] no es una hipótesis, sino una necesidad si se desea evitar las tensiones y la violencia, esa famosa guerra civil que se finge temer mientras se la alimenta. Este retorno al pueblo, a la democracia, no solo es la única vía de salida de un modelo que no forma sociedad, sino también la condición necesaria para la elaboración de un modelo ecológico, social y político duradero. Sin esta condición no podrá elaborarse ningún proyecto, ninguna solución. El reto no es solo moral y democrático, sino decisivo para la supervivencia de las sociedades occidentales.

Pero cuidado, este regreso a las bases populares, que dibujará los perfiles de una sana alianza de clases, no debe confundirse con la mendicidad. El proyecto de vida de las clases no es la mendicidad, pedir una ayuda social o un salario universal (hoy apoyado por los multimillonarios de Silicon Valley, con Mark Zuckerberg y Elon Musk a la cabeza),[235] sino vivir decentemente de un trabajo correctamente remunerado. A propósito de esto, la socióloga Elvire Bornand recuerda «qué difícil es cruzar un día la puerta de un servicio de asistencia pública y guardar cola con una carpeta llena de

justificantes que demuestran que ahora eres pobre».[236] Y eso es lo que explica que en Francia haya tanta gente que, a pesar de tener derecho a ellas, no recurra a las ayudas sociales (el 34 % de las personas susceptibles de recibirlas).[237] Esta relación con la seguridad social, que no está en contradicción con el profundo vínculo de los sectores populares con un Estado del bienestar protector, dibuja las líneas de un modelo duradero que no es caridad, sino que combina integración económica y protección social. También remite a la consideración de las realidades de unas capas populares de la sociedad cada vez más sedentarias, cada vez más dispersas por territorios periféricos, pero también cada vez más vinculadas a su capital cultural y social.

El reto no es, ya no es, gestionar la regresión social, sino volver a formar sociedad, no por altruismo, sino por necesidad. Este modelo globalizado, complejo, interdependiente y desigual ahora tiene que cohabitar con una sociedad del mundo de abajo más igualitaria, en que la gestión de los recursos y del patrimonio común no es una opción, sino una obligación. Pero esta convivencia solo será posible si las clases dirigentes occidentales toman conciencia de los límites del modelo. La crisis del modelo metropolitano, quintaesencia de la economía global, es un buen revelador de su agotamiento.

Desempleo,[238] saturación del espacio, contaminación, tensiones identitarias: las metrópolis también sufren de lo que los geógrafos llaman «deseconomías de escala»: [239] mayor coste de la vivienda, pérdida de tiempo en el camino al trabajo, saturación del espacio público, inseguridad, etcétera. La combinación de estos factores desfavorables ya produce estos efectos: numerosas familias abandonan las grandes ciudades en busca de calidad de vida.[240] Ciertas ciudades, como París, registran saldos migratorios cada vez más negativos: ¡hoy, siete de cada diez habitantes desean abandonar la región-metrópolis parisiense![241] Paralelamente, numerosas zonas rurales ven aumentar su población. Así, y contra las predicciones de los expertos, las aglomeraciones más pobladas no son automáticamente superiores en términos de atracción ni en términos de innovación.[242] La trasnochada ideología de la metropolización, del *big is beautiful,* ya ha muerto. La de la hipermovilidad también. Lúcidos respecto al fin anunciado del modelo económico y territorial, numerosos representantes electos de la Francia periférica intentan desarrollar la gobernanza local. [243] En vez de reducir su poder, los Gobiernos deberían reforzar sus márgenes de maniobra. Conscientes de representar a una fuerza que cada vez es más inevitable tener en cuenta, estos cargos electos intentan adquirir peso político. Los de las zonas industriales en declive ahora piensan en organizarse en *lobby* según el modelo de las metrópolis.[244] En un contexto de acentuación de las fracturas entre ganadores y perdedores, estas iniciativas intentan reequilibrar las relaciones de potencia y de poder entre territorios. Un reequilibrio más necesario aún por el hecho de que también condiciona la respuesta a la crisis medioambiental.

La escasez de los recursos y la presión demográfica están planteando en todo el mundo la cuestión de los límites ecológicos del modelo. En 2017, el Global Footprint Network[245] estimaba que ahora necesitamos algo más de planeta y medio (un 1,7)

para satisfacer nuestras necesidades.[246] Este instituto anuncia cada año el *Earth overshoot day* (el día del sobrepaso), el día en el que ya hemos consumido todos los recursos naturales que el planeta puede producir en un año y que cada año llega antes. Es la hora del desarrollo sostenible, de la relocalización de las actividades, del descenso de la movilidad, no por ideología ni por añoranza por el pasado, sino sencillamente porque las exigencias económicas, ecológicas y sociales nos lo imponen.

Ayer horizonte indiscutible, hoy también la urbanización se cuestiona. El geógrafo Gérard-François Dumont,[247] que alertó muy tempranamente sobre el fin del modelo de la metropolización, ahora observa un proceso de lentitud en el crecimiento urbano que podría ser la señal de un cambio de paradigma. En América Latina, las tasas de crecimiento de las grandes ciudades han descendido considerablemente bajo el doble efecto del enfriamiento económico y del agotamiento de la emigración rural. En la década de 1990 se calculaba que el crecimiento lineal de México haría que su población alcanzase los 31 millones de habitantes hacia el año 2000 y la convertiría en la ciudad más poblada del mundo. Hubo que corregir esas cifras. En 2016, la urbe «solo» contaba con 21,2 millones de habitantes, o sea, ¡diez millones menos de la cifra anunciada! Además, el geógrafo recuerda que el decrecimiento urbano no es un proceso nuevo en la historia, ya se ha observado muchas veces en periodos de atractividad, en numerosas ciudades pequeñas o medianas, pero también en grandes aglomeraciones urbanas como Londres (de 1950 a 1972) o Nueva York (entre 1970 y 1980).

La crisis del modelo territorial pone de manifiesto el colapso de un modelo que ha fracasado en lo esencial: formar sociedad. Al ritmo de una regresión social que se acentúa, la toma de conciencia se generaliza. Después de la clase obrera, las clases populares, las antiguas clases medias, y ahora son las categorías protegidas (jubilados, funcionarios), a las que se suma un número creciente de jóvenes titulados,[248] las que debilitan el edificio. Este movimiento no se detendrá, hemos entrado en un proceso que conducirá a un cambio de paradigma económico, social y cultural, y a un vuelco de las relaciones de fuerzas.

Sin referentes culturales o políticos, sin vínculo territorial, el mundo de arriba está en un callejón sin salida, perdido. Ese mundo duda.[249] Hay que ayudarlo. Ayudar a las élites de Estados Unidos a comprender que los obreros no son todos «deplorables», ayudar a las élites francesas a comprender que las clases populares no son solo despreciables «desdentados», ayudar a los ricos, al mundo mediático, a los universitarios a regresar al camino de la paz con los del mundo de abajo. En el actual siglo XXI, las clases dominantes y superiores occidentales tienen que aprender de una vez a convivir con su pueblo. Está en juego la supervivencia de las sociedades occidentales. Está en juego su propia existencia.

SOBRE LOS MAPAS

Los territorios representados corresponden a la nomenclatura nivel NUTS 2 (nomenclatura de las unidades territoriales estadísticas: se trata de una división territorial destinada a facilitar las comparaciones entre países, o entre regiones, de un mismo conjunto) de la Unión Europea (infrarregional) y a los estados de Estados Unidos. Así pues, las escalas de representación son diferentes, sobre todo entre los países europeos y Estados Unidos, por lo que el tamaño de los estados americanos parece mucho mayor que el de las zonas europeas (NUTS 2). En el caso de los países europeos, las escalas de representación varían porque se basan en las divisiones institucionales de cada país.

En cuanto a los mapas sobre las categorías socio-profesionales, los datos son de 2015 (Estados Unidos), de 2013 (Francia) y de 2011 (Alemania y el Reino Unido).

Con respecto a los mapas del empleo, los datos son de 2016 y las evoluciones cubren el periodo entre 2008 y 2016. En cuanto a los tres países europeos, los datos son de 2015 y las evoluciones cubren el periodo entre 2007 y 2015.

Las nomenclaturas de las categorías socio-profesionales no están estandarizadas a nivel internacional. De manera que los grupos que aparecen en los mapas se basan en categorías diferentes, según los países.

En cuanto a Francia, las categorías de obreros y empleados están incluidas en la nomenclatura del censo.

Los datos de Alemania y el Reino Unido se han obtenido de Eurostat. La categoría «obreros y empleados» se ha agrupado según sigue: *OC4 – Empleados de tipo administrativo / OC5 – Personal de los servicios directos a los particulares, comerciantes y vendedores / OC7 – Oficios cualificados de la industria y de la artesanía / OC8 – Conductores de instalaciones y de maquinaria, y obreros de plantas de montaje / OC9 – Profesiones básicas y no cualificadas*.

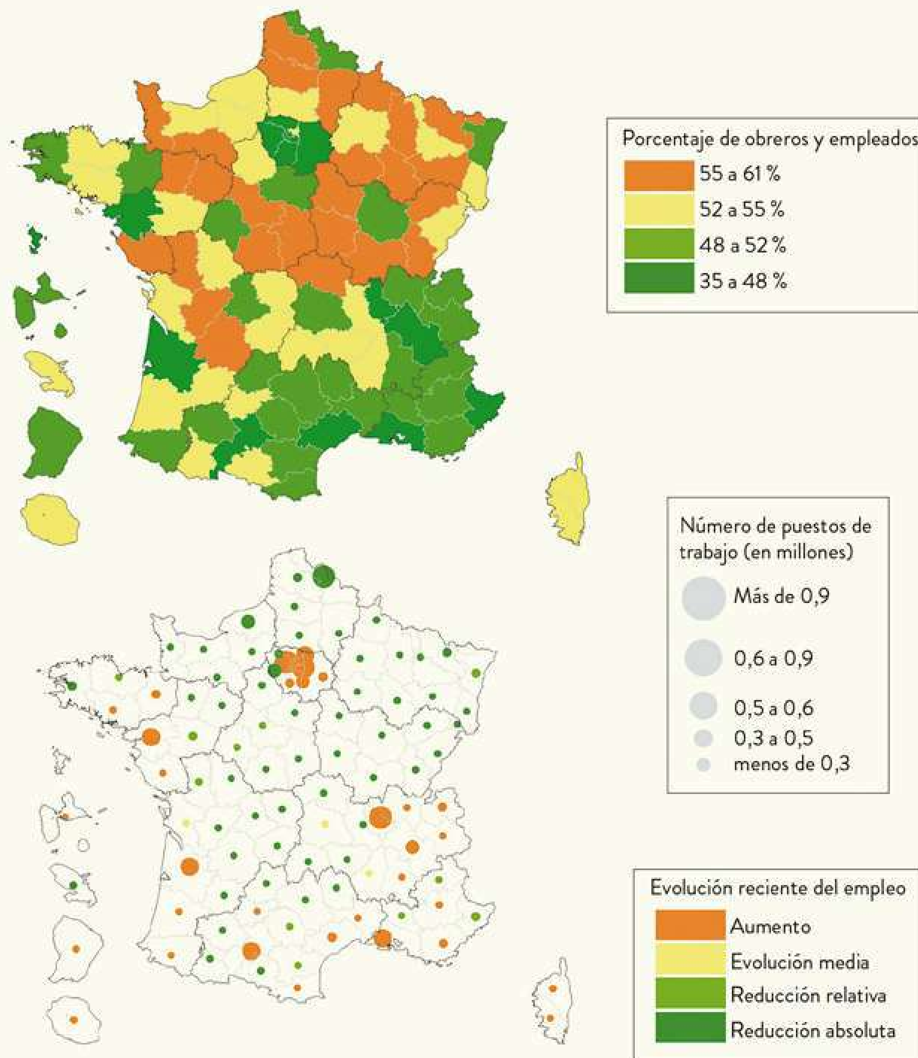
Las nomenclaturas relativas a Estados Unidos se basan en los niveles de cualificación. Se han agrupado las categorías de los oficios de cualificación elemental en el sector terciario y la industria. En el censo estadounidense, estas categorías son: *Dependientes / Auxiliares administrativos / Artesanos / Operarios / Peones y asistentes / Personal de servicio.*

HA EMERGIDO EL MUNDO DE LAS PERIFERIAS

(Distribución de las clases populares y dinámica del empleo)

Por primera vez en la historia, las clases populares, que hasta hace poco constituían la base de la clase media occidental, viven alejadas de los territorios que crean empleo. En todos los países occidentales es precisamente en esos territorios periféricos y mayoritarios donde la dinámica populista se hace más fuerte.

FRANCIA: La escasez de la creación de empleo en los territorios de la Francia periférica: ciudades pequeñas y la mayoría de las ciudades medianas y zonas rurales.

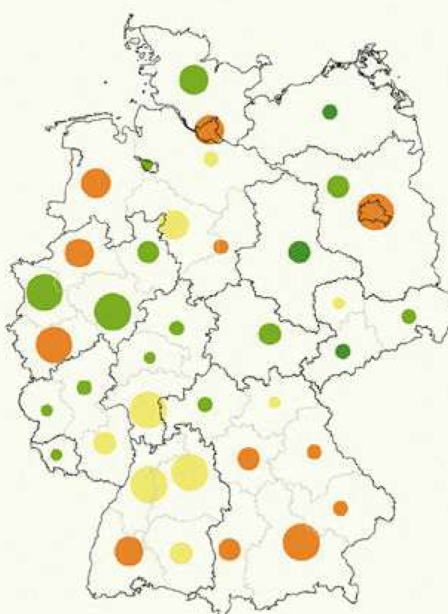


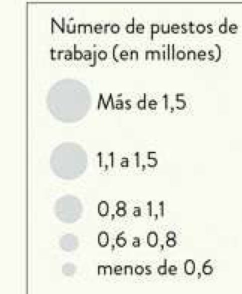
Mapa de desempleo (CSP, Contrat Sécurisation Professionelle). Fuentes: RP INSEE – 2013.
Mapa de empleo. Fuentes: RP INSEE – 2013.
Fondos de mapa: © IGN Géofla – 2013.

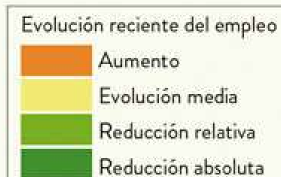
ALEMANIA: Los territorios populares, sobre todo en el este, y las zonas más alejadas de las grandes ciudades registran, de media, los niveles más bajos de creación de empleo.



Porcentaje de obreros y empleados
- 61 a 63,9 %
- 58 a 61 %
- 55 a 58 %
- 50,2 a 55 %

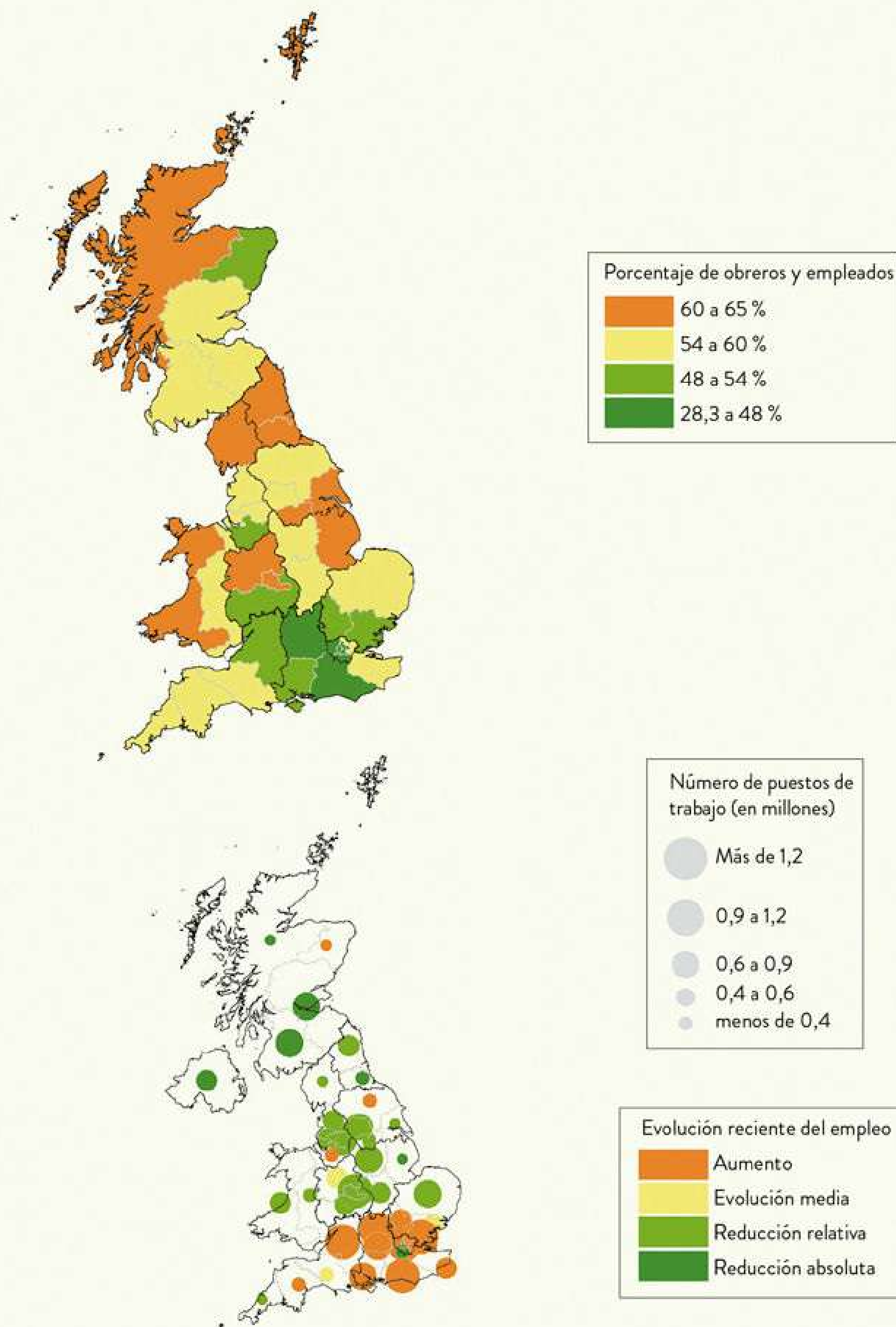






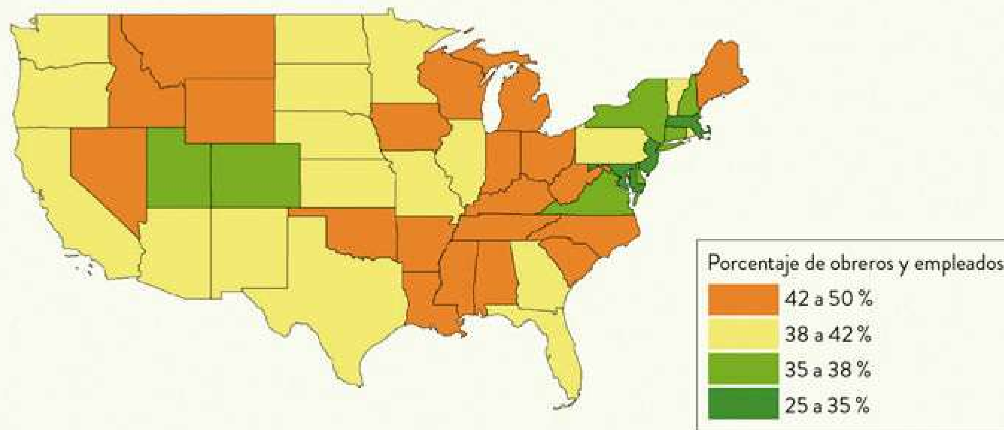
Mapa de desempleo. Fuentes: Unión Europea – Eurostat – 2011.
Mapa de empleo. Fuentes: Unión Europea – Eurostat – 2011.
Fondos de mapa © Unión Europea – Eurostat – 2011.

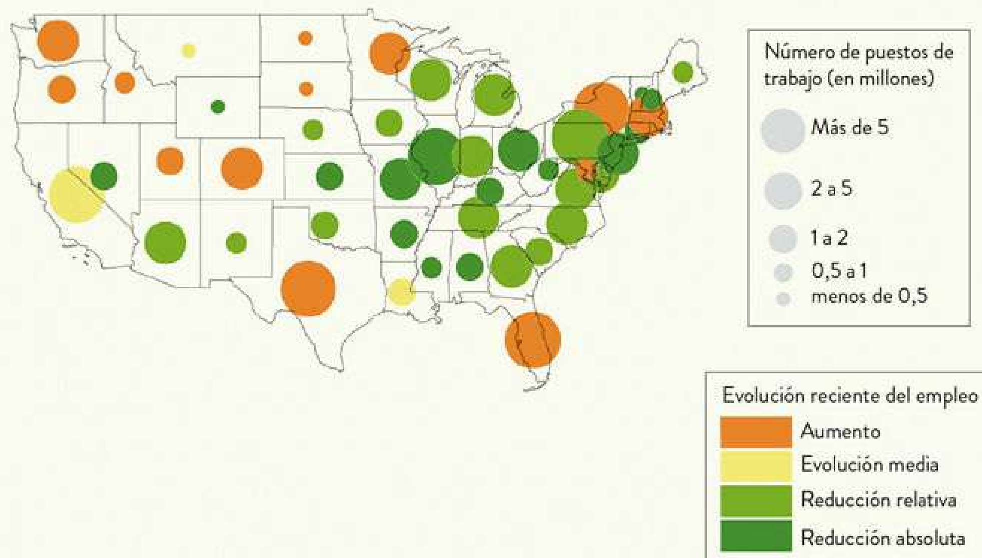
REINO UNIDO: Concentración de la creación de empleo en el gran Londres y sobrerrepresentación de las clases populares en las regiones menos dinámicas.



Mapa de desempleo. Fuentes: Unión Europea – Eurostat – 2011.
Mapa de empleo. Fuentes: Unión Europea – Eurostat – 2011.
Fondos de mapa © Unión Europea – Eurostat – 2011.

ESTADOS UNIDOS: La escasez de la creación de empleo en los territorios donde se concentran obreros y empleados, especialmente en el Rust Belt, los estados del sur y, en general, en los territorios más alejados de las grandes ciudades.





Mapa de desempleo. Fuentes: United States Census Bureau – 2015.
Mapa de empleo. Fuentes: United States Census Bureau – 2016.
Fondos de mapa © United States Census Bureau – 2015.

NOTAS

[1] Primera ministra británica desde el 4 de mayo de 1979 hasta el 28 de noviembre de 1990.
[2] Entrevista en la revista británica *Woman's Own,* 31 de octubre de 1987.
[3] Christopher Lasch, *La Révolte des élites et la Trahison de la démocratie*, Champs-Flammarion, 2010.
[4] Julien Damon, *Les classes moyennes*, PUF, 2014.
[5] La neolengua (*newspeak)* es la lengua oficial de Oceanía en *1984*, de George Orwell, publicado en 1949. Mediante la reducción de las palabras pretende reducir los conceptos y, por consiguiente, el pensamiento.
[6] Jean-Claude Michéa, *Notre ennemi*, *le capital*, «Climats», Flammarion, 2017.
[7] Yves Lacoste, *La géographie, ça sert d'abord à faire la guerre*, La Découverte, 2014.
[8] Concepto acuñado por Laurent Chalard (*périurbain subi*), geógrafo en el European Centre for International Affairs (ECIA).
[9] Fue en septiembre de 2016 cuando la candidata demócrata Hillary Clinton calificó por primera vez al electorado de Trump de *basket of deplorables* (cesto de gente deplorable), «¡racistas, sexistas, homófobos, xenófobos, islamófobos, hay de todo!». La candidata demócrata se dio cuenta enseguida de su error y se disculpó, pero aun así se desplomó en los sondeos. Aquel exabrupto no hacía sino confirmar un profundo desprecio de clase por parte de los dirigentes occidentales hacia los que ya François Hollande había llamado «los desdentados».
[10] Comment une politique de rénovation peut aboutir à une déstructuration physique, sociale et sociologique d'un espace?, memoria de geografía urbana, París 1-Sorbonne, 1986.
[11] Christophe Guilluy, *Atlas des fractures françaises*, L'Harmattan, 2000.
[12] Véase la nota 5 de la p. 20.
[13] Christophe Guilluy, «La France périphérique délaissée», *Libération*, 1 de octubre de 2003.
[14] Christophe Noyé y Christophe Guilluy, *Atlas des nouvelles fractures sociales*, Autrement, 2004.
[15] Concepto acuñado a principios del siglo XXI para analizar los motivos de las peticiones de cambio de atribución en los barrios de viviendas sociales con una fuerte inestabilidad demográfica. Ver *La France périphérique*, Champs-Flammarion, 2015.
[16] Jerôme Fourquet, Ifop, *Focus*, n.º 148, 2017.
[17] Freiheitliche Partei Österreichs, el Partido de la Libertad de Austria.
[18] Partij voor de Vrijheid, el Partido por la Libertad de Geert Wilders.
[19] David Goodhart describe una nueva fractura entre pueblos de «algún lugar» contra «gentes de cualquier parte» (*Somewheres* frente a *Anywheres*), *The Road to Somewhere: The New Tribes Shaping British Politics*, Penguin Books, 2017.
[20] «Dynamique de l'emploi et des métiers: quelle fracture territoriale?», France Stratégie, nota de análisis n.º 64, noviembre de 2017.
[21] Según Meilleursagents.com, «Immobilier: la France, un marché plus que jamais à deux vitesses», citado por *Le Figaro*, 4 de enero de 2018.
[22] El geógrafo Gérard-François Dumont ha mostrado a propósito de esto el papel determinante de la gobernación local y de la innovación endógena, *Les territoires français: diagnostic et gouvernance*, Armand Colin, 2018.
[23] Expresión del candidato Emmanuel Macron en Clermont-Ferrand, el 10 de enero de 2017.
[24] GAFAM es la sigla de los gigantes de internet estadounidenses: Google, Apple, Facebook, Amazon, Microsoft. BATX es la sigla de los gigantes de la red en China: Baidu, Alibaba, Tencent, Xiaomi.
[25] J. D. Vance, *Hillbilly Élégie*, Globe, 2017.
[26] Emmanuel Macron, *Révolution*, XO, 2016, pp. 153 y 158.
[27] «Migrants: l'histoire d'un changement de pied de Macron», *Les Échos*, 21 de diciembre de 2018; Gérard Collomb, ministro del Interior: «No se puede acoger a todo el mundo (…) o, si no, habría que construir ciudades como Lyon», RTL, 18 de diciembre de 2017.

[28] «Les britanniques ne regrettent pas le Brexit», Philippe Bernard, *Le Monde*, 1 de febrero de 2018.
[29] Jean-Marc Zaninetti, «Les six France de l'emploi: bouleversements économiques dans les territoires», *Population et avenir*, n.º 737, marzo-abril de 2018.
[30] La expresión «economía presencial» la acuñaron Laurent Davezies y Christophe Terrier. Se basa en la idea de que la población que reside en una zona genera una actividad económica al mismo tiempo que necesidades de servicios; es el caso, por ejemplo, de los jubilados.
[31] Jean-Marc Zaninetti, «Les six France de l'emploi: bouleversements économiques dans les territoires», *op. cit.*
[32] «Le rythme des fermetures d'agences bancaires doit quadrupler en France», *Les Échos*, 15 de abril de 2018.
[33] Brasil, Rusia, India, China, Sudáfrica.
[34] El principio de la curva del elefante: los ingresos de la mitad más pobre de la población mundial han aumentado de forma significativa gracias al fuerte crecimiento de Asia. Por su parte, el 1 % de los más ricos han captado dos veces más crecimiento que el 50 % de abajo y cuatro veces más que la clase media mundial (que comprende sobre todo a las clases populares occidentales).
[35] «Les inegalités dans le monde, en hausse depuis quarante ans», *Le Monde*, 14 de diciembre de 2017 y T. Piketty, F. Alvaredo, L. Chancel, E. Saez, G. Zucman, *Rapport sur les inegalités mondiales*, Le Seuil, 2018.
[36] T. Piketty, F. Alvaredo, L. Chancel, E. Saez, G. Zucman, *Raport sur les inegalités mundiales*, *op. cit.*
[37] Citado por Emmanuel Levy en *Marianne*, «Les nouveaux aristocrates», 1 de mayo de 2014.
[38] «Une majorité de ménages en stagnation», www.agefi.com, 19 de julio de 2016.
[39] «18 % des Français sont chomeurs, en sous-emploi ou découragés de chercher un poste», *Le Figaro économie*, 17 de agosto de 2017.
[40] «Le calcul du chômage aux USA», France Info, 24 de noviembre de 2016.
[41] «Un taux de chômage plus élevé aux États-Unis qu'en France?», https//blogs.alternatives-economiques.fr, 20 de mayo de 2015.
[42] Cinco millones de pobres si se fija el umbral de la pobreza en el 50 % del nivel de vida medio y 8,9 millones si se cuenta con el umbral en el 60 %, según los datos de 2015 del Insee. En Francia, el criterio para considerar que alguien es pobre es que sus ingresos mensuales sean inferiores a 846 euros (umbral en el 50 % de los ingresos medios) o 1015 euros (umbral en el 60 %), Observatoire des inegalités, septiembre de 2017.
[43] Observatoire des inegalités, octubre de 2017.
[44] «Près de 46 millions d'Ámericains vivent grâce à des bons alimentaires», *Le Monde*, 5 de agosto de 2011.
[45] Nicolas Sarkozy, durante su campaña electoral en 2007.
[46] *La Tribune*, 31 de enero de 2018.
[47] http://ec.europa.eu/eurostat/web/main/home.
[48] «Le trafic de drogue génère 2,7 milliards d'euros par an», *Le Figaro*, 31 de enero de 2018.
[49] J. D. Vance, *Hillbilly Élégie*, *op. cit.*
[50] Estudio realizado por dos economistas de la Universidad de Princeton (New Jersey, Estados Unidos), Angus Deaton y Anne Case, *Le Monde*, 3 de noviembre de 2015.
[51] Centros para el Control y la Prevención de Enfermedades.
[52] Según varias fuentes, ahora hay cerca de dos millones de norteamericanos dependientes de los opiáceos. Se trata de un tipo de estupefacientes, como la oxicodona y el fentanilo, que incluyen los medicamentos analgésicos que se entregan con receta, así como la heroína, que suele mezclarse con otras sustancias.
[53] Instituto de Investigación y Documentación en Economía de la Salud.
[54] Insee, *Tableaux de l'economie française*, 2016.
[55] Mutualidad Social Agrícola.
[56] «Taux de suicide des agriculteurs», informe al Senado, enero-febrero de 2017.
[57] Estrenada en 2016, la película de Ken Loach *Yo, Daniel Blake* mostraba cómo un desempleado de cincuenta y nueve años que padecía una insuficiencia cardiaca era (mal)tratado por los servicios sociales británicos.
[58] En el corazón de la Inglaterra periférica, el escándalo de Telford ha revelado el alcance de la lenta desaparición de los servicios públicos y sociales ingleses que inició Margaret Thatcher en los años ochenta, véase *Le Monde*, 19 de marzo de 2018.
[59] Se preocupa especialmente del desmantelamiento de determinados servicios públicos.
[60] www.amrf.fr.
[61] «Grèce: les suicides ont augmenté fortement avec l'austerité», *La Tribune*, 3 de febrero de 2015.
[62] Según Eurostat, en 2017 la deuda pública por habitante era de 33.000 euros en Francia, o sea, ¡un endeudamiento superior al de los griegos (29.000 euros)! Véase «Deuda pública de los Estados en 2017».
[63] En 2017, la deuda total de los estadounidenses (inmobiliaria, becas de estudio, tarjetas de crédito, préstamos para el automóvil) llegaba a cerca de 13.000 millones de dólares. Véase «États-Unis: les défauts sur les cartes de

crédit continuent d'augmenter», *Les Échos*, 31 de enero de 2018; «Le dette des ménages américains dépasse son record de 2008», *La Tribune*, 16 de agosto de 2017.
[64] «La menace des "subprimes" automobiles grandit», *Les Échos*, 15 de noviembre de 2017.
[65] «Les propriétaires de monis en moins nombreux au Royaume-Uni, aux États-Unis et en Espagne», *L'Obs*, 27 de junio de 2012.
[66] Entre 2016 y 2060, la edad media de la población francesa pasará de cuarenta y uno a cuarenta y cinco años y una de cada tres personas tendrá más de sesenta años. *Tableaux de l'économie française*, Insee, 2016.
[67] Según el Servicio Estadístico del Ministerio de Asuntos Exteriores (Drees).
[68] Insee, *Tableaux de l'économie française*, 2016.
[69] «En Allemagne, les retraités sont les grands oubliés des années Merkel», *La Croix*, 3 de septiembre de 2017.
[70] Serge Guérin, *Silver génération*, Michalon, 2015.
[71] «La géographie de l'ascension sociale», nota de análisis de France Stratégie, n.º 36, noviembre de 2015.
[72] Fundada en 2016 por Salomé Berlioux, esta asociación se dedica, mediante un sistema de padrinazgo, a informar y ayudar a los jóvenes alejados de las grandes aglomeraciones.
[73] J. D. Vance, *Hillbilly Élégie*, *op. cit.*
[74] Salomé Berlioux, *Le Figaro*, 23 de marzo de 2018.
[75] Observatorio de la Vida Estudiantil: www.ove-national.education.fr.
[76] «White working-class boys in England "need more help" to go to university», *The Guardian*, 10 de mayo de 2018.
[77] Véase la nota 6 de la p. 21.
[78] En su entrevista con los periodistas Gérard Davet y Fabrice Lhomme, François Hollande revelaba su postura sobre el islam, los emigrantes y la división. Después de precisar que había «un problema con el islam» y que no se podía «seguir recibiendo inmigrantes que llegan sin control», el expresidente mencionaba la secesión de los territorios: «¿Cómo evitar la división? Porque esto es lo que está pasando: la división», en *Un président ne devrait pas dire ça…*, Stock, 2016.
[79] Véase Michèle Tribalat, *Assimilation: la fin du modèle français*, L'Artilleur, 2017.
[80] Mathieu Bock-Côté, *La dénationalisation tranquille*, Boréal, 2008.
[81] Película estadounidense dirigida por John Boorman, 1972. Se tituló *Defensa* en España, *Amarga pesadilla* en México y Perú, y *La violencia está en nosotros* en Argentina.
[82] *Dupont Lajoie*, película francesa dirigida por Yves Boisset, 1975.
[83] *Les Deschiens*, creados por Jérôme Deschamps y Macha Makeïeff, Canal+, 1993.
[84] Pascal Bruckner, *Le Sanglot de l'homme blanc*, Le Seuil, 2002.
[85] Efectivamente, el énfasis en las minorías ofrece un argumento social a un modelo que excluye a la mayoría de las clases populares. Esta instrumentalización va acompañada de un negocio de la diversidad (*diversity business*) muy lucrativo, generalmente dirigido por las grandes empresas.
[86] Christophe Guilluy, *Le Crépuscule de la France d'en haut*, Flammarion, 2016.
[87] Angela Merkel, octubre de 2010 y David Cameron, febrero de 2011.
[88] Un proceso conceptualizado en 2011 por el *think tank* Terra Nova, inspirador de la campaña presidencial de François Hollande.
[89] El término de *white flight* (fuga de los blancos) nació en Estados Unidos en la década de 1960.
[90] El *white trash* es decir, la escoria o la basura blanca, es un término marcadamente peyorativo inventado en el siglo XIX para referirse a los blancos pobres y analfabetos.
[91] «Hay una guerra de clases, es un hecho. Pero es mi clase, la clase de los ricos, la que libra esta guerra y la está ganando», Warren Buffett, en la cadena de televisión estadounidense CNN en el año 2005.
[92] El individualismo y el desinterés por el mundo de abajo pueden asumir formas extremas en una parte de la élite globalizada, que, hoy, apuesta a la revolución de la inteligencia artificial y el transhumanismo para iniciar la ruptura final. En este nuevo mundo, las clases dominantes podrían completar el proceso de secesión iniciado en los años ochenta reforzando su dominio, sobre todo mediante el control de la inteligencia artificial.
[93] Christopher Lasch, *La culture du narcissisme* y *La révolte des élites*, Champs-Flammarion, 2008 y 2010.
[94] Christophe Guilluy, *Atlas des fractures françaises*, *op. cit.*
[95] Emmanuel Macron obtuvo el 76 % de los votos en la segunda vuelta en Versalles.
[96] Jean-Claude Michéa, entrevista con Laetitia Strauch-Bonart, «Peut-on être libéral et conservateur?», *Le Figaro*, 12 de enero de 2017.
[97] Ipsos/Steria, encuesta realizada entre el 4 y el 6 de mayo de 2017 para France Télévisions, Radio France, LCP-Public Sénat, *Le Monde*, *Le Point* y RFI-France 24.
[98] Natacha Polony y el Comité Orwell, *Bienvenue dans le pire des mondes*, Plon, 2016.

[99] Jean-Claude Michéa, *Notre ennemi, le capital, op. cit.*
[100] «Une approche de la qualité de vie dans les territoires», Insee, 8 de octubre de 2014.
[101] Véase la nota 5 de la p. 20.
[102] Christophe Guilluy, *Crépuscule de la France d'en haut, op. cit.*
[103] Total, Areva, Air France, el grupo Casino, Suez y hasta Microsoft son algunos de esos generosos donantes.
[104] «El argumento de autoridad consiste en invocar una autoridad durante una argumentación concediendo valor a una declaración en función de la fuente más que a su contenido», Larousse.
[105] «The invisible hand of the market», expresión acuñada por el filósofo y economista escocés Adam Smith en 1755 que nombra la teoría según la cual la acción individual de los actores económicos contribuye a la riqueza y al bien común.
[106] «Automatisation, numérisation et emploi», Conseil d'Orientation pour l'Emploi, enero de 2017.
[107] Michèle Tribalat y Bernard Aubry, «Les concentrations ethniques en France: évolution 1968-2005», *Espace Populations Sociétés*, 2011, actualizado el 31 de diciembre de 2013, http://journals.openedition.org/eps/4663.
[108] O la «división», según François Hollande en *Un président ne devrait pas dire ça…*, Gérard Davet y Fabrice Lhomme, *op. cit.*
[109] Expresión del geógrafo Gérard-François Dumont.
[110] Por temor a ser calificado de populismo, se dirá con mucha prudencia que la clase media se desmiga, nunca que está desapareciendo.
[111] Christophe Guilluy, *Atlas des fractures françaises, op. cit.*
[112] De 15 al 32,6 % en Lyon, del 14,7 al 30,9 % en Toulouse, del 14,7 al 27,6 % en Nantes. En 2011, el 85 % de los ingenieros de informática, el 75 % de los profesionales de la información y de la comunicación y el 69 % del personal investigador se concentraban en las diez áreas urbanas más pobladas (France Stratégie, noviembre de 2017).
[113] «Dynamique de l'emploi dans les métropoles et les territoires avoisinants», France Stratégie, noviembre de 2017.
[114] Por ejemplo, con el pretexto de preservar una mejor convivencia y de frenar la gentrificación, Barcelona está expulsando a los turistas (de masas, no los de élites), los de Burdeos expulsan a los parisienses. Y «París, ciudad abierta» ahora suplica al Estado que regule el flujo de inmigrantes. En mayo de 2018, Gérard Collomb, ministro del Interior, subrayaba que «el 40 % de la demanda de asilo en Francia iba a Île-de-France, pero París solo proponía el 2 % de las plazas de alojamiento para solicitantes de asilo. Y, durante las expulsiones anteriores, los inmigrantes se enviaron a la periferia parisiense o a los departamentos», *Le Parisien*, 23 de mayo de 2018.
[115] United Cities and Local Goverments: esta organización se fundó en 2004 en Barcelona. Agrupa ciudades, Gobiernos locales y regionales y asociaciones, y se estima que se trata de la mayor organización de Gobiernos infranacionales del mundo.
[116] Laurent Davezies, *Le nouvel égoisme territorial. Le grand malaise des nations*, Le Seuil, 2015.
[117] Laurent Chalard, «Pourquoi les JO devraient être l'occasion de supprimer la municipalité de Paris», Atlantico.fr, 14 de septiembre de 2017.
[118] «"Catalogne espagnole" ou "No pasarán": le referéndum divise aussi Madrid», *Le Point*, 1 de octubre de 2017.
[119] En Francia, la pujanza de los votos nacionalistas en Cataluña y en Córcega se ha analizado como el ascenso inexorable de los regionalismos en la era de la globalización. Aunque la voluntad de los electores de abandonar los viejos partidos es común a las dos regiones, los motivos de este voto responden a dos realidades sociales, geográficas y culturales inversas. Al contrario que Cataluña, Córcega es una región pobre, no tiene una gran ciudad y es característica de los territorios de la Francia periférica. Separada de las zonas de empleo más activas e integradas en la economía-mundo, Córcega se distingue por su fragilidad económica y social. La Cataluña metropolitana y una Córcega periférica registran una similar pujanza nacionalista, pero las causas son diametralmente opuestas. Mientras que el proceso independentista catalán nos habla sobre todo de la secesión de las élites y del apoyo de las burguesías al modelo liberal globalizado, la pujanza nacionalista corsa se inscribe en una voluntad de las élites corsas de responder a la precariedad social y cultural de las clases populares de la isla.
[120] En 2014, Mark Zuckerberg compró 144 hectáreas en la isla de Kauai, en el archipiélago de Hawái, por 66 millones de dólares, *Le Point*, 3 de octubre de 2014.
[121] «Après la perte de la souveraineté monétaire, la perte de la souveraineté budgétaire», intervención de Jean-Pierre Chevènement, 14 de junio de 2011.
[122] La ley n.º 73-77 del 3 de enero de 1973 modificó el estatuto de la banca en Francia autorizando al Estado a tomar préstamos del Banque de France.
[123] Discurso de Bourget, 22 de enero de 2012.

[124] Véase la nota 2 de la p. 75.
[125] Noam Chomsky, *Requiem pour le rêve américain*, «Climats», Flammarion, 2017. [Hay trad. cast.: *Réquiem por el sueño americano*, Sexto Piso, 2017].
[126] «La faillite de l'État en Seine-Saint-Denis», *Le Monde*, 3 de junio de 2018.
[127] «El 70 % de los franceses se dicen vinculados a los servicios sociales locales y otro tanto se opone a que se privaticen», según un sondeo Ifop para la Mutuelle Nationale Territoriale, febrero de 2017.
[128] En *La Gazette des comunes*, 1 de diciembre de 2017.
[129] «Le FMI alerte sur le niveau record de la dette mondiale», *La Tribune*, 18 de abril de 2018.
[130] Incluso rechazando o frenando la aplicación de los resultados de las urnas (del referéndum europeo de 2005 a las elecciones italianas de 2018, pasando por el Brexit).
[131] «L'inquietant déclin de la richesse publique», *Le Monde*, 14 de diciembre de 2017.
[132] Como demuestra el hecho de que continúa la privatización paulatina de los aeropuertos, de las autopistas, del sector ferroviario o de la distribución del agua.
[133] T. Piketty, F. Alvaredo, L. Chancel, E. Saez, G. Zucman, *Rapport sur les inegalités mondiales, op. cit.*
[134] «L'attitude à l'egard de l'immigration et la crise des réfugiés dans le monde», Ipsos Global Advisor, septiembre de 2017.
[135] En Francia, la opinión pública percibe la política de la ciudad como una política de redistribución hacia la población inmigrante.
[136] Robert Putnam, *Bowling Alone: The Collapse and Revival of American Community*, Simon and Schuster, 2000.
[137] Profesor en la Universidad de Chicago; véase su obra titulada *Immigration Economics* (Harvard University Press, 2014).
[138] «Données récentes sur les migrations en Suède», www.micheletribalat.fr, agosto de 2017.
[139] El 17 % si solo se contabiliza la población nacida en el extranjero, es decir, sin la mencionada segunda generación (respecto al 11 % en Francia).
[140] «Données récentes sur les migrations en Suède», *op. cit.*
[141] Assar Lindbeck, el decano de los economistas suecos del estado del bienestar, destaca que «enviar a los recién llegados a barrios donde había pisos vacíos era como enviarlos a sitios ubicados por definición en una zona de desempleo elevado», citado por Christopher Caldwell, *Une révolution sous nos yeux*, L'Artilleur, 2014.
[142] «Mineurs isolés: les départements font face à l'urgence», *Le Monde*, 30 de enero de 2018.
[143] «L'immigration modifie le modèle social suédois», *Le Monde*, 14 de junio de 2017.
[144] «Comment la Suède a durci sa politique d'asile», *Le Monde*, 25 de mayo de 2018.
[145] Un malestar perfectamente identificado por el director Ruben Östlund, quien, desde hace diez años, con *Happy Sweden* (2008) o *The Square* (2017), retrata la ansiedad de la sociedad sueca, ahora enfrentada a las tensiones y paranoias identitarias.
[146] Douglas Murray, *L'étrange suicide de l'Europe*, L'Artilleur, 2018.
[147] Profesor en la Universidad de Columbia de Nueva York.
[148] «Mark Lilla, poil à gratter de la gauche américaine», *Le Monde*, 2 de diciembre de 2017.
[149] «No hay una cultura francesa, hay una cultura en Francia y es diversa», Emmanuel Macron, Lyon, febrero de 2017.
[150] Surgida en Estados Unidos en 2017, la cuestión del desprestigio de las estatuas de los soldados confederados se trasladó rápidamente a Francia, donde se debatió la retirada de las estatuas de Colbert, asociadas al Código Negro, que regulaba el esclavismo. El fundador de la identidad norteamericana, Jules Ferry, que consideraba un deber «civilizar a las razas inferiores», también recibió críticas.
[151] En Francia, en las elecciones legislativas y presidenciales de 2017 se batieron los récords de abstención.
[152] Fondation Jean-Jaurès, «Le conspirationnisme dans l'opinion française», 7 de enero de 2018.
[153] En Francia, la tasa de afiliación a los sindicatos se estima entre el 8 y el 11 % (el 23 % en la Unión Europea).
[154] Hervé Nathan, «Quand la gauche dit adieu aux ouvriers et employés», *Marianne*, 10 de mayo de 2011.
[155] En 2017, si la élite nacionalista corsa ganó las elecciones regionales fue porque tuvo en consideración las aspiraciones sociales e identitarias.
[156] Emmanuel Macron, *Révolution, op. cit.*
[157] Mao Zedong, *El pequeño libro rojo*, 1966.
[158] Concepto elaborado a principios del siglo XXI para analizar la dinámica de los movimientos de población (solicitudes de cambio de atribución) en los barrios de viviendas de protección oficial (véase Christophe Guilluy, *Fractures françaises, op. cit.* y *La France périphérique, op. cit*).

[159] Michèle Tribalat, *Assimilation, la fin du modèle français, op. cit.*
[160] De la apropiación cultural a la voluntad de reescribir la historia, las reivindicaciones comunitarias, que ayer se enmarcaban en un modelo común compartido, hoy en día ya no tienen límite alguno en sus acciones.
[161] En Francia, por ejemplo, los ataques deliberados contra la integridad física han superado los 600.000 al año, o sea, 1.650 ataques al día de media (cifras del Ministerio del Interior, 2017).
[162] Jacques Julliard, «Populisme, Europe et démocratie», *Le Figaro*, 3 de junio de 2018.
[163] Philippe Cohen, *Protéger ou disparaître: les élites face à la montée des insecurités*, Gallimard, 1999.
[164] Debatir sobre los paraísos fiscales, el aumento de las desigualdades, el multiculturalismo o el lugar del islam a la vez que se mantiene un modelo que masacra a las categorías populares, en el mejor de los casos, es señal de estupidez y, en el peor, de cinismo.
[165] «Peuple, *people*, populismes», *Revue des deux mondes*, 29 de marzo de 2017.
[166] David Goodhart, *The Road to Somewhere, op. cit.*
[167] La Francia periférica representa el 60 % de la población repartida en el 87 % de los municipios franceses.
[168] Aunque la población francesa ha crecido en cerca de 10 millones de habitantes desde 1980, las grandes ciudades han captado «solo» la mitad de este crecimiento, o sea, más o menos su peso en la población francesa. En el periodo reciente, entre 2007 y 2012, casi todos los departamentos registraron un aumento de población. Solo 13 de ellos perdieron habitantes. Si en 1968 las 15 primeras ciudades representaban el 38,1 % de la población, en 2012 esta proporción es del 40,3 %. Esta estabilidad refleja el hecho de que la extensión de las grandes ciudades responde más a la extensión de su territorio de influencia que a un incremento en la concentración de su población.
[169] Christophe Noyé, www.cfgeo.com.
[170] Établissement Public de Coóperation Intercommunale (Institución Pública de Cooperación Intermunicipal).
[171] Expresión del escritor Renaud Camus que subraya un proceso de sustitución de la población europea por inmigrantes de fuera de Europa.
[172] www.micheletribalat.fr.
[173] Centro de investigación estadounidense que ha establecido un pronóstico de la población musulmana en Europa (los veintiocho países de la Unión Europea más Noruega y Suiza) a partir de las tasas de fecundidad, de mortalidad y de migraciones.
[174] «Europe’s growing muslim population», www.micheletribalat.fr.
[175] En su época, ese *heartland* correspondía a los territorios de la gran potencia continental, el Imperio ruso, al que sucedería la URSS.
[176] Gérard-François Dumont, «Une ideologie de la métropolisation?», *Population et avenir*, n.º 722, febrero de 2015.
[177] Véase (entre otros) Daniel Lindenberg, *Le rappel a l’ordre. Enquête sur les nouveaux réactionnaires*, Le Seuil, 2002.
[178] La industria del cine es cada vez más deficitaria y las clases populares frecuentan cada vez menos las salas. En Francia, en 2012, solo el 55 % de los trabajadores fueron al cine por lo menos una vez en todo el año (*Rapport des inégalités*, 2016).
[179] Expresión del sociólogo Jean-Pierre Le Goff en *Malaise dans la démocratie*, Fayard, 2017.
[180] Régis Débray, *Éloge des frontières*, Gallimard, «Folio», 2013.
[181] Concepto de George Orwell, actualizado por el filósofo Jean-Claude Michéa, que alude a la permanencia de los valores de ayuda mutua y de solidaridad en los sectores populares.
[182] Jean-Luc Gréau, antiguo experto del Medef, «Le protectionnisme est-il de retour?», *Le Figaro*, 15 de febrero de 2017.
[183] Y esta es la razón por la que Francia, aunque oficialmente esté en contra del proteccionismo, hace tiempo que viene reclamando una reforma del estatuto de los trabajadores desplazados.
[184] «Les Français, le protectionnisme et le libre-échange», Ifop, 2011.
[185] De Maurice Allais a Jean-Luc Gréau, de Jacques Sapir a Emmanuel Todd.
[186] Hakim El Karoui, «Les avantages d’un protectionnisme européen», coloquio de la fundación Res Publica, 7 de abril de 2009.
[187] Maurice Allais (premio Nobel de Economía en 1988), *La Mondialisation. La destruction des emplois et de la croissance*, Clément Juglar, 1999.
[188] Jacques Sapir, *La Démondialisation*, Le Seuil, «Points», 2012.
[189] Producto interior bruto: esta medida cuantifica (para un país y un año dados) el valor total de la producción de riqueza generada por las empresas, los hogares y las administraciones públicas.
[190] «Repenser le PIB», *Finances et déveleoppement*, marzo de 2017.

[191] Thomas Piketty, *Le Capital au XXIe siècle*, Le Seuil, 2013.
[192] Charles Jones y Peter Klenow, citados en «Repenser le PIB», *Finances et développement*, marzo de 2017.
[193] Estudio realizado del 24 de junio al 8 de julio de 2017 con 17.903 personas de edades entre los dieciocho y los sesenta y cuatro años en Estados unidos y Canadá, y de 16 a 64 años en los siguientes países: Sudáfrica, Alemania, Arabia Saudí, Argentina, Australia, Bélgica, Brasil, Corea del Sur, España, Francia, Hungría, India, Italia, Japón, México, Nueva Zelanda, Perú, Polonia, Rusia, Serbia, Suecia, Reino Unido, Turquía.
[194] Turquía (85 %), Italia (66 %), Sudáfrica y Rusia (62 %) son los cuatro países con las opiniones más negativas en este sentido.
[195] Según el informe de la Asemblée Nationale des Deputés, François Cornut-Gentille y Rodrigue Kokouendo (LREM) sobre la evaluación de la acción del Estado en Seine-Saint-Denis, entregado el 31 de mayo de 2018.
[196] Véase «Des musulmans de gauche?», Fondation Jean-Jaurès, marzo de 2014.
[197] *Le Monde*, 20 de abril de 2015.
[198] Montigny-lès-Cormeilles, 20 de febrero de 1981.
[199] Al cabo de tres años, en 1984, círculos próximos al Partido Socialista crearon la asociación SOS Racisme.
[200] En un contexto en el que el pueblo influye cada vez menos en las decisiones políticas, se observa una multiplicación de los debates estériles y mediáticos, el espectáculo que tiende a sustituir el debate democrático.
[201] Para el 85 % de los franceses, el número de inmigrantes está creciendo y solo el 14 % cree que la inmigración es positiva. «Attitude à l'égard de l'immigration et de la crise des réfugiés dans le monde», Ipsos, julio de 2017.
[202] Laurent Chalard, Atlantico.fr, 7 de julio de 2017.
[203] Hughes Lagrange, *Le Déni des cultures*, Le Seuil, 2010.
[204] Véase la nota 17 de la p. 179.
[205] Esta negación no impide a las clases dominantes instrumentalizar la cuestión de la diversidad para justificar el modelo globalizado.
[206] El desvanecimiento de la cultura popular es aún más fuerte por el hecho de que hoy se acompaña de un proceso de apropiación inédito. A la gentrificación de los antiguos barrios populares de las grandes ciudades se añade, desde hace varias décadas, un proceso de apropiación de la cultura popular por parte de la nueva burguesía, que reinventa una cultura popular chic y aseptizada. Chic, la antigua tasca obrera, chic, la antigua fábrica, chic, el antiguo taller transformado en *loft*, chic, los colmados, chic, las gradas de los estadios de fútbol… de ese proceso de disneylandlización no se salvan en ninguna parte. Tampoco los lugares de veraneo de las nuevas clases se libran del estilo obrero o campesino. Esta apropiación cultural, que ayuda a la confusión de las clases, paradójicamente acentúa la invisibilización de las más desfavorecidas.
[207] Marcel Gauchet, L'idée que le passé peut être remodelé à volonté est une idée totalitaire», *Le Figaro*, 20 de octubre de 2017.
[208] www.un.org/development/desa/fr/ y «Perspectives de la population mondiale, la révision de 2017», junio de 2017.
[209] Stephen Smith, *La Ruée vers l'Europe: la jeune Afrique en route pour le vieux continent*, Grasset, 2018.
[210] En enero de 2018, la barriada Kalliste del 14.º *arrondissement* de Marsella fue el escenario de fuertes tensiones entre los vecinos y los inmigrantes subsaharianos que okupaban un bloque insalubre de viviendas.
[211] «Des musulmans de gauche?», Fondation Jean-Jaurès, marzo de 2014.
[212] En julio de 2018, por ejemplo, en el barrio de Perseigne, en Alençon, una batalla campal entre inmigrantes afganos y habitantes de origen marroquí y turco produjo una muerte y una docena de heridos. «Après la rixe d'Alençon, des Afghans tentent de fuir le quartier», *Ouest-France*, 3 de agosto de 2018.
[213] Laurent Marot, «Guyane: qui est le collectif des 500 frères?», *Le Monde*, 27 de marzo de 2017.
[214] En Mayotte, se estima que cerca de la mitad de los habitantes censados son inmigrantes procedentes de las Comores y el 70 % de los bebés nacidos en la maternidad de Mamoudzou nacen de inmigrantes en situación irregular. «L'immigration, un facteur important de la démographie à Mayotte», *Le Monde*, 7 de marzo de 2018.
[215] «Chili: 2000 étrangers expulsés d'ici fin 2018», *Le Figaro*, 25 de junio de 2018.
[216] «La question migratoire est entre les mains des États du Maghreb», *Le Figaro*, 4 de junio de 2018.
[217] «Israël: les propos polémiques de Benyamin Netanyahou sur les migrants africains», RFI, 21 de marzo de 2018.
[218] «Israël construit une clôture électrique pour se proteger des terroristes», *Le Monde*, 6 de enero de 2013.
[219] «Migrants africains en Israël: le revirement de Netanyahou», *Le Monde*, 2 de abril de 2018.
[220] «En Israël, manifestation monstre de migrants africains clandestins», *Le Monde*, 6 de enero de 2014.
[221] Zahra Chenaoui, «L'Algérie accélère les expulsions de migrants subsahariens dans le désert», *Le Monde*, 20

de marzo de 2018.
[222] «Arabie Saoudite: contre les étrangers, mesures restrictives et racisme grandissant», *Courrier international*, 9 de marzo de 2017.
[223] Sobre todo en Sudáfrica, donde la hostilidad hacia los inmigrantes nigerianos, zimbauanos o somalíes no ha parado de crecer (*Le Monde*, 27 de febrero de 2017).
[224] Anne-Françoise Hivert, «Flirt politique inédit au royaume du Danemark», *Le Monde*, 20 de marzo de 2018.
[225] Chantal Delsol, «Pourquoi les peuples d'Europe centrale refusent les leçons de morale», *Le Figaro*, 22 de febrero de 2018.
[226] Marcel Gauchet, «L'idée que le passé peut être remodelé à volonté est une idée totalitaire», *Le Figaro*, 20 de octubre de 2017.
[227] *White flight:* salida de los blancos de los barrios y colegios públicos donde se concentran las minorías. *Jewish flight:* marcha de los judíos de los barrios y colegios públicos donde se concentran los musulmanes. *Arab flight:* marcha de las familias magrebíes de los barrios y escuelas públicas donde se concentra la inmigración subsahariana. *Chinese flight:* elusión de otras minorías y salida de las familias asiáticas de los barrios donde aquellas se concentran.
[228] Jerôme Fourquet y Sylvain Manternach, *L'an prochain à Jerusalem*, Éditions de l'Aube, 2016 y Georges Bensoussan, *Les juifs du monde arabe*, Odile Jacob, 2017.
[229] Christophe Guilluy, *Le Crépuscule de la France d'en haut, op. cit.*
[230] «Que demande le peuple? Enquête sur la vision du monde des classes populaires», Étienne Campion, Sciences Po Lille, 2017-2018.
[231] El Ministerio de la Verdad (*Minitrue* o *Ministry of Truth*) incluido en la novela de George Orwell *1984,* en realidad es un Ministerio de la Propaganda.
[232] «Los fundamentos del edificio social» es una expresión de Jack London citada por Gérald Andrieu en *Le peuple de la frontière,* Le Cerf, 2017.
[233] Véase la nota 17 de la p. 179.
[234] Jean-Claude Michéa, «Peuple, *people,* populisme», *op. cit.*
[235] «Mark Zuckerberg se prononce en faveur du revenu universel», *La Tribune,* 26 de mayo de 2018.
[236] «"Cancer de l'assistanat": une personne sur trois ne touche pas les aides sociales auxquelles elle a droit», *Marianne,* 14 de noviembre de 2017.
[237] En 2016, el Observatoire des Non-recours aux Droits et Services (Odenore) ya señalaba una tasa de no utilización de las prestaciones sociales del orden del 36 % para la ayuda de solidaridad activa (*revenu de solidarité active*, RSA), del 34 % para la cobertura universal de salud (*couverture maladie universelle*, CMU), e incluso del 70 % para la asistencia en el pago del seguro complementario de salud (*aide au paiement d'une complémentaire santé*, ACS), «Évaluation du non-recours aux minima sociaux et aux soins des personnes en situation de précarité sociale», 26 de septiembre de 2016, informe de la Asamblea Nacional.
[238] El geógrafo Laurent Chalard observa que el paro también es notable en las grandes ciudades y que la creación de puestos de trabajo no corre pareja a la evolución del número de solicitantes de empleo (véase «Les métropoles, pas la panacée contre le chômage», *Les Échos,* 24 de mayo de 2018).
[239] *Population et avenir,* n.º 722, marzo-abril de 2015.
[240] Una evidencia reforzada por el hecho de que las grandes ciudades registran una tasa media de fecundidad baja. Esta debilidad demográfica intrínseca tendrá sus efectos a medio y largo plazo, sobre todo si la dinámica demográfica nacional es débil.
[241] «Les Franciliens veulent changer de vie», *Le Parisien,* 15 de abril de 2018, según el Observatoire Societé et Consommation.
[242] «La performance économique de l'Île-de-France jugée insuffisante», *Les Échos,* 21 de noviembre de 2016.
[243] Gérard-François Dumont destaca, por ejemplo, los éxitos económicos de numerosas ciudades pequeñas que no le deben nada a la metropolización, sino al acierto de proyectos de desarrollo iniciados por representantes electos y empresas locales (véase *Population et avenir,* n.º 728, junio de 2016).
[244] Laurent Chalard, «Pour la constitution d'un "lobby" des villes de tradition industrielle en déclin», *Les Échos,* 31 de mayo de 2018.
[245] Instituto californiano internacional de investigación.
[246] *Le Monde,* 1 de agosto de 2017.
[247] *Population et avenir,* n.º 725, noviembre-diciembre de 2017.
[248] Un número creciente de jóvenes licenciados de la enseñanza superior se encuentra con dificultades para incorporarse al mercado de trabajo. Muchos de ellos, además, apoyan cada vez más a los candidatos o partidos populistas de derechas y, sobre todo, de izquierdas, como Bernie Sanders en Estados Unidos, Podemos en España,

Jean-Luc Mélenchon en Francia.

[249] En *The World as It Is: A Memoir of the Obama White House* (Random House, 2018), Benjamin J. Rhodes, uno de los asesores más próximos de Barack Obama, describe las dudas del anterior presidente tras la elección de Donald Trump: «¿Y si, durante sus ocho años en el poder, su partido y él mismo habían llegado demasiado lejos en su promoción del cosmopolitismo y de la globalización?», *Marianne,* 31 de mayo de 2018.

El polémico ensayo que ha irrumpido con fuerza en el debate internacional.



«There is no society», dijo Margaret Thatcher en 1987. El mensaje caló en las clases dominantes occidentales y se ha producido una secesión de la gente de arriba —que, abandonando el bien común, sumerge los países occidentales en el caos— y la más desfavorecida. Como resultado, se descompone la sociedad.

Crisis de la representación política, atomización de los movimientos sociales y gentrificación de las ciudades son algunos de los signos del agotamiento de un modelo que ya no construye sociedades. La ola populista que atraviesa el mundo occidental no es más que la parte visible de un soft power ejercido por las clases populares que obligará al mundo de los de arriba o bien a unirse al movimiento real de la sociedad o bien a desaparecer.

Hace algunos años Christophe Guilluy acuñó el concepto de «Francia periférica», empleado hoy de manera muy generalizada, e hizo hincapié en el peligro del desprecio por parte del mundo mediático a las clases populares, y en la importancia del descontento de estas. Con este libro amplía su reflexión a un ámbito internacional: el Brexit, la elección de Trump o Bolsonaro y el auge de Vox en España dan cuenta del carácter internacional del fenómeno.

Reseñas:
«Los conceptos que maneja Guilluy han fijado el marco teórico que explica muchas de las tensiones de las democracias occidentales.»
Marc Bassets, *El País*

«Este geógrafo ausculta el blues de las periferias con tanta lucidez que incluso le han acusado de malas intenciones políticas.»
L'Express

«Cada obra de Christophe Guilluy es un acontecimiento.»
Le Figaro

«Un libro que invita a pensar, pues nos obliga a reflexionar sobre la crisis política actual más allá de la simple recriminación moral.»
Raphaël Glucksmann

«Un libro visionario.»
Franz-Olivier Giesbert, *Le Point*

«Profético.»
Elisabeth Lévy

«Todo un acontecimiento.»
Léa Salamé, *France Inter*

SOBRE EL AUTOR

Christophe Guilluy (Montreuil, 1964) es un geógrafo que se alejó del mundo universitario para dedicarse a un trabajo de investigación aplicada. Es autor, entre otros, de *L'Atlas des nouvelles fractures sociales en France* (2004) y *La France périphérique* (2015), considerados libros de referencia. *No Society* es su primer libro dedicado a estudiar tendencias mundiales.